

**EDUARDO
GALEANO**

**CON GRABADOS
DE J. BORGES**

**LAS
PALABRAS
ANDANTES**

•••
CATÁLOGOS

Diagramación de tapa: hermanos García

Primera edición para Argentina, 1993
Quinta edición, Diciembre de 2001

© **Eduardo Galeano**

© **Catálogos S.R.L.**

Av. Independencia 1860

1225 Buenos Aires Argentina

Telefax 5411 43815708 / 5878 / 4462

www.catalogosedit.com.ar

ISBN 9509314846

Se prohíbe la reproducción total o parcial de este libro, a través de medios ópticos, electrónicos, químicos, fotográficos o de fotocopias, sin la previa autorización por escrito de los editores.

Queda hecho el depósito que marca la ley 11.723

Impreso en Argentina / Printed in Argentina



Visto de cerca, nadie es normal.
Caetano Veloso

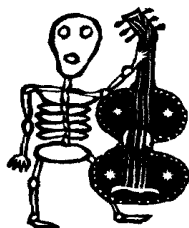
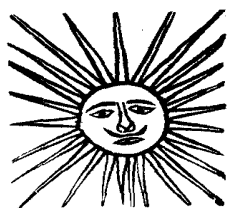


El autor agradece las sugerencias del Pepe Barrientos, Susana Iglesias, Iván Kmaid, Mariana Mactas, Eric Nepomuceno, Mercedes Ramírez y Chola Riccetto, quienes tuvieron la paciencia de leer la versión original.



*Este libro
está dedicado
a Helena Villagra*





Ventana sobre este libro

Una mesa remendada, unas viejas letritas móviles de plomo o madera, una prensa que quizás Gutenberg usó: el taller de José Francisco Borges en el pueblo de Bezerras, en los adentros del nordeste del Brasil.

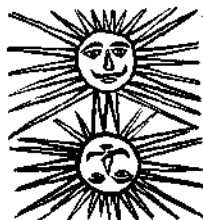
El aire huele a tinta, huele a madera. Las planchas de madera, en altas pilas, esperan que Borges las talle, mientras los grabados frescos, recién despegados, se secan colgados de los alambres. Con su cara tallada en madera, Borges me mira sin decir palabra.

En plena era de la televisión, Borges sigue siendo un artista de la antigua tradición del *cordel*. En minúsculos folletos, cuenta sucedidos y leyendas: él escribe los versos, talla los grabados, los imprime, los carga al hombro y los ofrece en los mercados, pueblo por pueblo, cantando en letanías las hazañas de gentes y fantasmas.

Yo he venido a su taller para invitarlo a que trabajemos juntos. Le explico mi proyecto: imágenes de él, sus artes de grabado, y palabras mías. Él calla. Y yo hablo y hablo, explicando. Y él, nada.

Y así sigue siendo, hasta que de pronto me doy cuenta: mis palabras no tienen música. Estoy soplando en flauta quebrada. Lo no nacido no se explica, no se entiende: se siente, se palpa cuando se mueve. Y entonces dejo de explicar; y le cuento. Le cuento las historias de espantos y de encantos que yo quiero escribir, voces que he recogido en los caminos y sueños míos de andar despierto, realidades deliradas, delirios realizados, palabras andantes que encontré —o fui por ellas encontrado.

Le cuento los cuentos; y este libro nace. □



Historia de los siete prodigios

Nunca hubo mujer tan difícil ni hombre más mago entre la boca del río de las Amazonas y la Bahía de Todos los Santos. Siete prodigios cumplió José para ganar los favores de María.



El padre de María dijo:
— *Es un muerto de hambre.*
Entonces José desplegó en el aire un mantel de encajes, hecho por ninguna mano, y ordenó:
— *Póngase, mesa.*
Y un banquete de muchas fuentes humeantes fue servido por nadie sobre el mantel que flotaba en la nada. Y aquello fue una alegría para las bocas de todos.
Pero María no comió ni un grano de arroz.



El rico del pueblo, señor de la tierra y de la gente, dijo:

— *Es un pobretón de mierda.*

Entonces José llamó a su cabra, que llegó brincando desde ninguna parte, y le ordenó:

— *Cague, cabra.*

Y la cabra cagó oro. Y hubo oro para las manos de todos.

Pero María se puso de espaldas al fulgor.



El novio de María, que era pescador, dijo:

— *De pesca no entiende nada.*

Entonces José sopló desde la orilla de la mar. Sopló con pulmones que no eran sus pulmones, y ordenó:

— *Séquese, mar.*

Y la mar se retiró, dejando la arena toda plateada de peces. Y los peces desbordaron las cestas de todos.

Pero María se apretó la nariz.



El difunto marido de María, que era un fantasma de fuego, dijo:

— *Lo haré carbón.*

Y las llamas atacaron a José por los cuatro costados. Entonces José ordenó, con voz que no era su voz:

— *Refrésqueme, fuego.*

Y se bañó en la hoguera. Y a todos se les salían los ojos.

Pero María cerró sus párpados.



El cura del pueblo dijo:

— *Merece el infierno.*

Y declaró a José culpable de brujería y pacto con el demonio. Entonces José atrapó al cura por el cuello y ordenó:

— *Estírese, brazo.*

Y el brazo de José, que ya no era su brazo, se llevó al cura hacia los ardientes abismos del universo. Y todos se quedaron con la boca abierta.

Pero María gritó de horror. Y en un santiamén, el larguísimo brazo trajo de

vuelta al cura chamuscado.



El policía dijo:
— *Merece la cárcel.*
Y se vino encima de José, garrote en mano. Entonces José ordenó:
— *Pegue, palo.*

Y el garrote del policía golpeó al policía, que salió corriendo, perseguido por su propia arma, y se perdió de vista. Y todos rieron. Y María también.

Y María ofreció a José una hoja de cilantro y una rosa blanca.



El juez dijo:
— *Merece la muerte.*
Y José fue condenado por desacato, violación del derecho de propiedad del padre sobre la hija y del muerto sobre la viuda, atentado contra el orden, agresión a la autoridad y tentativa de curicidio.

Y el verdugo alzó el hacha sobre el cuello de José, atado de pies y manos.

Entonces José ordenó: — *Aguante, pescuezo.*

Y el hacha golpeó, y el cuello la hizo pedazos.

Y para todos fue una fiesta. Y todos celebraron la humillación de la ley humana y la derrota de la ley divina.

Y María ofreció a José un pedazo de queso y una rosa roja. Y a José, vencedor desnudo, vencedor vencido, le temblaron las rodillas. □





Ventana sobre la palabra (I)

Los cuentacuentos, los cantacuentos, sólo pueden contar mientras la nieve cae. Así manda la tradición. Los indios del norte de América tienen mucho cuidado con este asunto de los cuentos. Dicen que cuando los cuentos suenan, las plantas no se ocupan de crecer y los pájaros olvidan la comida de sus hijos. □



Historia de la justiciera y el arcángel en el palacio de las pecadoras

Señor escritor: No me mueve a escribirle la admiración, sino la piedad que me inspiran su escasa inspiración y su imaginación de corto vuelo. En su prosa, tan correcta como incapaz de sorpresa, el lector nunca encuentra más que lo ya leído.

Esta carta le ofrece la oportunidad de lucir sus talentos, habitualmente invisibles a los ojos del público, si es que los tiene usted escondidos en alguna parte. Créame si le aseguro que no se necesita ser un genio para cocinar una buena historia con todos los ingredientes que le estoy regalando. Se preguntará usted: ¿Por qué a mí, y no a otro?



En primer lugar, porque alguien me ha dado su dirección. En segundo lugar, porque los escritores que valen la pena yacen un par de metros bajo tierra, donde no llega el cartero.



Empecemos por el escenario: el burdel de Cormayagua, ubicado en lo alto de una colina, en una torre blanca que tocaba las estrellas. Debajo, estaba la Iglesia. Toda la población acudía a las misas y a las procesiones y la mitad de la población acudía al burdel; y así Comayagua

bostezaba su destino.

Por si le resulta de utilidad, le transcribo la opinión de las señoras decentes, tal cual fue sintetizada por un viajero de la época: *Aquí el relajito empezó con el baile agarrado, cuando vino la Independencia. En tiempos de los españoles se bailaba suelto y sin tocarse, el minué de Francia, la jota de Aragón...*

El burdel pertenecía a don Idilio Gallo. Las muchachas trabajaban día y noche, sin un momento, de descanso. Don Idilio les exprimía la juventud hasta la última gota. Cuando ya no tenían jugo, las devolvía a la calle. Le ruego que no se extienda demasiado en este punto, señor escritor, habida cuenta de su notoria tendencia al panfleto, y permita cuanto antes la entrada en escena de Calamity Jane. Al fin y al cabo, si bien el trato dejaba que desear, las chicas de don Idilio Gallo no la pasaban tan mal —si se compara con la vida de los demás sapos que croaban en el fondo del pozo de aquella ciudad venida a menos.



Calamity Jane llegó maltrecha, tumbada en el lomo de su caballo Satán. Venía del Lejano Oeste, perseguida por los ecos de los tambores apaches. Había atravesado las montañas de tres países, guiada por los reflejos de su anillo de diamantes en las paredes rocosas. Calamity traía ese anillo, que desapareció la primera noche, y también traía su larga fama de corazón de madre y mano obligada a matar, gatillo alegre, lazo infalible, naipes marcados.

Las chicas le dieron refugio, sin que don Idilio supiera. Ella durmió una semana. Cuando despertó, lo encaró:

—*El sombrero* —dijo.

En lugar de descubrirse la cabeza, don Idilio, que poco tenía de caballero, se hundió el Stetson hasta las cejas. Calamity desenfundó el Colt y le voló el sombrero de un balazo.

A tiros lo sostuvo en el aire. Cuando el sombrero aterrizó, convertido en colador, don Idilio Gallo dejó escapar un gemido y Calamity sopló el humo del caño:

— *Por eso no me quedé en Rapid City* —dijo—. *Se mata mucho en aquella mierda.*

La mención de las marcas, Colt, Stetson, ¿le parece superflua? No me sorprende; pero un escritor profesional debería saber que en una narración verosímil, el todo está en lo que parece nada. Y dicho sea de paso, le sugiero tener en cuenta que Calamity usaba también un rifle Springfield, y no el fusil Winchester que le atribuyen los ignorantes.



Continuemos. Jugaron al póker. Las apuestas subían mientras bajaban las botellas de ron de Jamaica, hasta que don Idilio perdió el burdel y todo lo demás. Y entonces aquel hombre mandón y despiadado no se defendió. Sin pestañear aceptó su ruina, con aquel fatalismo de los Gallo, estirpe de centinelas, que en los terremotos se sentaban a esperar que la casa les cayera encima. Calamity le dio una carta de recomendación para el circo de Buffalo Bill. Sin otra cosa en el bolsillo, don Idilio se embarcó a París. Allí se emplumó, se disfrazó de cacique piel roja, posó de perfil para las fotos y murió de pulmonía.

El burdel, que había sido frío como un hospital y duro como un cuartel, se llenó de pájaros y guitarras y plantas y colores. Sólo se abrían piernas desde el crepúsculo, mientras duraba la noche. Durante el día, y hasta la primera campanada del ángelus, se abrían orejas. Esa idea vino de la experiencia. Las muchachas habían aprendido que todo macho en pelotas esconde un náufrago que suplica amparo. El confesionario tuvo tanto éxito que fue desbordado por las multitudes que acudían desde la enemiga ciudad de Tegucigalpa y desde todas partes. Largas colas de hombres se veían en las laderas de la colina, esperando turno para contar dudas y secretos, miedos guardados, sueños y pesadillas. La iglesia no era competencia. Los curas, como usted sabe, sólo reciben la confesión de los pecados, que es lo que la gente menos necesita confesar.



Mientras tanto, Calamity se ocupaba de arreglar papeles con el señor Gobierno. Había estrenado pollera, ella que siempre vestía pantalones. En la liga, bajo la falda, guardaba una bayoneta Collins, y el dinero en el corpiño.

— *Que sea con sobre* —exigió el señor Gobierno, cuando Calamity le deslizó un puñado de billetes calientes. Y un decreto exoneró de impuestos al burdel, por tratarse de una cooperativa sin fines de lucro, y prohibió la instalación de nuevos lenocinios en todo el territorio nacional.



Y en aquel año de loca prosperidad, llegó el arcángel. Según la tradición, el palacio de las pecadoras cerraba sus puertas todos los Viernes de Cuaresma. Y según la tradición, cuando Jesús Nazareno había recorrido, en hombros de las beatas, la calle del Calvario, y ya resonaban los últimos ecos de los cánticos de pasión y los rezos del Viacrucis, un jinete sin cabeza surgía, al galope, de la boca de la noche. El caballo pateaba las puertas del burdel, lanzando relinchos espeluznantes, y tras rajar las puertas se alejaba, perseguido por humaredas de azufre y remolinos de tormenta. Entonces, según la tradición, una de las ovejas descarriadas se arrepentía y llorando abandonaba la lujuria para iniciar vida honesta.

Aquel viernes, el jinete sin cabeza atropelló, ciego de furia, como todos los años, pero las puertas estaban abiertas de par en par. El caballo negro atravesó el burdel y se perdió en la lejanía; el jinete rodó por los suelos, chocó con una lámpara Tiffany y se estrelló contra la pared. Despertó en brazos de mujer:

—*Oiga, señora* —protestó.

—*Señorita* —corrigió Calamity Jane.

El jinete era un arcángel, un enanito de edad avanzada, con nariz roja y voz de niño, que Dios disfrazaba de diablo decapitado para meter miedo a las mujeres de vida licenciosa.

Hubo relámpagos y lluvia durante toda la noche y el mundo amaneció más luminoso que nunca. La mañana sorprendió al arcángel en pleno baño de asiento, metido en un tacho de leche de papaya verde. El pobrecito se había lastimado el culo cuando se rompió la cuerda que lo bajó del cielo. A su lado, Calamity, con la boca abierta, se dejaba hacer. El arcángel le estaba limpiando, con miel y canela, la lengua sucia de procaces maldiciones.

Por favor, se lo ruego, no me ofenda usted preguntando si esta historia ocurrió. Yo se la estoy ofreciendo para que usted haga que ocurra. No le pido que describa la lluvia de aquella noche de la visitación del arcángel: le exijo que me moje. Decídase, señor escritor, y por una vez al menos sea usted la flor que huele en vez de ser el cronista del aroma. Poca gracia tiene escribir lo que se vive. El desafío está en vivir lo que se escribe; y

a sus años ya va siendo hora de que usted se entere.

Continúo. Como sabrá usted por la iconografía disponible, los arcángeles no tienen sexo, pero tienen barriga. Si había sucumbido Adán por una manzana cualquiera, ¿cómo no iba a sucumbir el arcángel? El burdel le ofreció las delicias de su huerto: la dorada carne del mango, el aliento mareador del maracuyá, la frescura de la piña, las suavidades de la guanábana y el aguacate.

Y como cualquiera sabe, los arcángeles tienen alma; y el alma necesita confesión, aunque no peque. Calamity hablaba mal del Lejano Oeste y el arcángel se quejaba del Cielo. De día los acompañaba el chocolate; de noche, el ron. Decía ella que si fuera dueña de Wyoming y del infierno, alquilaría Wyoming y viviría en el infierno; y él decía que se había pasado toda la eternidad sirviendo al Señor en el Paraíso, en los más pesados menesteres, y el ingrato le pagaba mandándolo a la tierra a redimir putas y borrachos. Ella contaba escabrosas confidencias del general Custer y del sheriff Wild Bill Hickok y él se desahogaba contra los asesores del Altísimo; y charlando descubrían que habían estado toda la vida solos, y que no lo sabían.



Algunas tardes, Calamity paseaba al arcángel por las calles de Comayagua, en un cochecito de bebé. Andaban muy orondos, invulnerables al rencor y la envidia. Los perseguían las malas lenguas de los antiimperialistas, los ateos y los abogados de la virtud y las buenas costumbres, mientras los escépticos que nunca faltan se daban codazos cuchicheando: ¿Cómo es que Calamity Jane no entiende ni una palabra de inglés? ¿Qué clase de arcángel es éste, que no tiene alas, ni espada de fuego, ni sabe una jota de latín? ¿Por qué hablan los dos con acento de por aquí nomás?

No sé si fue: yo sólo sé que mereció haber sido. Lo demás es lo de menos. El tiempo ha borrado todas las huellas. Cabe imaginar que el arcángel lo pasaba de lo más bien, la vida era mucho más divertida que la salvación; pero también se puede suponer que Calamity, a la larga, se cansó de todo aquello. Se puede suponer que en aquel palacio, tapizado de espejos que la delataban, ella ya no encontraba refugio para esconderse de sus años. Que el burdel estaba en plena gloria, con la Orquesta Sinfónica Nacional tocando hasta el amanecer, y una noche Calamity bailó la danza del ombligo, desnuda bajo las gasas rojas, y el público la celebró riendo a las carcajadas y ella se aguantó las lágrimas. Y que al día siguiente se fue. Se

fue sin despedirse, cuando nadie la veía. Su caballo, Satán, se arrodilló para ayudarla a montar. Ella no volvió al norte, al origen; siguió viaje al sur, al destino. Alguien ha de haber escuchado, entre dos luces, el ruido de cascos y el silbido. Ella silbaba. ¿Para acompañarse? ¿Para darse coraje? Usted elige.

¿Y el arcángel? ¿Se lo llevó Calamity en el regazo? ¿Volvió al cielo, o intentó volver? ¿Se convirtió, macho al fin, en un nuevo Idilio Gallo? Ni se moleste en preguntar. Nadie sabrá responderle, en Comayagua ni en ningún otro lugar de este planeta. Lo lamento, señor escritor, mamífero plumífero: no tendrá usted más remedio que inventarlo.

Suyo,

(Firma ilegible) □



Ventana sobre la palabra (II)

En Haití, no se puede contar cuentos durante el día. Quien cuenta de día, merece la desgracia: la montaña le arrojará una pedrada a la cabeza, su madre sólo podrá caminar en cuatro patas.

Los cuentos se cuentan en la noche, porque en la noche vive lo sagrado, y quien sabe contar cuenta sabiendo que el nombre es la cosa que el nombre nombra. □

Ventana sobre la palabra (III)

En lengua guaraní, ñe'e significa "palabra" y también significa "alma". Creen los indios guaraníes que quienes mienten la palabra, o la dilapidan, son traidores del alma. □



Historia del lagarto que tenía la costumbre de cenar a sus mujeres



A la orilla del río, oculta por el pajonal, una mujer está leyendo. Érase que se era, cuenta el libro, un señor de vasto señorío. Todo le pertenecía: el pueblo de Lucanamarca y lo de más acá y lo de más allá, las bestias señaladas y las cimarronas, las gentes mansas y las alzadas, todo: lo medido y lo baldío, lo seco y lo mojado, lo que tenía memoria y lo que tenía olvido.

Pero aquel dueño de todo no tenía heredera. Cada día su mujer rezaba mil oraciones, suplicando la gracia de un hijo, y cada noche encendía mil velas.

Dios estaba harto de los ruegos de aquella pesada, que pedía lo que Él no había querido dar. Y al fin, por no escucharla más o por divina misericordia, hizo el milagro. Y llegó la alegría del hogar.

El niño tenía cara de gente y cuerpo de lagarto.

Con el tiempo el niño habló, pero caminaba arrastrándose sobre la barriga. Los mejores maestros de Ayacucho le enseñaron a leer, pero sus pezuñas no podían escribir.

A los dieciocho años, pidió mujer.

Su opulento padre le consiguió una; y con gran pompa se celebró la boda en la casa del cura.

En la primera noche, el lagarto se lanzó sobre su esposa y la devoró. Cuando el sol despuntó, en el lecho nupcial no había más que un viudo durmiendo, rodeado de huesitos.

Y después el lagarto exigió otra mujer. Y hubo nueva boda, y nueva devoración. Y el glotón necesitó otra más. Y así.

Novias, no faltaban. En las casas pobres, siempre había alguna hija sobrando.



Con la barriga acariciada por el agua del río, Dulcideo duerme la siesta. Cuando abre un ojo, la ve. Ella está leyendo. Él nunca en su vida ha visto mujer con anteojos.

Dulcideo arrima la nariz:

— *¿Qué lees?*

Ella aparta el libro y lo mira, sin asombro, y dice:

— *Leyendas.*

— *¿Leyendas?*

— *Voces viejas.*

— *¿Y para qué sirven?*

Ella se encoge de hombros:

Acompañan —dice.

Esta mujer no parece de la sierra, ni de la selva, ni de la costa.

—*Yo también sé leer*—dice Dulcidio.
Ella cierra el libro y da vuelta la cara.
Cuando Dulcidio le pregunta quién es y de dónde, la mujer desaparece.



El domingo siguiente, cuando Dulcidio despierta de la siesta, ella está allí. Sin libro, pero con anteojos. Sentada en la arenita, los pies guardados bajo las muchas polleras de colores, ella está muy estando, desde siempre estando; y así mira al intruso ése que lagartea al sol.

Dulcidio pone las cosas en su lugar. Alza una pata uñuda y la pasea sobre el horizonte de montañas azules:

—*Hasta donde llegan los ojos, hasta donde llegan los pies. Todo. Dueño soy.*

Ella no echa ni una ojeada al vasto reino y calla. Un silencio muy.

El heredero insiste. Las ovejitas y los indios están a su mandar. Él es amo de todas estas leguas de tierra y agua y aire, y también del pedazo de arena donde ella está sentada:

—*Te doy permiso*—concede.

Ella echa a bailar su larga trenza de pelo negro, como quien oye llover, y el muy saurio aclara que él es rico pero humilde, estudioso y trabajador, y ante todo un caballero con intenciones de formar un hogar, pero el destino cruel quiere que enviude.

Inclinando la cabeza, ella medita ese misterio.

Dulcidio vacila. Susurra:

—*¿Puedo pedirte un favor?*

Y se le arrima de costadito, ofreciendo el lomo.

—*Ráscame la espalda*—suplica—, *que yo no llego.*

Ella extiende la mano, acaricia la ferruginosa coraza y elogia:

—*Es una seda.*

Dulcidio se estremece y cierra los ojos y abre la boca y alza la cola y siente lo que nunca. Pero cuando da vuelta la cabeza, ella ya no está.



Arrastrándose a toda velocidad a través del pajonal, la busca al derecho y al revés y por los cuatro costados. No hay rastros.

Y el domingo siguiente, ella no viene a la orilla del río. Y tampoco viene el otro domingo, ni el otro.

Desde que la vio, la ve. Y nada más ve. El dormilón no duerme, el tragón no come. La alcoba de Dulcidlo ya no es el feliz santuario donde él reposaba amparado por sus difuntas esposas. Las fotos de ellas siguen allí, tapizando las paredes de arriba a abajo, con sus marcos en forma de corazón y sus guirnaldas de azahares; pero Dulcidlo, condenado a la soledad, yace hundido en las cobijas y en la melancolía. Médicos y curanderos acuden desde lejos; y ninguno puede nada ante el vuelo de la fiebre y el derrumbe de todo lo demás.

Prendido a la radio a pilas, que le ha vendido un turco de paso, Dulcidlo pena sus noches y sus días suspirando y escuchando melodías pasadas de moda. Los padres, desesperados, lo miran marchitarse. Él ya no exige mujer como antes exigía:

— *Tengo hambre.*

Ahora suplica:

— *Yo soy un pordiosero del amor,*

y con voz rota, y alarmante tendencia a la rima, musita homenajes de agonía a la dama que le ha robado la calma y el alma.

Toda la servidumbre se lanza a buscarla. Los perseguidores revuelven cielo y tierra; pero ni siquiera se sabe el nombre de la evaporada, y nadie ha visto jamás a ninguna mujer de anteojos en estos valles, ni más allá.

En la tarde de un domingo, Dulcidlo tiene una corazonada. Se levanta, a duras penas, y de mala manera se arrastra hasta la orilla del río. Y allí está ella.

Bañado en lágrimas, Dulcidlo declara su amor a la niña desdeñosa y esquiva, confiesa que de sed perezco por las mieles de tu boca, proclama que ni tu olvido merezco, palomita que me aloca, y la abrumba de lindezas y arrumacos.

Y se viene la boda. Todo el mundo agradecido, porque ya el pueblo lleva largo tiempo sin fiesta y allí Dulcidio es el único que se casa. El cura hace precio, por tratarse de un cliente tan especial.

Gira el charango alrededor de los novios y suenan a gloria el arpa y los violines. Se brinda por el amor eterno de la feliz pareja, y ríos de ponche corren bajo las ramadas de flores.

Dulcidio estrena piel nueva, rojiza en el lomo y verdiazul en la cola prodigiosa.

Y cuando los dos quedan al fin solos, y llega la hora de la verdad, él ofrece:

—*Te doy mi corazón. Písalo sin compasión.*

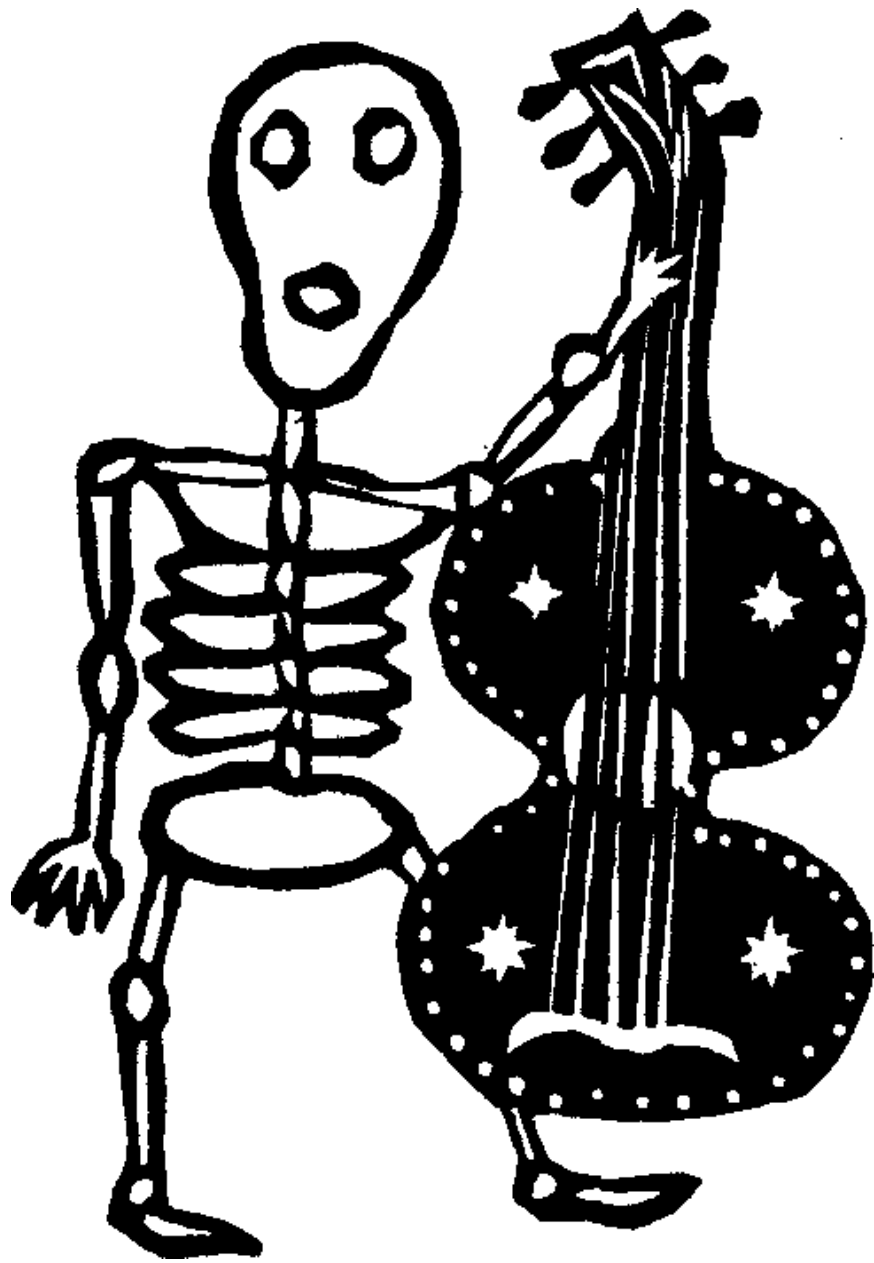
Ella apaga la vela de un soplido, deja caer su vestido de novia, esponjoso de encajes, se saca lentamente los anteojos y le dice:

—*No seas huevón. Déjate de pendejadas.*

De un tirón lo desenvaina y arroja la piel al suelo. Y abraza su cuerpo desnudo, y lo arde.

Después, Dulcidio se duerme profundamente, acurrucado contra esta mujer, y sueña por primera vez en la vida.

Ella se lo come dormido. Lo va tragando de a poquito, desde la cola hasta la cabeza, sin hacer ruido ni mascar fuerte, cuidadosa de no despertarlo, para que él no vaya a llevarse una fea impresión. □



Ventana sobre el tiempo

En Cajamarca, enero es tiempo de tejer.
En febrero aparecen las flores delicadas y las fajas coloridas. Los ríos suenan, hay carnaval.
En marzo ocurre la parición de las vacas y las papas.
En abril, tiempo de silencio, crecen los granos del maíz.
En mayo, se cosecha.
En los secos días de junio, se prepara la tierra nueva.
Hay fiesta en julio, y hay bodas, y los abrojos del Diablo asoman en los surcos.
Agosto, cielo rojo, es tiempo de vientos y de pestes.
En luna madura, no en luna verde, se siembra en setiembre.
Octubre suplica a Dios que suelte las lluvias.
En noviembre, mandan los muertos.
En diciembre la vida celebra.

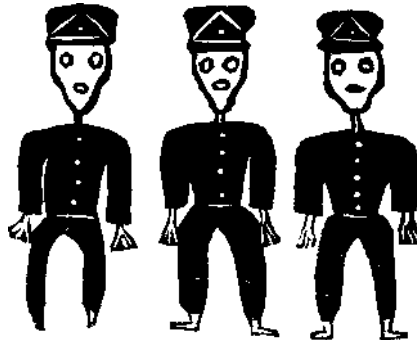
Ventana sobre las vísperas

Se desaniman las hojas del maíz,
florece, de pronto, las moras,
el zorzal canta sin parar,
se echan las gallinas, con las alas abiertas, cuchicheando,
los sapos saltan en subida, no en bajada,
los chanchitos bailan,
los caracoles entran,
salen las culebras,
salen los búhos,
vuelan en remolino las golondrinas,
vuelan en fila los buitres,
vuelan los gansos desde la mar
y tienen gorro de nubes el cerro Pelagatos y el Tantarica.
Así se anuncia el tiempo de las lluvias en Cajamarca, según dicen los que conocen el porqué de los cuándo. □





Historia del fatal encuentro entre el bandido del desierto y el poeta arrepentido



Era el sobreviviente.

Firmino, viejo maestro en el arte de bandidear, huía hacia el agreste de Pernambuco. Las balas del ejército habían acabado con su mujer y con todos sus amigos, en una emboscada al pie de un despeñadero; y él andaba mutilado de ellos, tristeando en las soledades.

Esa noche se descargó la lluvia en el desierto, cosa que nunca, y los relámpagos iluminaron a unos cuantos esqueletos que pataleaban en el aire, vestidos de uniforme y gorra militar. Las víctimas de muchos años de tropelías venían a cobrar el tiempo que Firmino les debía, por habérselos llevado del mundo antes de que fuera llegada su hora; y sus chillidos de espanto anunciaban venganza.

A cuchilladas y culatazos, Firmino peleó contra el hueserío alzado en la tormenta.

Y por fin la lluvia cesó, tan de golpe como había nacido. Y en un santiamén toda mojadura fue evaporada y los muertos regresaron a dormir bajo la tierra seca. Firmino, el malandra mayor del reino, pudo continuar su fuga. Pero después de mucho andar, cuando cortó algunas ramas para hacer fuego, los arbustos sangraron. Y Firmino entendió. Pero siguió caminando.

Los perdidos serán los hallados, cantaba el poeta Sabino, y en la tierra brotarán estrellas que humillarán a las estrellas del cielo. Los mudos serán locutores y habrá hospitales sin enfermos donde hoy sólo hay enfermos sin hospitales.

Cantador de canterías en los mercados de los pueblos alejados de la costa, el poeta Sabino cantaba las profecías de la vaca roja. La vaca, que volaba en sus sueños, le había anunciado que el desierto será mar y habrá verdor en los pedregales, y quien era de saber sabía que habrá nacer sin morir y todos los días serán domingo.

Eso cantó, hasta que se cansó. El poeta Sabino se cansó de cantar esperando. Y se arrepintió de haber gastado la vida peregrinando entre pobres y jodidos en este infierno de piedra, y descubrió que las cosas son como son porque siempre han sido y serán como Dios quiere que sean. Y echó de sus noches a la vaca loca que le soñaba disparates. Y se pasó al

gobierno. Y su espada de madera ya no se alzó para desovar a la serpiente de la tristeza, sino para castigar a los enemigos del orden.

Firmino seguía caminando, hacia el agreste de Pernambuco o hacia donde sus piernas pudieran llevarlo.

Una mañana, no lejos de algún caserío, fue despertado por un crujido de pasos. Firmino se agazapó y peló el cuchillo. Pero cuando vio a Sabino, un pollo hervido con traje y corbata, parado en medio del matorral, el bandido se puso a picar tabaco tranquilamente.

El poeta se presentó: Sabino, humilde rapsoda, para servirlo, y declaró que siempre había tenido la ilusión de conocer al atroz azote del desierto, señor de la maldad, y hoy el destino me depara esta sorpresa que sin duda no merezco y que para mí significa más, mucho más que...

Firmino armó un cigarro, desganado, pachorriento, y encendió.

— *Un grande honor*—susurró Sabino, tragando saliva.

Allí no había más público que unas cuantas moscas.

El bandolero echó al aire unos aritos de humo y midió al letrado tirifilo para acabarlo de un soplo.

Sabino, de cabeza gacha, contaba hormigas; pero de pronto, desenvainó.

La espada de madera le temblaba en la mano. Más le temblaba la voz:

— *Yo quería pedirle un favorcito*—suspiró.

Se pasó un pañuelo por la frente y por los ojos y tartamudamente elevó su súplica:

— *Que me permita usted,.. cortarle la cabeza.*

Firmino largó la carcajada. Y se rió sin parar, hasta que se le acabó la mucha risa que había juntado desde la remota última vez. Entonces, tosió.



Después, estiró el pescuezo:

— *Proceda, doctor.*

El poeta Sabino empuñó la espada de madera con las dos manos y se afirmó con alma y vida.

El bandido Firmino se puso de pie y se acarició el cuello. Pestañeó el poeta. Emitió un gemido de conejo y por fin pudo rogar:

— *Diga no.*

El bandolero le dio el gusto. ¿No? ¿por qué no? Eso no se le niega a nadie. Así que el terror del nordeste dijo:

— *No.*

Pero el poeta musitó:

— *Diga no... con la cabeza.*

Y entonces, cuando el bandido negó con la cabeza, la cabeza se desprendió y cayó y rodó por los suelos.

La victoria de la Civilización sobre la Barbarie fue destacada en primera página por la prensa local, regional, nacional, continental y mundial. Sabino cobró la recompensa y la donó a las obras de caridad, en acto público que fue transmitido en directo por la BBC de Londres. El libro que narró su hazaña se tradujo al inglés, al francés, al alemán y al esperanto, y el poeta Sabino fue elegido Hombre del Año por la revista *Time*.

El alma de Firmino subió entera al cielo.

En el mundo quedó su cadáver partido en dos. El cuerpo fue echado a los buitres y la cabeza a los científicos. Antes de momificar la cabeza, que terminó en una vitrina del Museo de Cangaceiros, los científicos comprobaron que Firmino había sido un mamífero superior de tipo ectomórfico y perteneciente al grupo brasilianoxanthodermo. El análisis reveló una personalidad psicopática determinada por ciertos bultos en el cráneo, característicos de los asesinos fríos provenientes de las montañas y países escondidos. El destino criminal del sujeto estaba también determinado por una oreja nueve milímetros más corta que la otra, la cabeza acabada en punta y las desmesuradas mandíbulas con largos colmillos que seguían masticando después de la muerte.



Firmino fue al cielo porque allí estaba su mujer, y porque alguien le había dicho que allá arriba había lugar para los andantes caballeros caídos en el noble arte de la guerra. Él era caballero sin caballo. Subió al cielo de a pie, todo a lo largo del alto camino de la gloria, con el rifle como bastón y un puñal de plata en la cintura. Lenta andadura, armadura de gala. Bañado en perfume, lustroso de brillantina, Firmino lucía en el pecho una gran cruz de balas relucientes, y su sombrero de Napoleón chorreaba medallas y libras esterlinas y otros chirimbolos, y un anillo brillaba en cada dedo de sus manos. Y tras mucho subir, Firmino llegó a las puertas del Paraíso. Y san Pedro no le abrió.

Dios en persona mandó prohibirle el paso. El Supremo Hacedor no pudo hacerse el sordo ante el clamor unánime de los ángeles, los arcángeles y los santos. Porque la mujer de Firmino, que había entrado al cielo por error, duerme con todos. Ella es el único fuego encendido en la vida eterna, y sólo cuando ella ama y baila, echando llamaradas por el ombligo, se desaburre el

inmortal aburrimiento de la paz celestial.

A sí que san Pedro no le abrió. Y Firmino no rogó, ni dijo nada. Se quedó allí, quieto, esperando. Mucho tiempo ha pasado y esperando está Firmino todavía, sombrero en mano, plantado ante el umbral del Paraíso.

Desde su observatorio de las profundidades, Lucifer contempla, preocupado, la situación. Lucifer se lo ve venir, gruñe:

—*Siempre me toca lo peor.* □



Ventana sobres los seres y los haceres

Es lisa la piel de la planchadora.
Largo y puntiagudo es el arreglador de paraguas rotos.
La vendedora de pollos parece un pollo desplumado.
Brillan demonios en los ojos del inquisidor.
Hay dos monedas entre los párpados del usurero.
Los bigotes del relojero marcan las horas.
Tienen teclas las manos de la funcionaria.
El guardiacárceles tiene cara de preso y el psiquiatra, cara de loco.
El cazador se transforma en el animal que persigue.
El tiempo convierte a los amantes en gemelos.
El perro pasea al hombre que lo pasea.
El torturado tortura los sueños del torturador.
Huye el poeta de la metáfora que encuentra en el espejo. □



Historia del apóstol san Pedro en tierras de América

Firmino espera, apoyado en su fusil, mientras los virtuosos entran volando y sin saludar.
—*Esto no es vida*—dice el muerto.

Firmino no va a pasarse toda la eternidad hablando con nadie, y escuchando las risas de su mujer desde la orilla del Paraíso. El viejo guerrero del desierto merece algo mejor que este helado humilladero. El infierno tiene mala fama, se dice que es otro nombre del mundo, pero allá abajo hay entrada libre y calor como en casa.

Y el bandido se decide. Y ya va a pegar el salto, el salto sin regreso hacia la inmensa sartén donde se fríen los pecadores, cuando ocurre el milagro.

El milagro: se entreabren las blancas rejas y una blanca barba asoma, y asoma una calva cabeza. San Pedro sale del Paraíso. Viene el apóstol en busca de un buen lugar para mirar el mundo, que desde el Paraíso no se ve.

El portero de Dios camina unos pasos en el aire firme y se agacha. Agachado, se pone a soplar nubes. Un enorme llavero le cuelga de la cintura.

Firmino se desliza por detrás y con dedos de seda atrapa el llavero, y abre el portón y se cuelga en el reino de los justos. Al entrar, arroja el llavero por encima del hombro.

San Pedro, Inclinado sobre el mundo, ni se da cuenta.



El príncipe de los apóstoles contempla el cuerpo luminoso de la tierra que navega en el vacío. Contempla y suspira. Él está escuchando una vocecita que lo llama desde allá lejos; pero bien sabe que tiene prohibido volver al mundo. Dios no lo deja. Dios tampoco permite que regresen los demás pescadores del lago de Galilea, ni su propio hijo Jesús. Cuando ellos estuvieron en el mundo, fueron corridos a palos y fueron colgados de altas cruces y fueron desangrados a golpes de lanza. Han pasado dos mil años; pero Dios no olvida.

La mirada de san Pedro atraviesa los mares y los desiertos y las montañas, hasta que por fin se clava en un minúsculo valle, escondido entre los picos de la cordillera de los Andes. Y la mirada se abre paso en la noche del pueblo de Chimpawaylla.

En la iglesia de Chimpawaylla, tiemblan las sombras a la luz de los cirios.



Trepado al altar, el cura Benito espera a la monja Gloria, que ya viene viniendo.

El cura Benito viste un manto robado, y sobre su cabeza brilla un halo de oro que no le pertenece.

Rojo de furia o de envidia, san Pedro maldice lo que ve.

La monja Gloria lleva poco tiempo en el pueblo, pero el cura Benito es de siempre. Él se ha pasado toda la vida aquí: en el confesionario, gozando los pecados ajenos; en el púlpito, amenazando a los indios con granizos y sequías y otras venganzas del Señor.

Cuando la monja Gloria llegó, no traía más equipaje que el anillo de su difunta madre ensartado en un dedo.

En el lecho de agonía, la madre había dejado su anillo en la palma de la mano del marido. Y con el último aliento había dicho su última voluntad. El padre de Gloria juró que nunca dormiría con otra: sólo con la mujer a quien le entrara el anillo.



Unos días después, Gloria se puso el anillo, por curiosidad o jugar, y nunca más se lo pudo sacar.

Y Gloria huyó de su casa y de su destino. Y se hizo monja. No bien tomó los hábitos, fue destinada al pueblo de Chimpawaylla.

Aquí llegó, caminando, desde las montañas. Llegó al amanecer, después de mucho andar, pero en su túnica no había polvo ni había cansancio en su cara.

La nueva esposa de Cristo golpeó apenas, y bastó aquel roce de aldaba

para que Benito saltara de la cama.

Entonces Benito abrió, y la vio: Gloria y sus ojos de susto y su olor de aire recién llovido.

Desde aquel día, Benito no puede dormir sin soñarla.



La monja Gloria barrió y raspó y fregó y refregó, peleando contra la mugre de siglos que tapaba a la iglesia, y ahora huelen a sol las ropas de los santos.

Varias veces Gloria ha lavado a san Pedro, y cada vez ella se ha abrazado a sus pies y de rodillas le ha rezado, llorando, suplicándole que su mano impura sea liberada del anillo de la condenación.

Esta mañana, Benito le anunció la visitación del apóstol:

—*Cuando sea noche, san Pedro te hablará.*

Y desde ese momento, Gloria ya no pudo estarse quieta. Se pasó todo el día caminando, buscando en las afueras un poco de paz para su espíritu; y en las alturas de su euforia, fue sorda a las advertencias. No supo escuchar a la paca-paca silbando malos agujeros desde la copa del sauce, ni al pato que gritaba alarmas desde las aguas de la laguna.

Y mientras tanto, Benito ha desvestido a san Pedro y lo ha escondido en el desván. Se ha puesto su manto, se ha rapado la cabeza y se ha pegado una barba de blancas hebras de lana. Y ha subido al altar. Y allí se ha quedado, a la derecha de la cruz, quietecito, esperando.

Cae la noche. Y cuando por fin se aproxima, temblorosa, la más linda oveja del Señor, san Pedro alza los brazos y habla. Muy suave, casi en secreto, dice: —*Manda Taita Dios que yo duerma a tu lado y te quite el anillo.*

Y Gloria se desmaya.

La despiertan los dedos que le acarician la frente y le penetran el pelo. La blanca toca se desliza y cae.

—*Dios nos quiere desnudos, de cuerpo y alma* —susurra san

Pedro.

—*Hágase su voluntad.*



Y así canta el gallo en plena noche.
Y allá arriba y allá lejos, el otro san Pedro se tapa los ojos.
Después, intenta ponerse de pie. La espalda le cruje. Está mareado. Tiene la boca llena de palabras prohibidas.

Todavía encorvado, el apóstol se palpa la cintura dolorida. Y descubre, entonces, que ya no tiene las llaves del reino de los cielos. □

Ventana sobre las paredes

Escrito en un muro de Montevideo; *Nada en vano. Todo en vino.*
También en Montevideo; *Las Vírgenes tienen muchas Navidades,*
pero ninguna Nochebuena.

En Buenos Aires: *Tengo hambre. Ya me comí la h.*

También en Buenos Aires: *¡Resucitaremos aunque nos cueste la vida!*

En Quito: *Cuando teníamos todas las respuestas, nos cambiaron las preguntas.*

En México; *Salario mínimo al Presidente, para que vea lo que se siente.*

En Lima: *No queremos sobrevivir. Queremos vivir.*

En La Habana: *Todo se puede bailar.*

En Río de Janeiro: *Quien tiene miedo de vivir, no nace.* □

Ventana sobre los titulares de la crónica roja latinoamericana

Ofuscado por los celos, convirtió
tierna paloma en albóndiga de sangre

*Se suicidó arrojándose
desde un octavo pisoooooo*

**¡POR BEBER EN EXCESO
SE VOLVIÓ HOMOSEXUAL!**

*Roban cuadro de artista
ciega, que pinta de oído*

**¡LE ESTÁ CRECIENDO UN HERMANO
GEMELO EN LA BARRIGA!**

*Anciano fallece en el cine,
mirando tetitas de Sofía*

**¡MATÓ A SU MADRE
SIN RAZÓN JUSTIFICADA!**

*Falleció aplastado
por su propio domicilio*

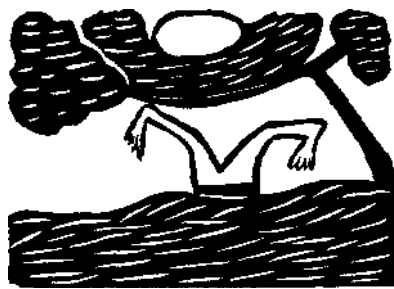
Ventana sobre los culebrones

E*l derecho de nacer* fue el radioteatro más popular de todos los tiempos. Ese melodrama de hace medio siglo ha desatado muchas graves inundaciones de lágrimas sobre las tierras latinoamericanas.

—*Y tú, ¿por qué haces llorar tanto a la gente?* —preguntaron al autor.

Y Félix B. Caignet se defendió:

—*Yo no hago llorar a nadie. Yo doy el pretexto para que la gente llore.* □



Historia del niño que se salvó del amor de madre y otros peligros

Un huevo flotaba en el río Uspanapa.

Caridad manoteaba el agua, queriendo atraparlo; y tanto se agachó que se clavó de cabeza en el fondo barroso.

Tras mucho patalear, emergió ensopada y sin el huevo, echando agua y rabia por los siete agujeros de su cara. Cuando se alzó en la orilla, golpeó sin querer el ramaje; y el huevo, que se veía en el río pero estaba entre las ramas, cayó a sus pies.

Caridad se sentó. Al calor de su cuerpo, el huevo se quebró y Andancio nació y lloró.

Serpenteaba la lengua. Caridad se relamía contemplando al niño que crecía. —*Mío, mío*—decía.

Andancio le tenía gratitud, porque al fin y al cabo ella lo había nacido; pero no bien Caridad se iba de casa, el niño confiaba sus inquietudes al ratón:

—*Mi mamá me quiere comer.*

Y el ratón movía la cabeza:

—*A todas las madres les da por ahí.*



En el mentidero de aquel pueblo de Veracruz, Caridad se quejaba a las vecinas:
—*Ni modo. No engorda, el ingrato. Para qué se sacrifica una.*

Toda la comida era para el niño y Caridad tenía un hambre que se comía el barro de las paredes. Las paredes iban disminuyendo en cada cena y ya habían desaparecido, también tragados, todos los cacharros de la casa. Todos, salvo la olla grande.

Cada noche, Caridad acarreaba agua y soplabla el fuego. Cuando la olla humeaba, ella arrojaba un puñadito de sal. Entonces se arrimaba al rincón donde Andancio dormía:

—*Venga el dedo.*

Y Andancio le ofrecía la cola del ratón. Caridad palpaba, ciega de furia, y se alejaba mascullando.

Gracias al ratón, que cavó un agujero en la adelgazada pared, Andancio pudo escapar. Se marchó sin volver la cara y llegó monte arriba cuando ya estaba despuntando el día.

Desde la copa de una palma, vio su casa en llamas. Caridad había pateado los leños ardientes y el fuego se había vengado.

Los vecinos envolvieron las cenizas de Caridad en una manta y el sapo se fue a arrojarlas al pantano. Cuando Andancio vio venir al sapo, que brincaba con la bolsa a la espalda, le salió al cruce. Quiso arrancarle la carga, que madre hay una sola; y en el forcejeo se abrió la manta y las cenizas de Caridad se echaron a volar.

Andancio corrió, perseguido por la negra nube, y se zambulló en las aguas del río; y así fue salvado por el espejo que había reflejado su primera imagen. El sapo, más lento, no pudo defenderse de aquel ejército de lanzas, y quedó con la piel acribillada de picaduras para siempre. Y desde entonces nos atormentan los mosquitos. □





Ventana sobre las dictaduras invisibles

La madre abnegada ejerce la dictadura de la servidumbre.
El amigo solícito ejerce la dictadura del favor.
La caridad ejerce la dictadura de la deuda.

La libertad de mercado te permite aceptar los precios que te imponen.

La libertad de opinión te permite escuchar a los que opinan en tu nombre.

La libertad de elección te permite elegir la salsa con que serás comido.

Historia del milagro de los mosquitos



El cura del pueblo le decía:

—*Tú eres el único negro de alma blanca.*

Montón había vendido su alma a Dios. A cambio de la vida eterna, se había condenado a hacer el bien. Y ya llevaba mucho tiempo viviendo en santidad su vida sin fin, cuando el carnaval estalló, como todos los años, en el pueblo de Saint Marc. Y como todos los años, Montón se encerró, con tranca y candado, y se obligó al ayuno y la mortificación mientras duraba la fiesta. Según tenía costumbre, se tapó los oídos con cera, se arrodilló y de rodillas pasó los cuatro días y noches del alboroto. Afuera, mientras tanto, los tambores latían y desataban un torbellino de cuerpos humeantes que la música lanzaba al aire: en el aire la música bailaba los cuerpos, los devolvía a la tierra y los volaba de nuevo.

Así fue hasta fa medianoche del martes, cuando murió para todos el tiempo del goce y para todos llegó la hora del arrepentimiento y el deber. Había luna llena. Subió la marea, se escondieron las aves, el aire se enfrió. Y Montón salió de su encierro.

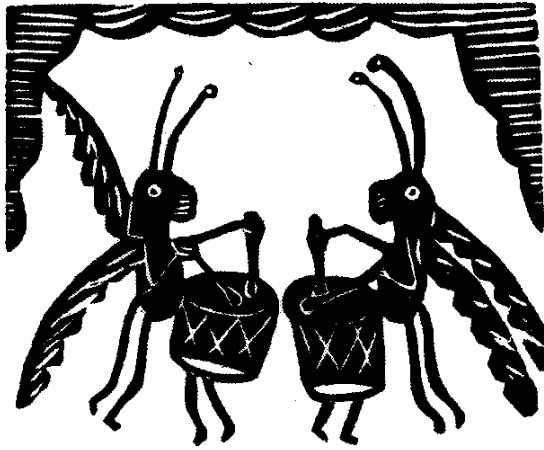
Sentado en su mecedora, al fresco de la noche, Montón estaba bebiendo un vaso de agua pura de lluvia. Y entonces, de pronto, ocurrió: la luna se metió en el vaso, el vaso estalló y el pueblo entero se inundó de aguardiente. Ríos de aguardiente brotaron del vaso en astillas y dieron a todos de beber y de marear durante esa noche y los días siguientes.

Desde aquella vez, en el pueblo de Saint Marc el carnaval comienza el miércoles de cenizas, cuando en todo el mundo acaba.

Fue en aquellos días que Montón perdió el sombrero. Y también perdió a su mujer: una mañana, tocó esa estatua de hielo y advirtió que ella estaba un poquito más fría que de costumbre. Mientras las paladas de tierra caían sobre la finada, Montón rezaba con devoción el rosario de quince casas, pero no podía evitar el movimiento de sus labios que porfiadamente musitaban:

—*Ni se te ocurra devolvérmela, Dios mío.*

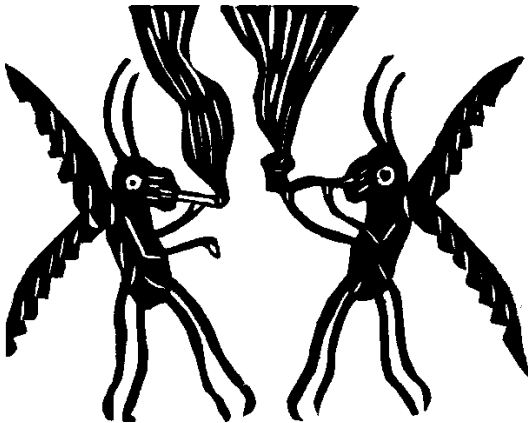
El enterrador echó tierra y más tierra hasta acalambrarse los brazos; pero no hubo manera de tapar el hoyo. El hondo agujero seguía allí, y toda la tierra del mundo no alcanzaba para cubrir sus profundidades. No hubo más remedio que clavar la cruz allá abajo, en el centro de aquella boca abierta.



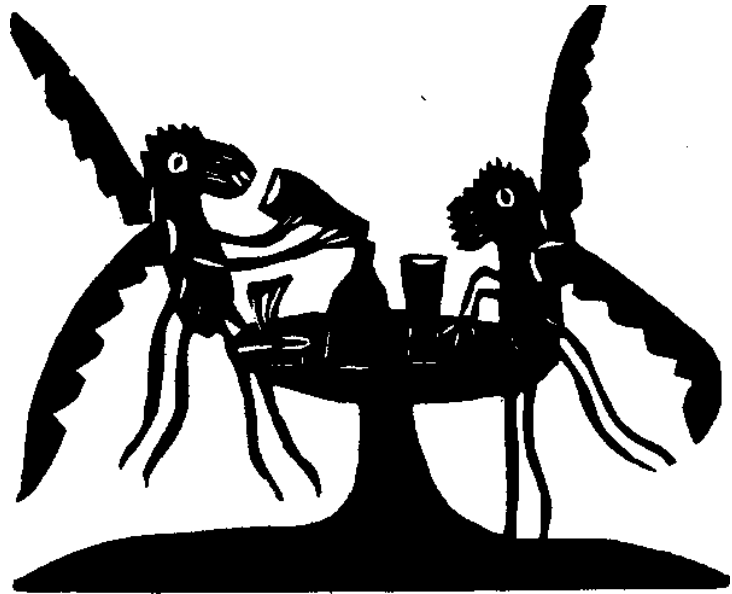
—La tierra quedó con hambre —sentenció el enterrador, que era hombre sabido.

A Montón se le escapó una risita nerviosa. Y súbitamente se puso pálido, le fallaron las rodillas y se desmayó.

Parientes y vecinos abanicaron al viudo, víctima del calor del mediodía y del dolor de la pérdida irremediable.



A los poquitos días, Montón advirtió que su cuerpo proyectaba, a la luz del día o del fuego, una sombra ajena, sombra de otro cuerpo que nacía de su cuerpo y se metía donde no debía. Además de la sombra metereta, del cuerpo de Montón también se desprendía un viento loquito que le arrancaba de las manos el libro de oraciones, hacía sonar las flautas y levantaba las faldas de las mujeres. Montón, que siempre había sido hombre de poca boca, se había lanzado a devorar, con hambre implacable, lo propio y lo ajeno, lo crudo y lo cocido, lo quieto y lo movido. El enemigo del humo fumaba sin parar; bebía trago fuerte el devoto del agua. Y comiendo y bebiendo y fumando deliraba, disparando disparates ante sus nietos atónitos.



Los muchachos sospecharon: mal de ojo. Y decidieron mudar la casa de sitio. Arrancaron la casa de cuajo y se la llevaron, con paredes y techo y todo, a la otra punta del pueblo. Regaron cáscaras de huevo en el suelo, alzaron un cráneo de vaca en medio del plantío y colgaron un collar de ajos al pescuezo del abuelo atribulado.



La cosa empeoró. Ahora se negaba a trabajar el mártir de la vida trabajante, y pasaba noche y día tumbado en la dulce hamaca de algún pecho de mujer, cocinándose de amores hasta quedar transparente. En el altar de su casa, donde antes estaba clavada la cruz de Cristo, Montón había plantado el arbolito del Paraíso, copa roja de frutos y cantora de pájaros, en homenaje a los amantes que no habían tenido

ombligo, ni memoria, ni obediencia.

La gente se enferma desde arriba, como las plantas. Los nietos de Montón diagnosticaron que el abuelo andaba mal de la cabeza. Y viendo que se agravaba su dolencia del nervio mental, lo llevaron al Gran Chivo.



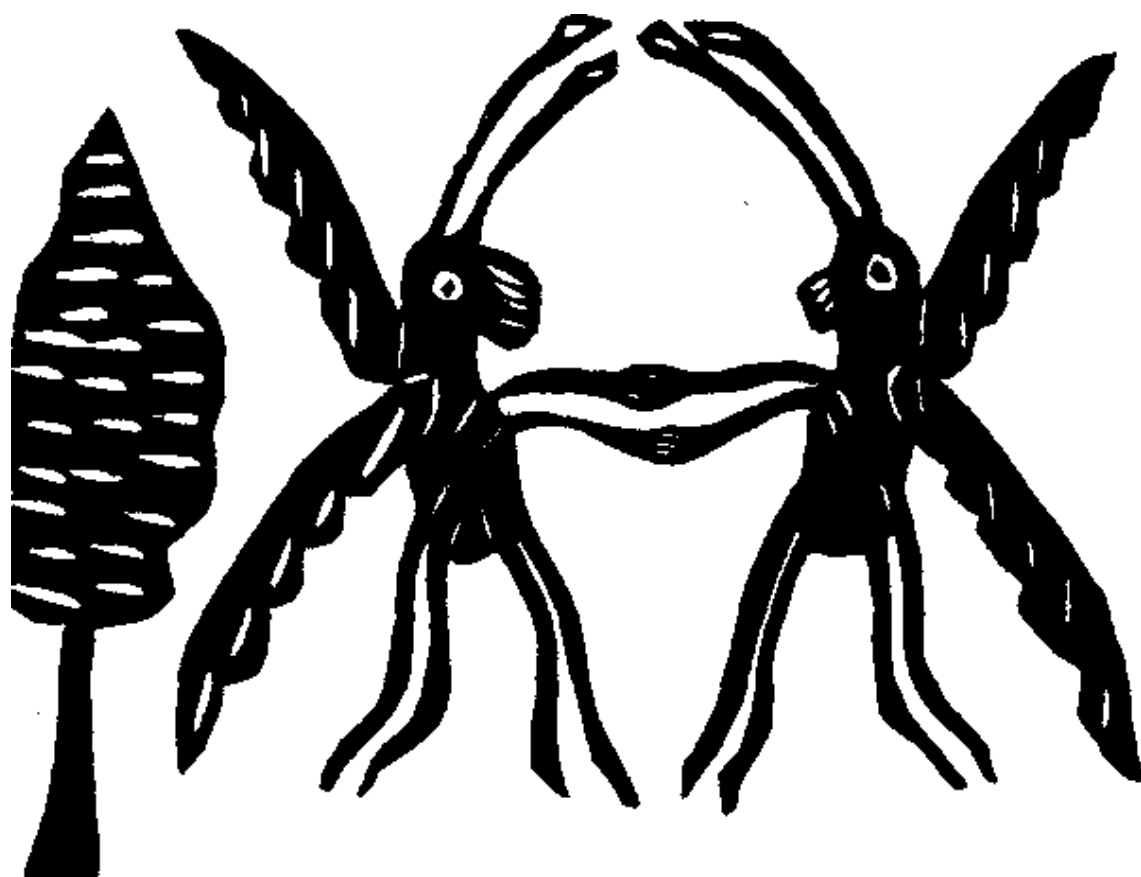
La barba del Gran Chivo le servía de sábana. Cuando se la tironeaban mientras dormía, él hablaba en sueños.

Los nietos de Montón preguntaron. Y al primer tirón de barba, el Gran Chivo reveló la verdad:

—*Mosquitos*—murmuró, sin despertarse.

Los muchachos no entendieron. No recordaron que una mañana, tiempo atrás, el abuelo había amanecido muy inflado de picaduras. Y no supieron que todo había sido culpa de los mosquitos.

De tanto picar, los mosquitos habían hecho una transfusión de sangre. Montón había recibido la sangre de un famoso pecador llamado Fefé. Éste era un caso de cambio de alma, de índole incurable. Montón había quedado como había quedado y el tal Fefé, que había sido gozador incansable, era ahora un incapaz de aventura, condenado a repetir días iguales, que no podía beber sin vomitar, ni hacer el amor sin culpa, ni sentir sin saber. □

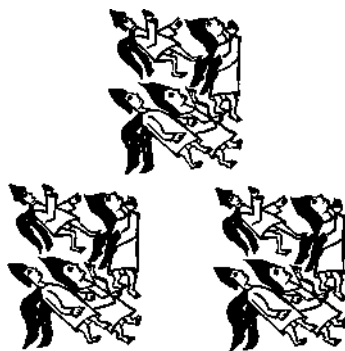


Ventana sobre la palabra (IV)

Magda Lemonnier recorta palabras de los diarios, palabras de todos los tamaños, y las guarda en cajas. En caja roja guarda las palabras furiosas. En caja verde, las palabras amantes. En caja azul, las neutrales. En caja amarilla, las tristes. Y en caja transparente guarda las palabras que tienen magia.

A veces, ella abre las cajas y las pone boca abajo sobre la mesa, para que las palabras se mezclen como quieran. Entonces, las palabras le cuentan lo que ocurre y le anuncian lo que ocurrirá. □





Historia del regreso del arcángel

Montón estaba en plena celebración del maleficio de los mosquitos, bailando en el aire, carnavalearo la vida, cuando un día escuchó que alguien tosía a sus espaldas. Se dio vuelta, no vio a nadie.

—*Date preso.*

Cuando bajó la mirada, Montón se echó a reír a las carcajadas. Allí había un enano ajado y feo, vestido de policía. El arcángel le cortó la risa en seco:

—*Me manda Dios —dijo—. ¿Te suena? Tengo orden de llevarte.*

Palideció el desventurado, ante la atroz evidencia. Hasta ese momento la muerte había sido, como la enfermedad, como la vejez, una cosa que sólo ocurría a los demás.

La *despedida* —balbuceó, y su mano temblorosa sirvió dos vasos de ron clarín.

—*No debería* —musitó el diminuto, vaciando su vaso de un sorbo.

Y después, trago va, trago viene:

—*Uno es un momentito nomás, cosa de nada* —suspiró Montón. Y al rato sentenció el arcángel, meneando la cabeza:

—*El miedo manda.*

La luz de la vela multiplicaba el cuerpo de Montón, cuerpo del color de su sombra, que con su sombra crecía.

Cuando abrió la segunda botella, el negro viejo verde se animó a preguntar:

—*¿Y hace mucho que está en esto, usted?*



El emisario del Señor chasqueó la lengua y calló.

Pero mientras la botella bajaba, las palabras fueron subiendo, fueron saliendo. El arcángel evocó los tiempos aquellos de Comayagua, vida buena de vivir, gloriosa fugacidad, y contó que los alados agentes del Más Allá lo habían secuestrado:

—*Me volvieron.*

Ahora tenía prohibidas las misiones de redención; y sólo podía visitar el mundo para llevarse a los condenados a muerte.

En medio de sus cuitas, se quedó dormido.



Cuando despertó, ya clareaba el día. El arcángel recordó súbitamente su trabajo:

—*Polvo, cenizas, nada* —advirtió la voz del deber, ronca de resaca.

Montón, que no había huido, se balanceaba tranquilamente en una mecedora.

—*Si usted quiere llevarme, tendrá que desatarme* —dijo.

Y alzó con dos dedos un pelo de mujer, que no era de la cabeza ni de la

axila.

—Córtelo —exigió— *que yo no puedo.*

El arcángel lo intentó. Probó con los dientes, y ni modo, y tampoco pudo partir ese pelo con el filo del cuchillo ni a golpes de hacha.

Pidió instrucciones a las alturas.

En pleno ataque de furia, san Miguel se arrancó las plumas.

Sus gritos aturdieron a las galaxias: el arcángel jefe maldecía al idiota éste que había caído en una trampa vieja como el mundo, un truco que cualquiera conoce, y anunciaba que mandaría al muy inútil de una patada al infierno.

Pero la jerarquía celeste mandó archivar el asunto. Satanás no aceptaba huéspedes sin la firma de Dios; y nadie se atrevía a molestar a Nuestro Señor con esta bochornosa historia digna de olvido. Nuevas guerras y revoluciones estallaban cada día en el universo infinito y turbulento, y Dios no estaba para disgustos.

El reincidente funcionario, que tantas muestras había dado de negligencia, ineptia y corrupción, fue encadenado a una nube y condenado a escuchar, por toda la eternidad, los ensayos del coro de ángeles que canta en alabanza de la gloria del Creador y de su insaciable sed de lágrimas.

Cuando el arcángel voló y se fue para siempre de esta tierra, se borró el horizonte. Todo el cielo fue mar y se descargó la tormenta. Montón caminó, a través de la lluvia, por el mundo que la lluvia despertaba.



Ventana sobre las prohibiciones

En la pared de una fonda de Madrid, hay un cartel que dice: *Prohibido el cante.*
En la pared del aeropuerto de Río de Janeiro, hay un cartel que dice: *Prohibido jugar con los carritos portavalijas.*
O sea: todavía hay gente que canta, todavía hay gente que juega.





Historia de la casa del maíz

Andancio había quedado huérfano y sin casa. Peregrinando en busca de un lugar en la tierra, llegó a las orillas del golfo de México.

El rayo se irguió sobre sus posesiones. Apoyado en larga cola incandescente, fulminó al intruso:

—¡Aquí no!—bramó, desde lo alto de su prestigio criminal. Y tronaron las furias del cielo.

Andancio señaló el horizonte. Hablando bajito, como pidiendo disculpas, alzó una piedra y desafió: ganará la pedrada que atraviese la mar entera.

El rayo no contestó, pero eligió su piedra, tomó impulso y la arrojó. La piedra del rayo trazó una curva asombrosa en el cielo, y tras rozar al sol se hundió en el agua, poco antes del horizonte.

Andancio convocó secretamente a la paloma y al pájaro carpintero. Entonces su cuerpo se hizo arco y disparó a la paloma, como si fuera piedra, y la paloma zumbó en el aire y se perdió de vista.



Poco después, el pájaro carpintero golpeó con su pico un árbol muerto, y

ese golpe seco mintió que la piedra había caído en la otra orilla de la mar.

El rayo humilló su cabeza. Y fue obligado a irse allá donde su piedra había caído. Andancio mandó que el rayo anunciara la entrada del tiempo del agua en la tierra; y que enviando lluvia bañara su cuerpo y le diera crecimiento.

Y así Andancio tuvo tierra y lluvia, y tuvo también alto cuerpo y hojas y espiga y granos y pelo. Y fue maíz. □



Ventana sobre los ciclos

La gente, hecha de maíz, hace el maíz. La gente, creada de la carne y los colores del maíz, cava una cuna para el maíz y lo cubre de buena tierra y lo limpia de malas hierbas y lo riega y le habla palabras que lo quieren. Y cuando el maíz está crecido, la gente de maíz lo muele sobre la piedra y lo alza y lo aplaude y lo acuesta al amor del fuego y se lo come, para que en la gente de maíz siga el maíz caminando sin morir sobre la tierra. □





Historia de la resurrección del papagayo

El papagayo cayó en la olla que humeaba. Se asomó, se mareó y cayó. Cayó por curioso, y se ahogó en la sopa caliente. La niña, que era su amiga, lloró. La naranja se desnudó de su cáscara y se le ofreció de consuelo.

El fuego que ardía bajo la olla se arrepintió y se apagó. Del muro se desprendió una piedra.

El árbol, inclinado sobre el muro, se estremeció de pena, y todas sus hojas se fueron al suelo.

Como todos los días llegó el viento a peinar el árbol frondoso, y lo encontró pelado. Cuando el viento supo lo que había ocurrido, perdió una ráfaga.

La ráfaga abrió la ventana, anduvo sin rumbo por el mundo y se fue al cielo.

Cuando el cielo se enteró de la mala noticia, se puso pálido.

Y viendo al cielo blanco, el hombre se quedó sin palabras.

El alfarero de Ceará quiso saber. Por fin el hombre recuperó el habla, y contó que el papagayo se había ahogado a
y la niña había llorado
y la naranja se había desnudado
y el fuego se había apagado
y el muro había perdido una piedra
y el árbol había perdido las hojas
y el viento había perdido una ráfaga
y la ventana se había abierto
y el cielo había quedado sin color
y el hombre sin palabras.

Entonces el alfarero reunió toda la tristeza. Y con esos materiales, sus manos pudieron renacer al muerto.

El papagayo que brotó de la pena tuvo plumas rojas del fuego
y plumas azules del cielo
y plumas verdes de las hojas del árbol
y un pico duro de piedra y dorado de naranja
y tuvo palabras humanas para decir
y agua de lágrimas para beber y refrescarse
y tuvo una ventana abierta para escaparse
y voló en la ráfaga del viento. □



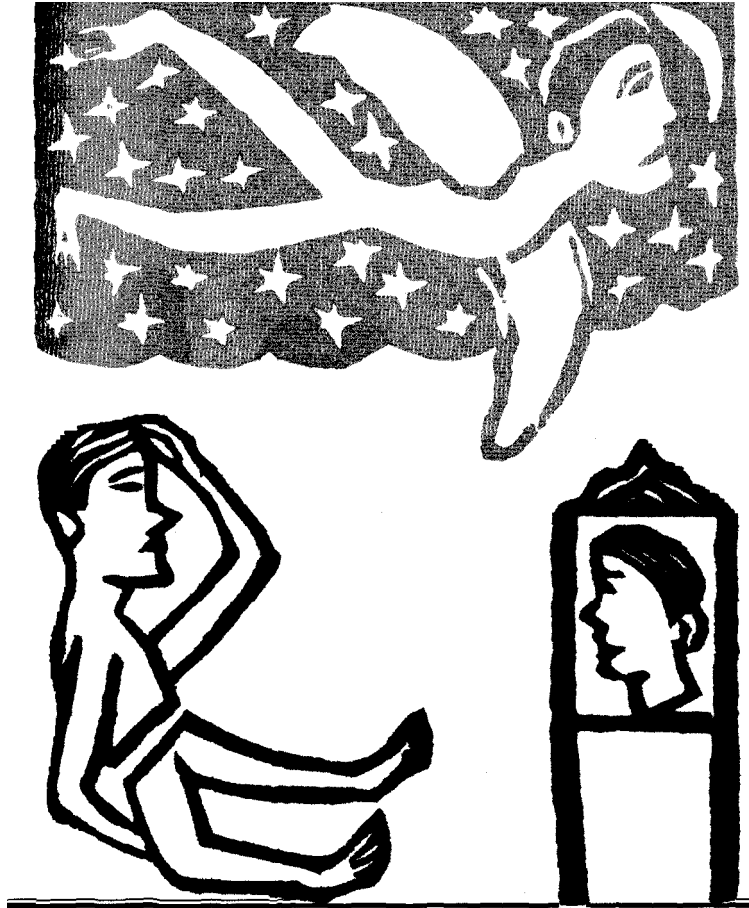
Ventana sobre la memoria (I)

A orillas de otro mar, otro alfarero se retira en sus años tardíos. Se le nublan los ojos, las manos le tiemblan, ha llegado la hora del adiós. Entonces ocurre la ceremonia de la iniciación: el alfarero viejo ofrece al alfarero joven su pieza mejor. Así manda la tradición, entre los indios del noroeste de América: el artista que se va entrega su obra maestra al artista que se inicia.

Y el alfarero joven no guarda esa vasija perfecta para contemplarla y admirarla, sino que la estrella contra el suelo, la rompe en mil pedacitos, recoge los pedacitos y los incorpora a su arcilla.

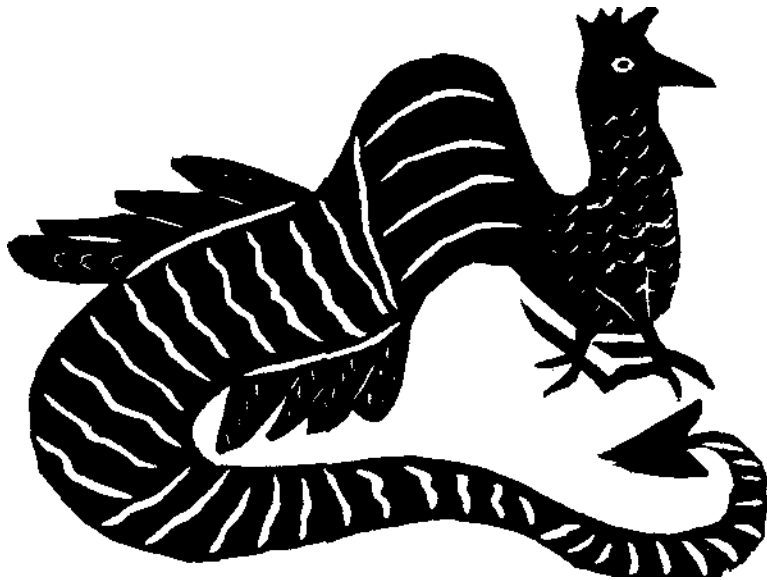
Historia de la sombra

El primer sabor que recuerda fue una zanahoria.
El primer olor, un limón cortado por la mitad.
Recuerda que lloró cuando descubrió la distancia. Y recuerda que una mañana ocurrió el descubrimiento de la sombra.



Aquella mañana, él vio lo que hasta entonces había mirado sin ver: pegada a sus pies, yacía la sombra, más larga que su cuerpo.
Caminó, corrió. A donde él iba, fuera donde fuera, la perseguidora sombra iba con él.

Quiso sacársela de encima. Quiso pisarla, patearla, golpearla; pero la sombra, más rápida que sus piernas y sus brazos, lo esquivaba siempre. Quiso saltar sobre ella; pero ella se adelantó. Volviéndose bruscamente, se la sacó de adelante; pero ella reapareció por detrás. Se pegó contra el tronco de un árbol, se acurrucó contra la pared, se metió detrás de la puerta. Donde él se perdía, la sombra lo encontraba.



Por fin, consiguió desprenderse. Pegó un brinco, se echó en la hamaca y se separó de la sombra. Ella se quedó debajo de la red, esperándolo.

Después supo que las nubes, la noche y el mediodía suprimen a la sombra. Y supo que la sombra siempre vuelve, traída por el sol, como un anillo en busca del dedo o un abrigo viajando hacia el cuerpo.

Y se acostumbró.

Cuando él creció, con él creció su sombra. Y él tuvo miedo de quedarse sin ella.

Y pasó el tiempo. Y ahora, cuando se está achicando, al cabo de los días de su vida, tiene pena de morir y dejarla sin él.



Ventana sobre la cara invisible

Todo tiene, todos tenemos, cara y señal. El perro y la serpiente y la gaviota y tú y yo, los que estamos viviendo y los ya vividos y todos tos que caminan, se arrastran o vuelan: todos tenemos cara y señal. Eso creen los mayas. Y creen que la señal, Invisible, es más cara que la cara visible. Por tu señal te conocerán. □

Ventana sobre el reino que fue

En Sayomal, contó la abuela, allá en lo antiguo, antes del antes del antes, no se secaban los árboles ni las gentes. Cuando el primer dolor dolió, nadie sabía si era rojo o negro o blanco. Cuando ocurrió la primera muerte, no había palabra para nombrarla. Y cuando las tierras de Sayomal fueron invadidas por las sombras del dolor y de la muerte, el sol eligió a un hombre y lo salvó, lo arrebató con sus rayos. Y desde entonces él está solo, está fuera del tiempo, durmiendo en el santuario del sol que flota a la deriva por encima del horizonte.

—*El último de Sayomal*— dijo la abuela— *te está esperando.* □



Historia del tiempo que fue

Allá en el tiempo que se ha perdido en el tiempo, cuenta la abuela, el venado era más veloz que las flechas que lo buscaban. Por toda la tierra paseaba la serpiente, cascabeleando fiestas de la cabeza a la cola, y sus cascabeles sonaban hoy y se escuchaban ayer y mañana.

Y el pavo era señor del reino de las alturas, y su grito llegaba a los últimos rincones.

Cuando el tiempo de la desventura llegó a Yucatán, el venado ya no pudo correr como viento y fue lastimado y lloró. Sus ojos de agua, que dieron de beber a los demás lastimados, quedaron por siempre húmedos y grandes.

La serpiente perdió los cascabeles de la alegría. Desde entonces sólo suenan, en su cuerpo desnudo, los cascabeles del miedo.

Y el pavo cayó a los montes bajos, donde nadie lo escucha, y nunca más pudo remontar vuelo desde la tierra donde sufren exilio los desterrados del cielo. □



Ventana sobre la memoria (II)

Un refugio?
¿Una barriga?
¿Un abrigo para esconderte cuando te ahoga la lluvia, o te parte el frío, o te voltea el viento?
¿Tenemos un espléndido pasado por delante?
Para los navegantes con ganas de viento, la memoria es un puerto de partida,



Ventana sobre la llegada

El hijo de Pilar y Daniel Weinberg fue bautizado en la costanera. Y en el bautismo le enseñaron lo sagrado. Recibió una caracola:
—*Para que aprendas a amar el agua.*

Abrieron la jaula de un pájaro preso:

—*Para que aprendas a amar el aire.*

Le dieron una flor de malvón:

—*Para que aprendas a amar la tierra.*

Y también le dieron una botellita cerrada:

—*No la abras nunca, nunca. Para que aprendas a amar el misterio.*

Ventana sobre la partida

Los bisnetos la visten para ir a la escuela. Cada mediodía, esa vieja se levanta a duras penas de la cama y exige el delantal blanco y la moña azul, muy nerviosa porque se enoja la maestra:

—*Apúrense, apúrense, que se hace tarde.*

Un viejo copia sus propios dibujos de la infancia. Son dibujos de hace setenta años. Mientras los copia, mientras se copia, no le tiembla la mano.

Guarda unos periódicos viejos, viejos como él, envueltos en trapos cuidadosamente atados. Él tiene miedo de que se escapen las palabras,

Ventana sobre las preguntas

Sofía Opalski tiene muchos años, nadie sabe cuántos, quién sabe si ella sabe. Le queda una pierna, anda en silla de ruedas. Están las dos gastaditas, la silla y ella. A la silla se le aflojan los tornillos y a ella también.

Cuando ella se cae, o se cae la silla, Sofía se arrima como puede hasta el teléfono y disca el único número que recuerda. Y pregunta, desde el fin del tiempo:

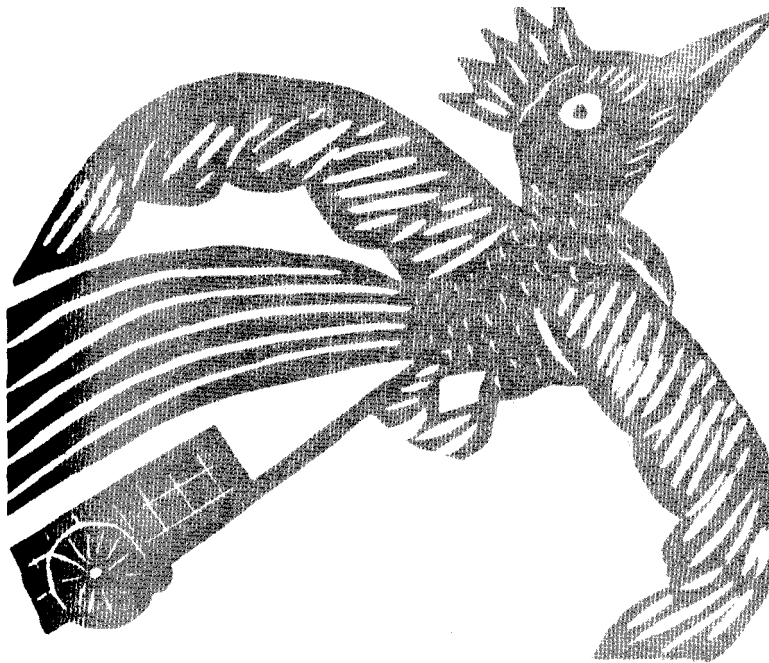
—¿Quién soy?

Muy lejos de Sofía, en otro país, está Lucía Herrera, que tiene tres o cuatro años de nacida. Lucía pregunta, desde el principio del tiempo: —¿Qué quiero yo?

Historia del auriga

Se pasaba el día esperando, las riendas en el puño, inmóvil en el pescante. Muy de vez en cuando aparecía algún turista con ganas de meter la nariz en los barrios viejos y en los tiempos idos, y rara vez asomaba, todavía, alguna familia de casa grande, de aquéllas que iban a misa aunque no fuera domingo.

Esperando, dormitaba. Y quizás don Antenor soñaba que los dientes perdidos volvían a la boca y a la cabeza volvían los perdidos cabellos y la grasa de los años se escurría del cuerpo; o soñaba que conducía un Mercedes Benz último modelo, él muy tieso al volante, de uniforme nuevo, bajo un letrero luminoso que parpadeaba *Taxi*.



Cuando se cerraba la noche, don Antenor sacudía las riendas:

—Arre, *Inútil*.

El *Inútil* no apuraba la marcha, pero rumbeaba para casa.

Amparado por la oscuridad, don Antenor iba recogiendo, al pasar, algunas bolsas de basura.

El licenciado eligió viajar junto al cochero. Él había venido desde la capital para dictar una conferencia sobre la curación del asma según Maimónides, y quería conocer Cartagena de Indias de la mejor manera.

Pasearon a la sombra de las murallas y a la orilla de la mar. El carro anduvo las callecitas de la ciudad vieja, a través de los arcos de piedra y bajo las pestañas de madera de los balcones volados; y después recorrió las avenidas de la ciudad nueva atorada de automóviles.

Al paso del caballo y de las horas, el licenciado iba rindiendo homenaje al callado heroísmo de don Antenor, centinela de la memoria nacional, bastión de las tradiciones perdidas:

—*Usted es un Patrimonio Histórico de la Patria* —elogiaba, y con unas palmaditas le felicitaba la espalda.

Cuando el viaje concluyó, el licenciado se quedó un rato conversando. Revisó el fondo de ojo de don Antenor y le recetó aceite de hígado de bacalao de Hogg. Y al bajarse del carro, pidió la cuenta.

Y se ofendió:

—*¿Tan bajo cotiza usted su labor de auriga, y el sacrificio de la noble bestia que lo acompaña?*

Y sin pagar se alejó, muy enojado, y desapareció en la primera esquina.



Don Antenor se sacaba los perros del alma insultando al Inútil y haciendo silbar el látigo sobre sus orejas.

Cada día había menos día. Cada día anochecía más temprano. El pan de cada día se alejaba cada día: muy bajo nadaban los peces, muy alto volaban los pájaros.

Pero don Antenor estaba. Firme en la plaza, mal que bien, estaba. Como en los viejos tiempos, cuando las calles eran de vaivén, mucho bullicio y bullanga, sin máquinas todavía, o casi sin. En aquel entonces, el carro Kaiser era carruaje y paseaba a la Primera Dama de la República y a los diestros y tenores venidos de España, maestros de la lidia y la zarzuela, y llevaba damas de abanico a las funciones de gala. El Kaiser lucía letras de oro en las portezuelas, Ventanía relinchaba de júbilo y don Antenor conocía secretos de alcobas y notarías, vida y milagros de la gente de lustre.

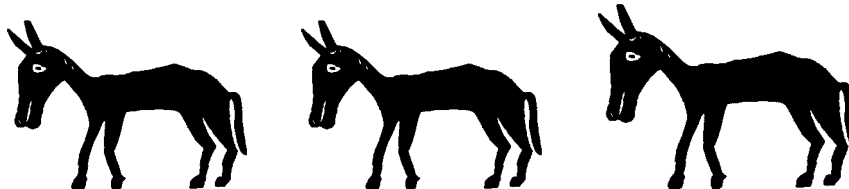
Aquella gente ya no estaba, y tampoco estaban las cosas que aquella gente quería; pero don Antenor estaba. Y el Kaiser estaba, apolillado y cojo de una rueda. Y estaba este jamelgo escuálido, que no era aquel Ventanía que arrancaba chispas al empedrado y pifando marcaba el compás del trote triunfal: el Inútil deambulaba, dormilón, dando vueltas y más vueltas alrededor

de la plaza, mientras zumbaban los automóviles en el vértigo del tránsito.

Cuando llegó el día de la Virgen de la Candelaria, la multitud subió, en procesión, hasta la cima del cerro donde ella vive. Don Antenor también subió. Trepó la cuesta de rodillas y con las rodillas sangrando, ciego de sol y de polvo, le suplicó milagro. Le pidió que ella le cerrara los tajos del alma, los que no cicatrizan: le habló susurrando, como en la infancia, cuando él la llamaba mi novia, mi arrimatepacá, y ella le regalaba las murallas que rodean la ciudad vieja.

Pero la Virgen estaba ocupada abriendo los caminos de la mar, resucitando ahogados y llevando peces a las redes vacías. Aquel año eran muchos los maleficios del agua, mucho trajín tenía la Señora de los Navegantes, y no le quedaba tiempo para las desdichas de la tierra.

Mientras don Antenor rezaba allá arriba, llorándole a la sorda, el Inútil estaba abajo, atado al Kaiser, achicharrándose al sol. Era un sol feroz, y también la sombra hubiera sido feroz, si hubiera habido sombra. El Inútil mordía pastitos secos, tascando el freno, y maldecía a este viejo bruto que lo trataba como si fuera caballo de madera: él se había pasado la vida cinchando y callando y por lo menos merecía un sombrero, con penacho de plumajes de colores, y un buen banquete de maíz colorado, tallos de alfalfa, tréboles frescos, purecito de avena.



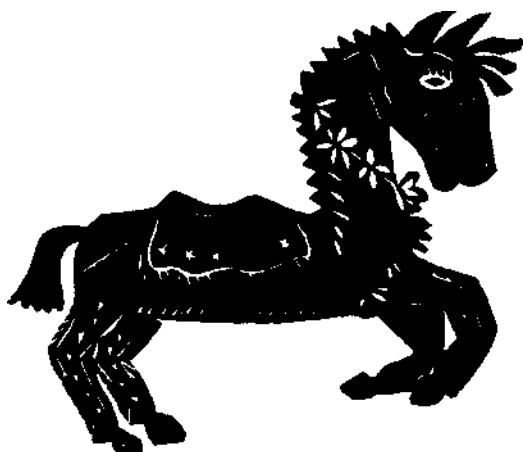
La noche aquella, el Inútil se escapó. Harto de mascar tierra y tristeza y postre de abrojos, se escapó. Y quiso galopar, irse lejos, perderse a campo traviesa en el verderío y revolcarse y hartarse de hierba fresca y relinchar hasta quedarse mudo.

Quiso galopar y galopó, en la noche de la fuga, el galope más largo de su vida.

Más allá de los suburbios, tropezó y cayó. Trabajosamente, se levantó: le vacilaban las patas, le retumbaba el pecho, chillaba el cuerpo averiado. El Inútil no tuvo más remedio que resignarse a su cansino andar de siempre. Y paso a paso siguió huyendo, hasta que se desplomó bajo las enramadas de la costa.

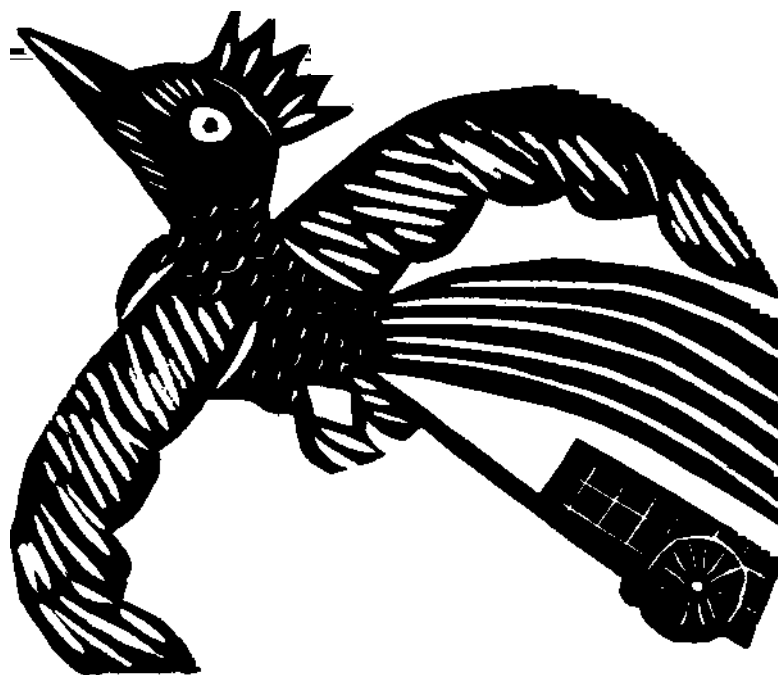
El carpintero estaba ajustando los rayos de la rueda en torno del eje, cuando alzó la cara y lo vio. Don Antenor se venía acercando. En la neblina de polvo del verano, había cobrado forma su torcida figura: raída levita de pingüino, sombrero que había sido de copa, corbata mariposa de alas exangües. Él venía desde el recodo del camino, prendido a las varas, arrastrando el carro. El Kaiser se movía a los tumbos, crujiendo ruidos de elásticos rotos, y don Antenor sudaba la gota gorda.

Pronto el carpintero terminaría la rueda. Tumbado a la sombra del carro, don Antenor le contó que había resuelto prescindir de los servicios del caballo. Su empresa cambiaba de ramo. Ahora iba a dedicarse a las mudanzas, las cargas a domicilio o lo que fuera.



Pasaron los días, las semanas pasaron. El Inútil merodeaba su perdida querencia. Cada día veía salir a don Antenor y al Kaiser, uno tirando del otro, y por el rastro de su olor les adivinaba el rumbo.

El Inútil dudaba. Daba unas vueltas por ahí, queriendo alejarse, pero regresaba siempre. Se lamía la pata huesuda, despellejada, y dudaba. Con la pata se rascaba el costillar, y seguía dudando. Rumiando pasto, rumiando dudas, se echaba a dormir en los alrededores del destartado galpón que había sido su casa.



Y un día, un amanecer, el Inútil empujó la puerta con el hocico. La poca luz le alcanzó para reconocer su cama de paja y los arreos que colgaban de los travesaños. Don Antenor emergió del Kaiser. Mal lo sostenían las piernas de alambre, que asomaban bajo su camisión de fantasma. Señaló el tonel lleno de agua:

—*Ahí tiene*—gruñó.

—*Yo bebo cerveza*—dijo el caballo. □

Ventana sobre el adiós

No podía dormir. Él había guardado todos los sueños juntos, en una bolsa de supermercado, y la bolsa se había abierto y los sueños se habían escapado, y él ya no podía dormir porque no tenía ningún sueño que soñar.

Eso decía. También decía que se le habían perdido dos días, un lunes y un martes, y él los buscaba, desesperado, y esos días no estaban en ningún lugar.

No fue breve la agonía. Cada vez tenía menos aire. Al final, crucificado por las sondas, sólo conseguía balbucear:

—*Qué repecho tan largo.*

Y se murió, sin encontrar los sueños ni los días que había tenido y se le habían ido.

Poca cosa más había tenido. Fernando Rodríguez nunca quiso tener. Fue dueño de nada, hombre desnudo; y desnudo anduvo, perseguido por los niños y los locos y los pájaros. □



Historia del zapatero que huyó de los acreedores

Nombre y apellido?

No hubo respuesta.

El jefe de policía le dio tres golpecitos en el pecho:

—¿Estás muerto?

Cándido yacía en silencio. La autoridad lo declaró cadáver. Con los ojos en blanco, mirándose las cejas, Cándido pensaba. Un único pensamiento o nubecita le flotaba sobre la cabeza: *¿Y si entierran el cajón conmigo adentro?*



Un poeta de por ahí, inclinado a la denuncia social, inmortalizó de inmediato al infeliz zapatero en un acróstico de siete versos. Cantó el poeta las desventuras del finado, que se deslomaba día y noche martillando cueros para dar de comer a su ingrata familia, y cuanto más trabajaba menos ganaba y más debía.

Los vecinos y los parientes, en cambio, evocaron su alergia al sudor de la frente, que le provocaba náuseas y erupciones en la piel. Según ellos, el remendón nunca había puesto ni una media suela, y prefería ganarse la vida vendiendo de vez en cuando algún frasco lleno de aire de París, alguna botella de tierra brasileña besada por el Papa o cucharas de madera útiles para robar comida a los ciegos.

Eso dijeron: yo no sé. Lo cierto es que Cándido estaba debiendo a cada santo una vela cuando tomó aquella trágica determinación.



Con sus propias manos clavó un ataúd de pino, lo lustró, le puso la chapita con su nombre y se dio por muerto de muerte morida.

Lo velaron en la iglesia. Mucha deuda, ningún deudo: Cándido fue llorado por sus numerosos acreedores, y por nadie más. Tieso en el cajón, con las manos cruzadas sobre el pecho, escuchó los gemidos de sus víctimas, hasta que toda esa gente que él había ensartado se marchó del templo. Entonces no escuchó más que el murmullo de alguna beata, que rezaba pidiendo perdón por los pecados que no había cometido; y cuando cayó la noche, el difunto quedó solo.

Esperó, y por fin se decidió. Se restregó los ojos doloridos y muy lentamente sacó un pie del cajón. Luego, sacó el otro. Al alzarse, hizo un leve crujido. Con el dedo índice sobre los labios, se dijo:
—Sh.

Y se echó a caminar, pasito a paso. Descalzo, recorrió la iglesia en sombras. Bajo la cruz, bajo Jesús, entre la Magdalena y la Virgen María, encontró un buen lugar donde sentarse. Buscó un cigarrito en el bolsillo de la mortaja y lo encendió con un cirio. Y en eso estaba, fumando, celebrando, cuando escuchó ruidos y se metió en el cajón de un salto.

Mientras los ladrones vaciaban el altar, pelaban las paredes y desvestían a los santos, el zapatero tartamudeaba mudos padrenuestros y avemarías y conjuros de macumba. Pero el jefe de los bandidos fue picado por la curiosidad:



—¿No tendrá algún diente de oro, este difunto?

Cuando Cándido sintió aquella garra palpándole la mandíbula, pegó un mordiscón con alma y vida y se alzó en el ataúd.

El ladrón, bizco, cayó desparramado al piso; y toda la banda se echó a volar dando alaridos y dejando un reguero de alas de ángeles y sedas y platerías.

El pueblo entero acudió a venerar al nuevo Lázaro.

Todos le hacían ofrendas. Llegaba la gente con gallinas bajo el brazo y bolsas de frijoles y adornitos de mucho relumbre. Hasta los acreedores le besaban los pies.

Desde su trono en el Paraíso, el Padre Divino se había dignado posar su mirada sobre este caserío perdido en las soledades de Alagoas, y había elegido al más humilde de sus hijos para salvar al templo, su casa, su cuerpo, profanado por los hijos de Satán.

El resucitado se hizo santo milagrero.

Cándido cobraba los milagros por adelantado. Él no era santo barato:

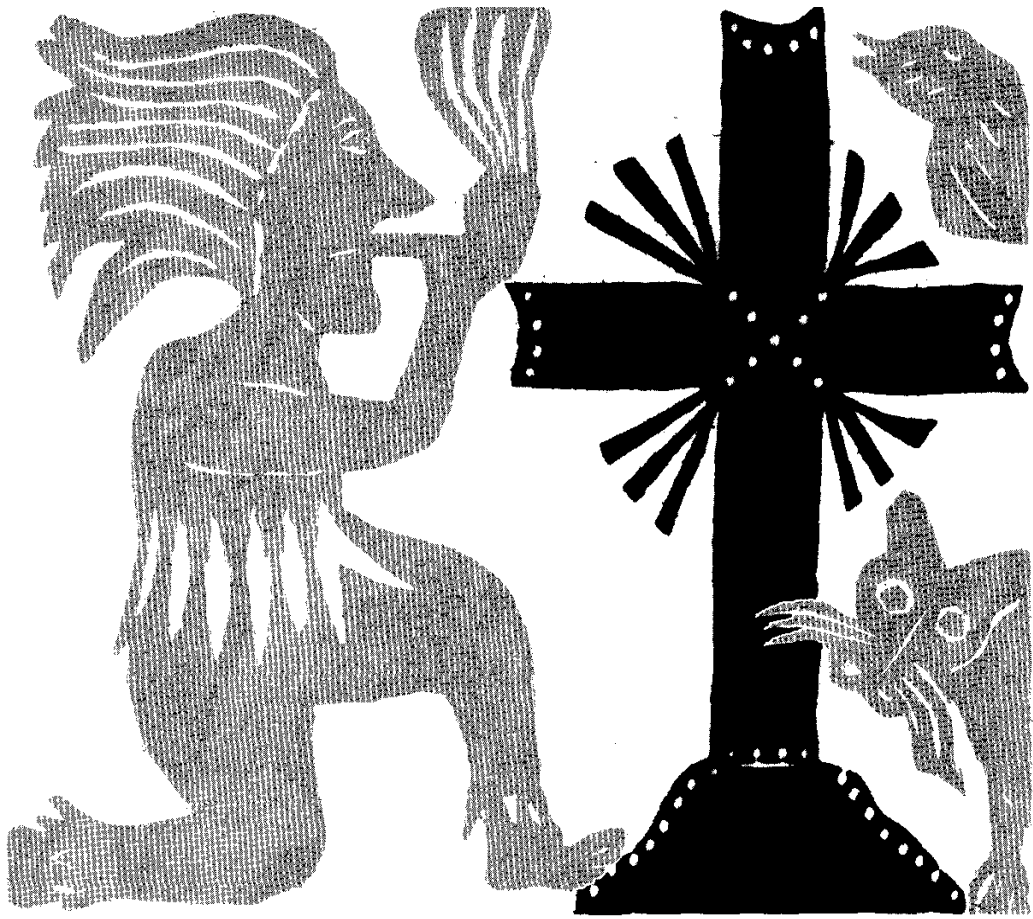
—¿Qué pretenden?—rezongaba—. ¿El favor de Dios a precio de banana?

Según los testigos sobrevivientes, todo iba a parar a los puteros y a los garitos de la lejana ciudad de Maceió. Contemplando el óbolo en la palma de su mano, Cándido sentenciaba:

—¿Para qué son redondas las monedas? Para que corran.

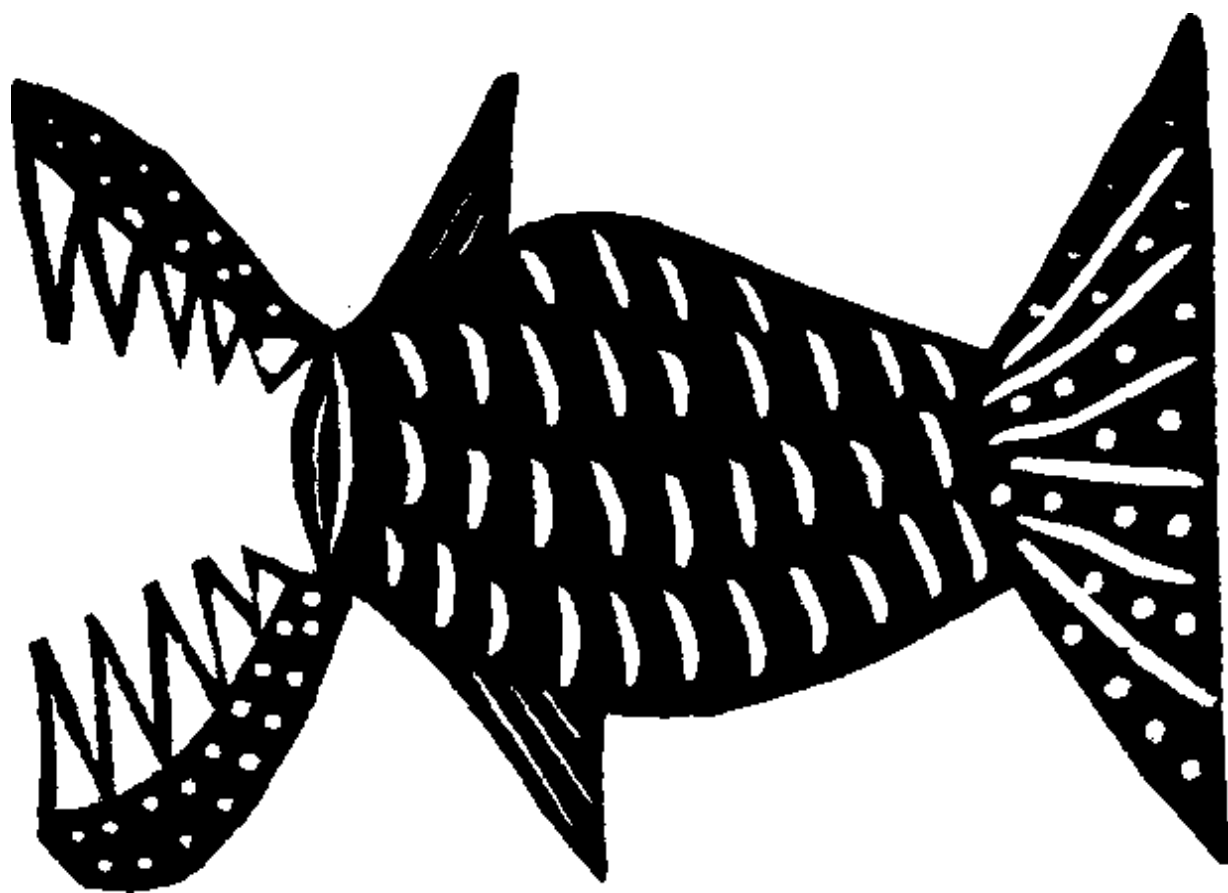


Y así pasaron los años.
Los muertos de hambre no recibieron ninguna herencia,
los parálíticos no caminaron,
no brotó la melena en el cráneo de los calvos,
las solteras no se casaron,
no llovió en el desierto,
no crecieron los enanos.
Y un día, Cándido se murió. Y no resucitó. □



Ventana sobre la mar

No está clavada a un lugar. Las montañas y los árboles tienen el destino en la raíz; pero la mar ha sido, como nosotros, condenada a la vida vagabunda. Aires de marinería: nosotros, hombres de la costa, hemos sido hechos de mar, además de tierra. Y bien lo sabemos, aunque no lo sepamos, cuando vamos navegando en el oleaje de las calles de la ciudad, de café en café, y a través de la bruma viajamos hacia el puerto o naufragio que esta noche nos espera. □







Historia de los brujos parranderos de la mar del sur

Antes, la brujería venía mucho a las islas de Chiloé. Cuando los brujos tenían pereza de volar, venían de a caballo, montados en un inmenso caballo marino que por las narices echaba olas de espuma y malos humores. Desembarcaban a medianoche, brincando en su sola pierna, y con espejos de bolsillo señalaban a los elegidos de sus maleficios. Vistos de lejos, parecían fueguitos saltones: bajo el poncho llevaban encendidos sus chalecos de cueros de difunto, bien untados de aceite humano, y con esos faroles iluminaban el camino.

No siempre era así. A veces se convertían en peces dientudos, que nadaban en tierra seca, golosos de carne de cristianos, y otras veces se aparecían en forma de murciélagos que volaban buscando pescuezos dignos de atención. Aquellas lechuzas de espanto, que abrían llagas Incurables en todo lo que miraban, eran brujos transfigurados, y brujos eran también los cuervos que graznaban puteadas y al roce de sus alas dejaban embarazadas a las vírgenes.

En las islas, robaban mujeres. Las manos brujas tenían buena publicidad, se decía que los fuegos del infierno eran santo remedio contra los hielos del invierno, y más de una dama de misa diaria soñaba con el secuestro.

Cuando se aburrían de redimir beatas en sus aquelarres, los brujos abandonaban sus palacios de corales en los abismos de la mar. Entonces emergían de las aguas, pieles fulgurantes de sargazos, y se lanzaban a navegar en el navío fantasma.



Entre la Isla de las Gaviotas y la Tierra del Fuego, muchos pescadores habían visto ese esplendor de velas rojas rompiendo mar y desvaneciéndose en la neblina negra; y habían escuchado los ecos de la música bullanguera y las mil risas de la farra incesante que a bordo ocurría. Y más de un lugareño juraba, con los dedos en cruz, que el navío fantasma había entrado al puerto de Tren-Tren, perseguido por una bandada de pajarracos, para reparar el casco averiado en remotas correrías, o que el navío andaba rondando las cercanías de las cuevas de Quincaví, donde los brujos cargaban agua de la cascada que borra los bautismos.

En aquellos tiempos, el navío fantasma era una alegría de la noche.

En cierto momento sin fecha y en cierto lugar sin mapa, ellos encontraron lo que otros buscaban. Lo encontraron sin querer. Según consta en los Anales de la Historia Brújica, estaban loqueando en la lejanía cuando descubrieron una isla envuelta en vapores de oro, luminosa de oro en plena noche.



Los brujos unipiernos entraron seguidos por sus fieles sapos, y sus brincos

iban alzando polvo de oro en el aire dorado. En la isla no había nadie. Mientras avanzaban hacia la montaña de oro, a lo largo de la orilla de oro de un arroyo, los brujos veían el oro creciendo en los plantíos y en los jardines, las doradas retamas, las naranjas de oro, las viñas rebosantes de racimos de oro, y veían viejos esqueletos que todavía empuñaban el hacha o la espada. Estaba el camino regado de huesos secos y cascos y corazas y arcabuces tapados de herrumbre. Hacía quién sabe cuántos años o siglos que los hidalgos capitanes y sus huestes de conquista habían caído, acuchillándose entre sí, en el sendero que conducía a las cumbres de El Dorado.

Nunca regresaron los brujos.

A veces el viento trae lejanas quejas que no son de las almas en pena, ni de los ahogados sin sepultura, ni de los naufragos que derivan atormentados por el hambre y el frío. En las desembrujadas costas de Chiloé, los escuchadores del viento dicen que esos lamentos vienen del navío fantasma. Según ellos, los brujos han sido condenados a vigilar el oro y a vigilarse los unos a los otros. El navío da vueltas en torno de la isla sin detenerse jamás y sin jamás salirse de su círculo de espuma. Sus velas han perdido las ganas de mar. Ya ni el viento se arrima a esa lúgubre cárcel que cruje en las tinieblas.

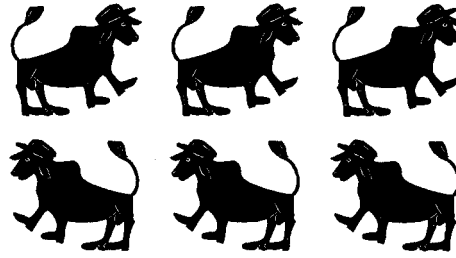
Los buques que osan aproximarse quedan súbitamente en seco, navegando en el vacío, y los marineros indiscretos vuelven a tierra convertidos en maderos de naufragio. □



Ventana sobre un hombre de éxito

No puede mirar la luna sin calcular la distancia.
No puede mirar un árbol sin calcular la leña.
No puede mirar un cuadro sin calcular el precio.
No puede mirar un menú sin calcular las calorías.
No puede mirar un hombre sin calcular la ventaja.
No puede mirar una mujer sin calcular el riesgo. □





Historia de la intrusa

*Y al séptimo día, Dios descansó.
Y recuperó la plenitud de su energía.
Y al octavo día, la creó.
(Génesis, 2.1)*

Viniste por el río, en la noche de tu boda. Todo el pueblo estaba de boca abierta en el muelle, cuando llegaste desde la oscuridad, erguida sobre la espuma. Las salpicaduras del agua te habían pegado al cuerpo la túnica blanca, y una diadema de cocuyos vivos te encendía la cara.

Lucho Cabalgante te había cambiado por seis vacas, que eran todo lo que tenía, para que tu hermosura le sanara el cuerpo agraviado por la soledad y humillado por los años.

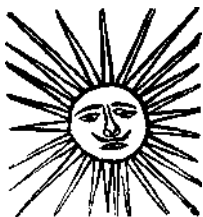
La noche fue fiesta. Y al amanecer, bajo una lluvia de arroz, la balsa dio cuatro vueltas en el río y ustedes se alejaron, perseguidos por los adioses de las guitarras y las maracas.



A la noche siguiente, la balsa volvió. Venías parada. Lucho Cabalgante, tendido cuan largo era. Lucho había muerto sin tocarte, mientras la túnica blanca se deslizaba lentamente a lo largo de tu cuerpo y caía, hecha un ovillo, a tus pies. Mirándote, le había estallado el pecho.

Lo velaran tapado, porque estaba todo violeta y con la lengua salida. Y durante la vela, los dos hermanos de Lucho se acuchillaron entre sí, disputándote en herencia, hembra sola, invicta y viuda. Hubo que abrir tres tumbas.

Te quedaste en el pueblo. El padre de los difuntos no te perdía pisada. Desde la orilla, el viejo Cabalgante te perseguía con sus prismáticos, mientras hacías cantar los remolinos: al amanecer, girabas en el agua tu remo de pala ancha y una música ronquita brotaba de la espuma. Tu cantío de las pompas del agua era más poderoso que la campana de la iglesia. La canoa danzaba, los peces acudían y todos los hombres despertaban.



En el mercado, cambiabas sábalos y róbalos por mangos y piñas y aceite de palma. El viejo te andaba atrás, malandando su reuma, espiándote los

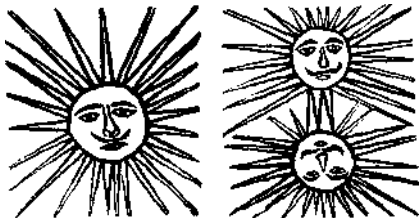
pasos. Y cuando te tendías en la hamaca, te espiaba los sueños.

El viejo no comía ni dormía. Desangrado por los celos, torbellino de mosquitos que lo mordían día y noche, fue perdiendo su carne y su aliento. Y cuando no quedó de él nada más que un puñado de huesos mudos, lo enterraron junto a sus hijos.

No usabas vestidos de la Casa París, ni pulseras, ni aretes, ni anillos, ni un broche siquiera para tu largo pelo negro, siempre brillante de baños de cepa de plátano. Pero cada vez que pasabas cerca, Escolástico, que era paralítico, pegaba un brinco. Allá ibas navegando por las calles del pueblo, invulnerable al polvo y al barro, y Escolástico sentía que el destino lo llamaba a gritos y a gritos le mandaba entrar en tu cuerpo y allí quedarse por todos los días de los años que tuviera su vida.

—*¿Qué hago yo aquí, fuera de ella?*—se atormentaba Escolástico, hasta que una mañana, cuando te vio pasar, abandonó de un salto su silla de ruedas y corriendo pereció, atropellado por una bicicleta.

Cuando había marea alta, el río le llegaba al pecho: Fortunato era capaz de hundir cualquier barco con un brazo, y con dos lo reflotaba. Insaciable devorador de peces crudos y mujeres frescas, aquél sansón alardeaba:



—*Mi espada de mango peludo sólo hace hijos machos.*

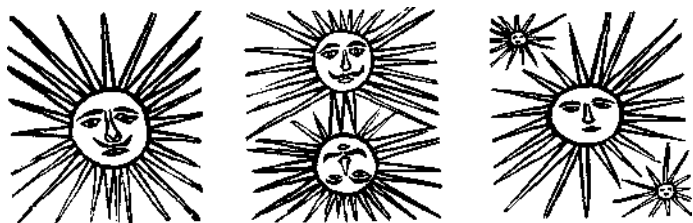
Un rayo lo aniquiló, cuando iba a pegarte el zarpazo. El rayo, que cayó del cielo sin nubes, sorprendió a Fortunato con su espada tiesa y sus brazos estirados, a la orilla de la hamaca donde dormías; pero seguiste durmiendo serenamente, sin enterarte de nada, y de Fortunato no nos quedó más que un tronquito de carbón erizado en tres puntas.

Llamados por tu fama de muy mujer, que se había regado por toda la costa del Pacífico, llegaron al pueblo un periodista y un fotógrafo del puerto de Buenaventura.

Era noche bailandera. Estabas girando en el aire, al centro de un rueda de aplausos, quietos los hombros, meneando las caderas, zumba que te zumban aquellos pies tuyos o alas de colibrí, y en oleajes se alzaba la espuma de los encajes sobre tus muslos oscuros y radiantes. El periodista alcanzó a musitar:

—*Qué suerte tuve,
haber estado en el mundo,
haberla visto,
y éstas fueron sus últimas palabras.*

El fotógrafo se volvió loco. Queriendo atrapar tu imagen de mujer alada, tierra y cielo, suelo y vuelo, quedó por siempre tartamudo y tembleque. Fotografiaba estatuas y le salían movidas.



El padre Jovino sintió una ráfaga de olor a mar y te descubrió en las cercanías. Echó un manotón de tierra hacia adelante, pronunció sus conjuros haciendo la señal de la cruz y echó otro puñado de tierra hacia atrás. Cuando advirtió que venías hacia la iglesia, cerró la puerta con doble llave y tranca de fierro y madera.

—Padre—dijiste.

Él retrocedió, despavorido. En el altar, se abrazó a la cruz.

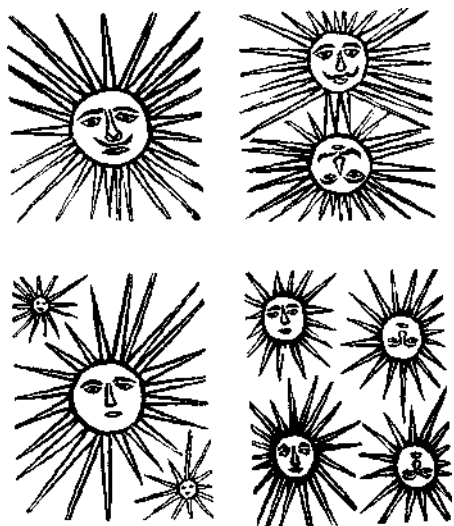
—Padre—repetiste, pegada a la puerta.

—¡Señor mío, no me abandones!—imploraba el sacerdote, transpirando a chorros, incendiado por los fuegos de su perdición.

Venías a confesarte. Te fuiste. Ibas llorando gotas de hierbabuena.

Al día siguiente, el padre Jovino se untó de barro bendito y se tiró al río, en la vuelta honda, atado al Cristo. Al rato, los sacaron a los dos. El cura estaba ahogado y Jesusito, que antes sudaba y sangraba y hacía guiñadas, se dejó de parpadear y ya no echaba agua ni sangre, ni hacía milagros.

Siempre las mujeres te habían mirado con el ceño fruncido. Desde que habías llegado al pueblo, la lluvia no llovía y los hombres trabajaban poco y morían mucho. Alguien había visto espuelas en tus sandalias y alguien te había visto envuelta en nube de azufre. Era público y notorio que el río hervía y humeaba donde tu navegabas, y los peces te perseguían agitando frenéticamente las aletas; y se sabía que una culebra te visitaba cada noche, deslizándose hacia tu hamaca desde la palma del techo, y te hacía el favor.

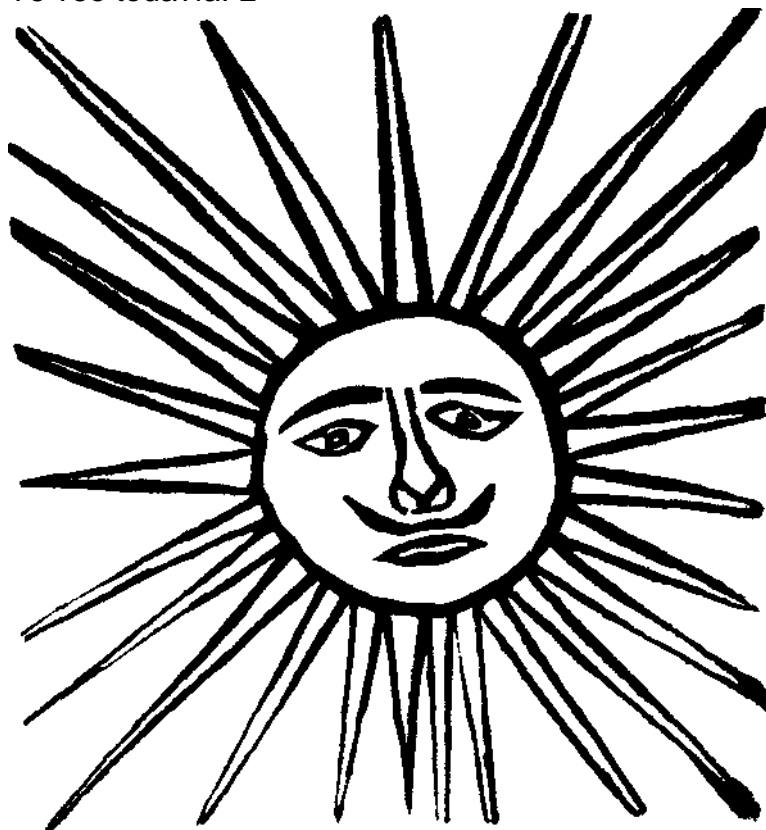


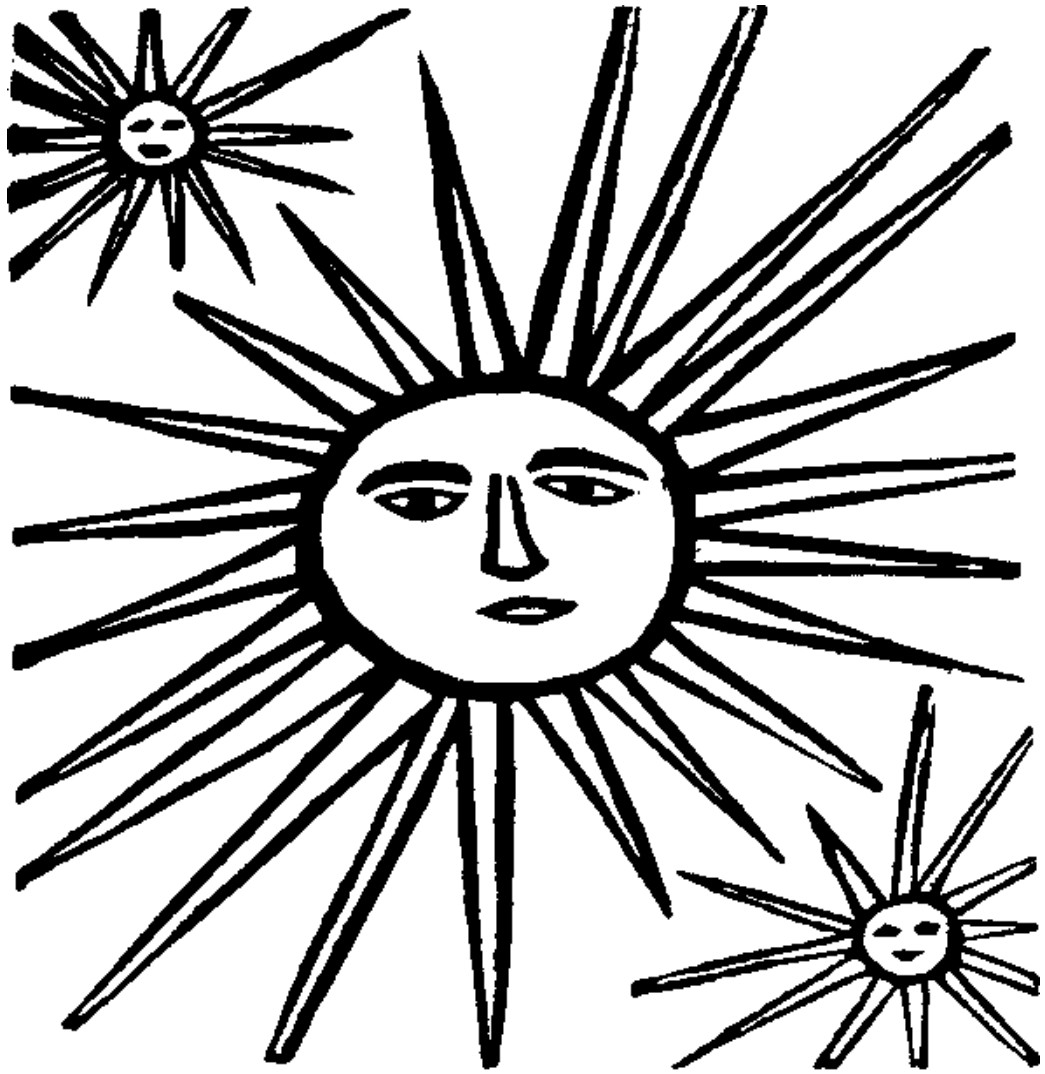
Todo el pueblo te condenaba, bruja desdeñosa, más fiestera que rezandera, por tus artes de encantamiento y hechicería o por la culpa de tu

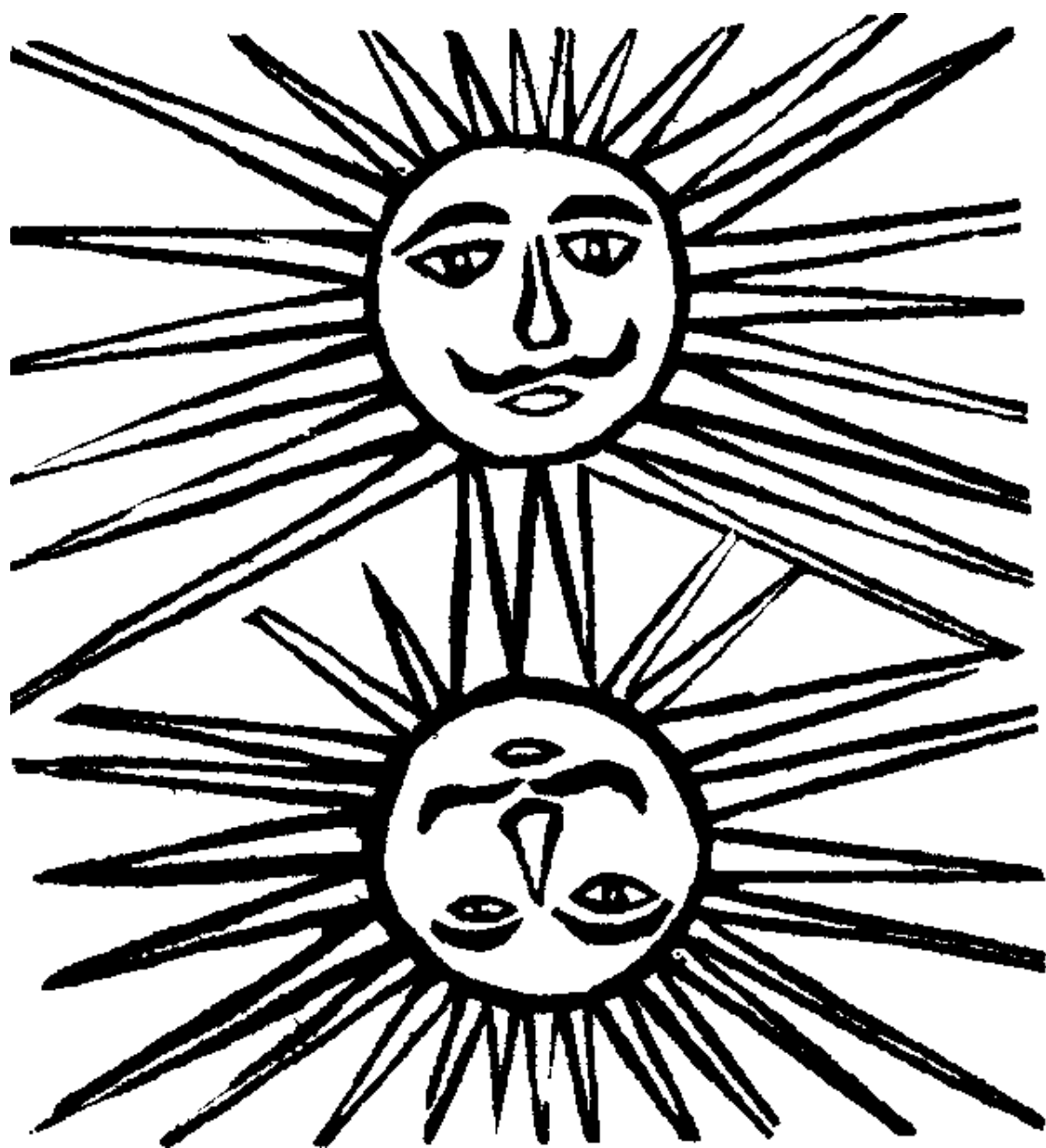
belleza imperdonable.

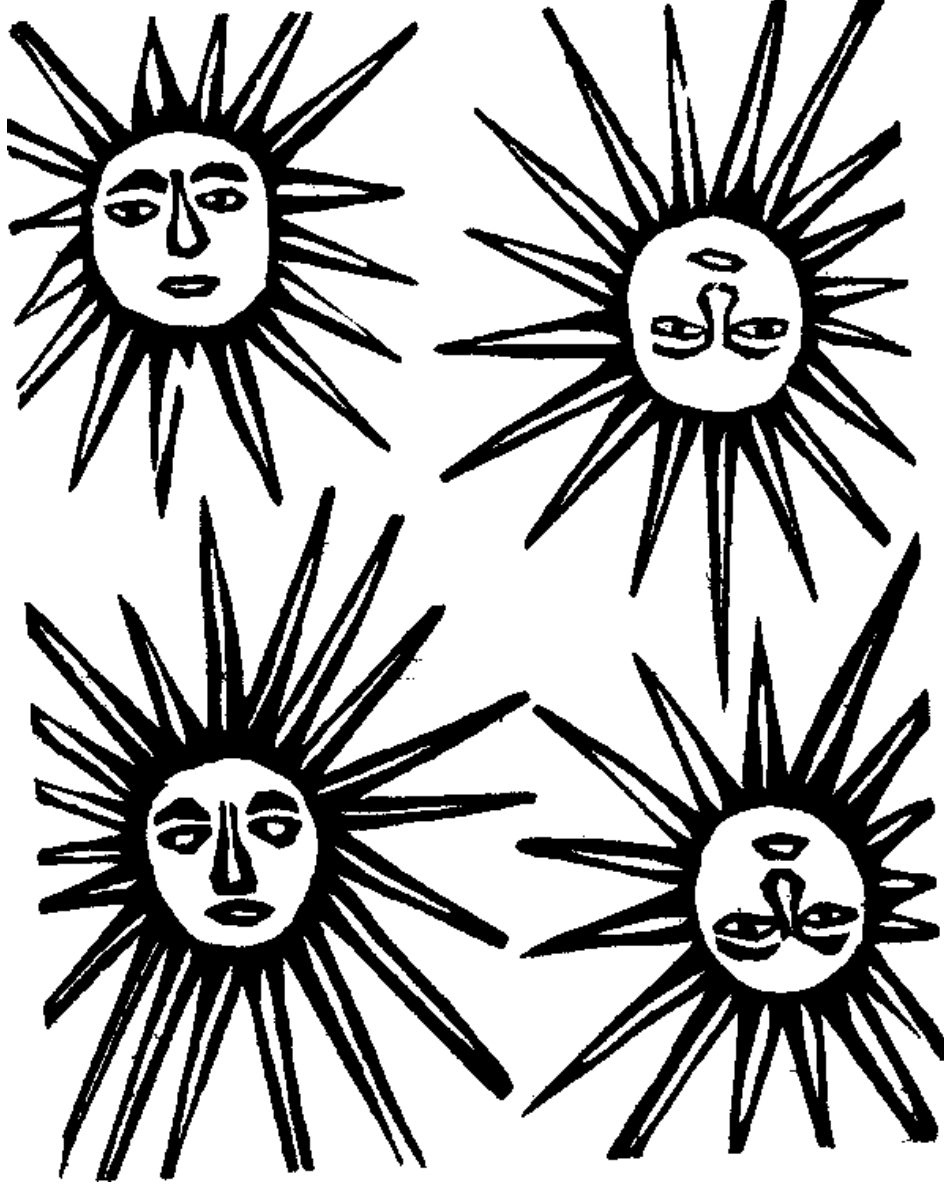
Y una noche te fuiste. En tu canoa, de pie sobre las aguas, te desvaneciste en la niebla.

Nadie te vio. Sólo yo te vi. Yo era muy niño, y ni te diste cuenta.
Te veo todavía. □









Ventana sobre la diosa de la mar

Lemanyá vive en las honduras del agua. Allí recibe las ofrendas. En el día de su fiesta, los pescadores de Bahía navegan cantando alabanzas a la diosa coqueta y glotona, y desde las barcas le prodigan halagos de perfumería y de confitería.

Cuando le gustan los regalos, ella brinda los favores de su amparo. Cuando los rechaza, y devuelve a las arenas de la playa las flores blancas, los espejos, los abanicos, los peines, los perfumes y las golosinas, los pescadores tiemblan: tendrán mal año, año de pocos peces y mucho peligro, y más de uno será tragado en alta mar para que lemanyá calme sus furias y sus hambres de mujer. □



Ventana sobre el cuerpo

La Iglesia dice: *El cuerpo es una culpa*. La ciencia dice: *El cuerpo es una máquina*. La publicidad dice: *El cuerpo es un negocio*. El cuerpo dice: *Yo soy una fiesta*. □



Historia del hombre que quería parir

Las mujeres? Una raza inferior, como los negros, los pobres y los locos. Incapaces de libertad, como los niños. Destinadas a llorar y a gritar, a mal hablar de sus prójimas y a cambiar cada día de opinión y de peinado. En la cama y en la cocina, a veces dan placer. Fuera de allí, sólo disgustos.

Don Seráfico siempre había sido hombre de ideas claras. Pero ahora, en el crepúsculo de sus años, una jodida sombra le nublaba la razón. Algo había en las evas que no le inspiraba desprecio ni lástima. Por duro que resultara reconocerlo, las envidiaba: ellas podían estar habitadas, y él no; ellas podían ser dos, y él no. Don Seráfico no se quejaba de la vida, que mucho goce y fortuna le había ofrecido; pero él no había parido nunca, y lo indignaban los privilegios ajenos. No estaba dispuesto a irse del mundo sin haber vivido la experiencia del alumbramiento:

—*Voy a parir un niño*— juró— *o aunque más no sea, una niña.*

Otro juramento sucedió en esos días, en los montes de por ahí. Habían armado sus trampas los cazadores y el tigre había caído. El tigre suplicó ayuda a un monito que se balanceaba, colgado de una rama, pero el mono sospechó. Y juró el tigre, besando el aire:

—*Seré tu esclavo.*

El mono abrió el cepo y se marcharon. El tigre iba adelante, abriendo camino y barriendo el piso que el mono iba a pisar. Cuando el mono se sentaba a descansar, el tigre lo abanicaba con una hoja de plátano.



Don Seráfico entró en la tienda de doña Juana Obánla, puso a sus pies una torre de billetes y le advirtió que no quería mujer pero tampoco marido, ni amante mariner, ni Espíritu Santo. Juana Obánla era la maga de Camajuaní. Sin caracoles, ni naipes, ni bolas de cristal, auguraba venturas, consolaba desventuras y juntaba lo posible y lo imposible.

La maga se rascó la cabeza, meditó. Y absorta estuvo, rumiando pensares, hasta que recordó que los hijos están hechos de los mismos materiales que los sueños y las pesadillas. Entonces, preparó la pócima: siete cucharones de carbono, diecisiete de hidrógeno, uno de nitrógeno y tres de oxígeno.





Durante todo el día, el tigre fue lacayo fiel. Pero cuando cayó la noche, el felino posó una mano en el hombro del simio. Y no lo estaba abrazando, lo estaba palpando: acariciándose el pecho, comentó que los tigres no devoramos a la luna por lástima de la noche, que quedaría a oscuras. Al punto el mono explicó que flaco favor te haría mi carne enferma de hepatitis, malaria, sífilis y sida.

—*De algo hay que morir*—reflexionó el tigre, mientras el mono se escurría y de un salto desaparecía.

Nueve lunas pasaron. Don Seráfico no tenía ningún niño, ni niña, en la barriga, pero había sido aniquilado por el alboroto de doscientas setenta noches de trajín incesante. No bien apoyaba la cabeza en la almohada y cerraba los ojos, el sueño lo condenaba a cumplir proezas extenuantes:

él corría sin parar, durante toda la noche, perseguido por un tren loco que le pisaba los talones,

o trepaba por un palo enjabonado mientras los cocodrilos lo esperaban allá abajo, con las fauces abiertas,

o pasaba la noche entera haciendo el amor a las once mil vírgenes de la escolta de Nuestra Señora de la Caridad del Cobre, que una tras otra lo atrepellaban, ondulando la danza del ombligo, y lo volteaban arrojándose desnudas a sus brazos.

Despertaba hecho una lástima. Se arrastraba a duras penas hasta el patio y se echaba agua fría en la cara, con pánico de que brotaran palabras o lagartijas, en vez de agua, por la boca del manantial.

Cuando la novena luna iluminó la espesura, el tigre y el mono estaban escuálidos y agotados; pero el perseguidor no abandonaba la búsqueda de su cena fugitiva. Sus pasos sonaban cansados, pero hacían crepitar las hojas secas, y todavía zumbaban sus orejas, anunciando el salto mortal; sus rugidos afónicos llamaban al prófugo y le ofrecían saliva para empaparte, lengua para arrinconarte, muelas para triturarte. Así era en los días, tiempo de los colores, y así era en las noches, tiempo de los olores.



Ahora don Seráfico tenía dos problemas: seguía sin dar a luz y sufría la maldición del soñar incesante. Viajó a la ciudad, recurrió a la ciencia. Pagó consulta doble a la eminencia más alta.

El doctor Bonfín lo escuchó sin mover una ceja. Don Seráfico explicó que había decidido engendrar desde su propio vientre, sin mujer, al príncipe que coronaría su estirpe; y prometió todo lo que tenía a cambio de la fórmula del embarazo masculino. El doctor Bonfín advirtió:

—*Parir duele.*

Le metió un embudo en la boca de adelante y con un tapón le cerró la boca de atrás. Acostó al paciente y le vació por el embudo una olla repleta de aceite de ricino.

Entonces, don Seráfico pidió la receta contra el tormento de las pesadillas que lo acosaban. El doctor Bonfín se limitó a preguntarle si dormía con los brazos sobre las cobijas o con los brazos tapados, y si dormía con los puños cerrados o con las manos abiertas.

Don Seráfico no consiguió pegar los párpados nunca más en la vida; pero aquella tarde salió del consultorio en avanzado estado de gravidez.

A prudente distancia del enemigo, el mono se acostó a dormir una siesta en la copa de una guásima. Sesteando estaba, cuando escuchó quejidos humanos. Se asomó: bajo los ramajes había un hombre redondo en cuclillas. Con su enorme barriga apoyada en el suelo, don Seráfico gemía, sudando fuego, sudando hielo. El mono se deslizó a tierra y se sentó, silencioso, a contemplar el espectáculo.

Cuando saltó el tapón y aquel globo estalló, un trueno de truenos hizo temblar al mundo; y el mono pegó un salto.

Don Seráfico, desinflado, derribado, alcanzó a verlo. Y bañado en lágrimas, gimoteó:

—*Es feíto, pero no importa.* □

Ventana sobre el alumbramiento

La mujer habitada sabe cuándo y sabe qué. Sabe cuándo por lo que dicen la luna y el cuerpo. Sabe qué por lo que dicen los sueños. Si ella sueña con hilos o vasijas, tendrá hija. Si sueña con metales, sombreros o huevos, tendrá hijo.

Entonces ella se hinca, se suelta el pelo, bebe un trago de aguardiente; y de rodillas da nacimiento.

Las manitos del niño o niña tocan un azadón, un hacha y un machete. Con tizne de cocina, la madre le señala el centro de la cabeza.

El ombligo se deja en la copa del árbol más alto.

Así se nace en Chamula.





Historia del superdotado, sus hazañas y su asombroso destino

Agazapándose en los cerros, los curiosos lo vichaban de lejos. Encarnación tenía una cabezota de orejas en abanico y pelo de fuego, pero a la distancia sólo se veía su aguijón, que él llevaba a rastras como un largo rabo: en los días de calor, Encarnación lo refrescaba en el río y después lo tendía en la orilla para secarlo al sol, y en las noches de frío lo usaba de bufanda.

Se decía que el esperpento había nacido de la prohibida pasión entre un padre y su hija, y se decía que aquel instrumento descomunal le servía para llamar a las puertas, para clavar postes y para el incesante ejercicio de su lujuria. En los ardores de primavera, Encarnación había llegado a sentar hasta seis mujeres sobre su tieso travesaño, y teniéndolas sentadas había jugado con ellas al subibaja. Y una noche, mientras yacía dormido, el monstruo de lascivia había sido excitado por los sueños, y alzando su mástil había taladrado las tejas del techo.

Se decía, se sabía. Nadie, nunca, se había acercado.



Cayó la noche y un andar triste atravesó los campos. Caminaba Encarnación solo como siempre, en aquellas soledades por siempre solas, cuando lo sorprendió el aguacero. Ni un árbol se veía en la inmensidad.

Acribillado por la lluvia, tiritando de frío, Encarnación adivinó una roca pelada que se alzaba en el verdor. Un relámpago la iluminó: la roca tenía techo, y a sus pies había un galpón y un corral.

Las tres hermanas lo hicieron pasar y trancaron la puerta. Una le desanudó eso que le protegía el cuello, le quitó las ropas empapadas y lo envolvió en una manta. Otra atizó el fuego, y a la orilla del fuego lo invitó a tenderse sobre un cuero de oveja. La tercera le llevó a la boca caldo de muña-muña rociado de ají picante, tamales de cresta de gallo untados de miel virgen y una tortilla de huevos de macho cabrío fritos en manteca de maní. Encarnación bebió vino caliente, vino de maíz mezclado con polvo de astas de ciervo, y escuchó la Biblia de Jerusalén: las devotas recitaron para él los versículos que enseñan que mejores que el vino son los besos de tu boca. Afuera, ya no llovía.

Rompió el día en el horizonte de montañas y el padre de las doncellas, que venía cabalgando desde lejos, vio sangre en el cielo. Desensilló, descargó en el galpón las cosas que había comprado en el pueblo y se asomó al corral de piedras. Sus hijas no habían soltado los animales. En el gallinero, las ponedoras dormían sobre sus huevos y no tenían granos que comer.

Horrible corazonada. El padre reunió a sus distantes vecinos. Un ejército, erizado de machetes, marchó cuesta arriba, hacia la casa de la colina.



Silencio. El padre volteó la puerta de una patada. Nadie se enteró del estrépito, a nadie despertó la violenta luz del día. Ellas dormían, cerquita de las brasas, desnudas bajo las mantas, y sin un parpadeo siguieron durmiendo. El sátiro, también dormido, también desnudo, colgaba del techo, balanceándose suavemente, con su serpiente anudada a una viga.



El padre atropelló. Machete en mano, se arrojó sobre la tenebrosa criatura que había desgraciado a sus hijas. Pero antes de que el acero lo tocara, Encarnación se desintegró en un fognazo y fue nada más que un puñadito de polvo de azufre sobre el piso de tierra.

En misa de acción de gracias, el sacerdote celebró el fin de la pesadilla de los cristianos. Encarnación había sido un sueño de Belcebú, y se había desvanecido en el aire cuando Belcebú despertó, en las profundidades del infierno.

Y pasó el tiempo mojado, y pasó el tiempo seco, el tiempo de barro y el tiempo de polvo. Y en la cuenca de Paute nacieron tres niños, de enorme cabeza roja y cuerpiño de araña. Los tres traían un larguísimo apéndice, que la comadrona confundió con el cordón umbilical. □



Ventana sobre el miedo

El hambre desayuna miedo. El miedo al silencio aturde las calles. El miedo amenaza:
Si usted ama, tendrá sida.
Si fuma, tendrá cáncer.
Si respira, tendrá contaminación.
Si bebe, tendrá accidentes.
Si come, tendrá colesterol.
Si habla, tendrá desempleo.
Si camina, tendrá violencia.
Si piensa, tendrá angustia.
Si duda, tendrá locura.
Si siente, tendrá soledad. □







Historia del tesoro que fue desenterrado y de cómo se cumplió su maldición

Bajo un sol de castigo, el cronista navega el río Caroní en busca del cazador de tesoros. Cuando lo encuentra, le ofrece un almuerzo y recibe una historia.

Don Espíritu Morales besa el vaso y el ron desaparece. Se sirve otro, brinda:
—*Por el pretexto.*

La fuente de manjares de maíz, maíz tierno envolviendo el queso de chivo, maíz maduro abrazando el jamón, se evapora en un santiamén.

—*¿Fuma?*—pregunta don Espíritu. Es su manera de pedir tabaco. .

En el salón familiar *El Buen Gusto*, a la sombra del techo de palo y palma, el cronista espera. Prueba algún bocado, bebe algún sorbito, y espera. Ha llegado el sancocho de pollo, humeante, caldoso, gustoso de cilantro, y don Espíritu se ha hundido en el tazón de loza blanca con bordes azules.



Agotado el sancocho, y antes de que el mojito de pescado ocupe toda la boca de don Espiritu, el cronista recibe sus primeras palabras. Y se entera de que el tesoro aquél había reunido las fortunas de veintiocho templos. Era el año 1817, tiempo de rebelión, tiempo de saqueos, y más de cincuenta mulas habían cargado el oro y las pedrerías de las iglesias hasta el convento de la misión de los padres catalanes, en San Serafín. Y allí el padre Inocencio había enterrado, en sitio secreto, el tesoro de los tesoros:

—*Una noche de bebedera, lejos de aquí, lo supe. Me pasó el dato un nieto del nieto del fraile. Y no fue gratis, no joda.*

El nieto del nieto exigió un veinticinco por ciento, y a don Espiritu le pareció justo.

Y viene el pescado.
Y después:
—*¿Fuma?*

Don Espiritu se echa unas pitadas, y apura un vaso de ron.

Y cuenta. Un pescador lo llevó a las ruinas de la misión. Allí no había nadie. En una ceiba, vivía el fantasma del padre Inocencio; y a la gente le daba pavor. El pescador conocía a la única persona que hablaba con el muerto:

—*Por darme el nombre, pidió el diez por ciento. Me pareció justo.*



El turno del chivo. Una cazuela de chivo en leche de coco. Don Espíritu no deja ni rastros. Y de la guarnición, ni un arrocito.
—*Don Machuca de Guasipati*—prosigue— *se entendía con el fraile de verbo a verbo. Me dijo que no llevara cuchillo ni revólver, porque era fantasma asustón. Y allá fuimos.*

Don Espíritu dirige una mirada implorante en dirección a la cocina. El cronista asiente, tranquilizando; y sirve más ron.

Y el protagonista espanta unas moscas, acomoda la silla:

—*¿Sabe una cosa? Don Machuca cobró un veinticinco por ciento.*

Y explica, queriendo convencer, o convencerse:

—*Otro intérprete no había.*

Y concluye:

—*Me pareció justo.*



A medianoche, ocurrió la declaración del espectro.
Entre las ramas del árbol inmenso, una luz viboreó. La luz se desprendió de la copa frondosa y avanzó atrepellando. Los Intrusos recularon de un salto. Entonces la luz se detuvo y retrocedió, se metió en el árbol.

Asomando desde el hombro de don Espíritu, que le servía de escudo, suplicó don Machuca:

—*No se vaya, padre.*

Y al rato un bulto blanco y alto se recostó contra el tronco y comentó:

—*Podría.*



Fray Inocencio hablaba con voz gastada, por lo mucho que llevaba de muerto, pero sonaba bastante natural.

Don Machuca planteó el asunto.

—*Podría*—dijo la luz ensotanada.

Don Machuca quería concretar, y él repetía:

—*Podría*.

Siempre parapetado a espaldas de su cliente, don Machuca le susurró:

—*Ofrezca*.

Y don Espiritu ofreció:

—*Por tu redención, triste alma en pena, ofrezco siete misas con sus responsos, catorce sudarios y veintiún rosarios que rezaré cada día, hasta que la paz vuelva a tu alma.*



Entonces la luz relampagueó y desapareció. De nada valió que don Espiritu golpeará, con los nudillos, el tronco de la ceiba:

—*Padre Inocencio, ¿está?*

Ya nuevas fuentes humeantes han iniciado el viaje hacia la mesa, pero don Espiritu alcanza a contar. Tras muchos ires y venires, una noche el fantasma reapareció y con dedos blancos dibujó unos vaporosos signos en la oscuridad. Don Machuca tradujo: el padre exigía el cincuenta por ciento de todos los ingresos derivados del bien yacente, libre de gravámenes y limpio de polvo y paja. Al final se conformó con el cuarenta.

—*Ya usted, ¿le pareció justo?*—pregunta el cronista.

El cazador de tesoros suspende en el aire una cucharada de gordos frijoles rojos:

—*No joda. ¿Usted ha discutido con difuntos, alguna vez?*

Y don Espiritu acomete una jugosa madeja de hilos de carne bañados en

tomate, pimentón y huevo, mientras una nueva botella de ron aterriza entre los platos.

A la hora señalada, cruzaron el pudridero donde yacían los huesos de los curas del convento. El fantasma no hacía ruidos de cadenas que se arrastran. Más bien, volaba.

—*Sígueme, hijo* —ordenó, alzando un hachón de brea, y lo siguieron los cuatro: el nieto de su nieto, el pescador, don Machuca y don Espíritu.

El padre Inocencio, que se había puesto una peluca de la Virgen del Carmen para mentir sus años, atravesaba los muros como si fueran niebla; y así los abría para toda la comitiva.

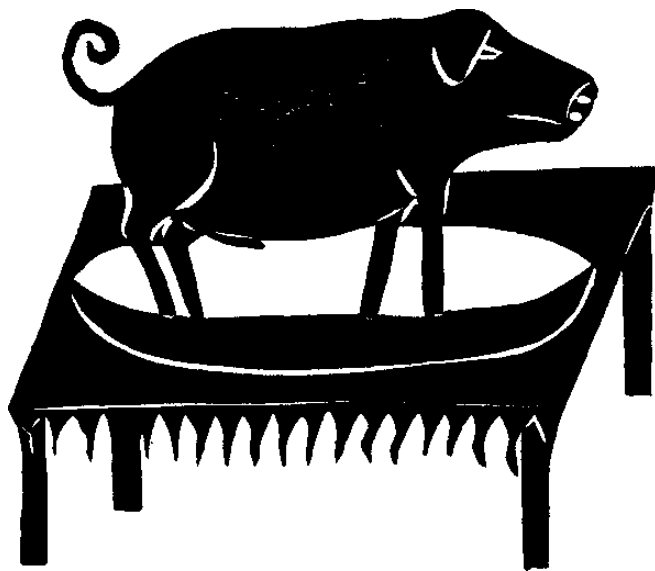
Penetraron hasta el fondo del convento derruido y bajaron hacia sus entrañas. Y en un rincón final, en el único lugar que no mojaba el sudor de las piedras, el fraile dijo:

—*Aquí.*

En el desentierro, estaban todos.

Contemplando.

Nadie ayudó. Don Espíritu se deslomó solito en la excavación. Y cuando el pozo ya estaba más alto que él, el arcón le rompió la pala.



No había joyas. El arcón estaba lleno de monedas: onzas, rupias, piastras, doblones. Había talentos del mar Egeo y dracmas de Persia, tabmíes de los faraones de Egipto y dirhems de los califas de Córdoba, libras de Sicilia y denarios de Roma, florines de Florencia, ducados de Aragón, maravedíes de Castilla.

Don Espíritu mastica doradas monedas de plátano machacado.
—*¿Sabe cuánto me tocó? Esto* —dice, y una pequeña efigie emerge desde sus ropas haraposas.

—*Nadie la quiso* —dice.

El cronista la recoge, la mira, y ella mira al cronista: una santa tallada en madera de Jacaranda, apolillada y feíta, que no tiene ojos y sin embargo mira.

—¡Ahí —suspira el descubridor de tesoros, sonriendo de oreja a oreja: ha llegado la fritanga, chorreando sabrosuras.

No lo entiendo —dice el cronista—. *Usted disculpe.*
Don Espiritu chasquea la lengua, concentrado en lo suyo.
—*Tanto trabajo, ¿para qué? No lo entiendo.*

Don Espiritu esgrime una costilla de cerdo, apunta al pecho del cronista:

—*Pero muchacho —dice. Y sigue comiendo. Y el cronista calla.*

Y un buen rato después, don Espiritu enarbola una pata de pollo:

—*Yo busqué el tesoro—dice—. Y yo lo encontré. Yo.*

—*Sí. Y usted, ¿qué ganaba con eso?*

El descubridor se chupa los dedos y dice:

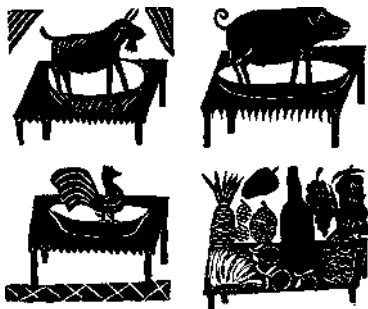
—*El que está envainado, está envainado.*



Toda la región lo saludó. A tantos dio la mano que la mano le quedó afilada y finita como cuchillo viejo.

Pero poco duró la fiesta. El triunfante cazador de tesoros seguía en la última miseria, malviviendo de convites. La Comisión de Damas de Fomento del Río Caroní y la Sociedad Protectora de Animales y de Pobres no demoraron en repudiarlo públicamente por avaro y el Santo Padre de Roma le puso pleito por robo. Y en toda la reglón cundió rápidamente la sospecha de que el muy millonario había vuelto a enterrar, quién sabe dónde, el arcón repleto.

Un perro viralatas se rasca el lomo en la puerta del comedero y viene a echarse cerca de la mesa. Don Espiritu recibe la bandeja de frutas. El cuchillo desnuda una piña madura.



—*Otra cosa que no entiendo*—insiste el cronista—. *¿Por qué no lo sacaron ellos?*

Y el cronista arriesga dos dedos y pesca una uva en la bandeja que don Espiritu protege con los brazos.

—*Ellos, digo. Ellos sabían. ¿Por qué esperaron tanto tiempo? ¿Por qué tenía que llegar usted?*

Don Espiritu se rasca la barba de varios días sobre un carrillo hinchado de fruta.

—*Por huevones.*

Y termina de tragar, y meneando la cabeza, dice:

—*Creían en la maldición.*

Se ocupa del níspero, escupe unas pepas.

—*Desenterrar el tesoro daba desgracia. Eso creían.*

Y ríe sin parar, y tosiendo sentencia:

—*Mire que hay gente supersticiosa, ¿eh?*

El cronista quisiera fumar, pero don Espiritu está haciendo humo su último cigarrillo. Un mosquito atormenta el oído del cronista, y le clava la lanza. Alguien silba.

El perro echado persigue los viajes con la mirada: el viaje del humo, el viaje del mosquito, el viaje del silbido. □



Ventana sobre la herencia

Pola Bonilla modelaba barro y niños. Ella era ceramista de buena mano y maestra de escuela en los campos de Maldonado; y en los veranos ofrecía a los turistas sus cacharros y chocolate con churros.

Pola adoptó a un negrito nacido en la pobreza, de los muchos que llegan al mundo sin un pan bajo el brazo, y lo crió como hijo.

Cuando ella murió, él ya era hombre crecido y con oficio. Entonces los parientes de Pola le dijeron:

—Entra en la casa y llévate lo que quieras.

Él salió con la foto de ella bajo el brazo y se perdió en el camino.





Historia de la redención de la pobreza

Ya era sopa el último gallo. Sus viudas escarbaban la tierra en busca de granos; y encontraban basura. El pueblo estaba en las últimas. Ni una moneda había para pagar a los mercaderes que muy de vez en cuando pasaban por ahí. Ellos cobraban llevándose lo único que había: las mujeres quedaban con la cabeza rapada y los hombres con un solo riñón.

En plena noche, Felicindo se fue a pescar algo para aliviar el hambre. Iba camino del río, cuando de pronto el monte se le echó encima y lo acorraló. Los espinosos tentáculos le cerraron el paso y se vinieron al ataque. Felicindo se defendió a machetazos, pero las ramas cortadas volvían a pegarse y la maleza volteada volvía a levantarse. Y ya se lo estaba comiendo el monte, cuando súbitamente una lengua de fuego le abrió camino en la maraña. La llamarada partió el matorral y continuó su viaje imparable hacia el horizonte. Allá lejos, se hizo arcoiris. Inmóvil entre las zarzas caídas, Felicindo vio el arcoiris desplegando su larga cola de colores a través de la negrura del cielo y quedó pasmado.



A la noche siguiente, caminaba Felicindo hacia el bar *Cirrosís*, que había sabido ser la tortillería *El alquimista* en los tiempos remotos en que el pueblo comía, cuando un desconocido emergió de la barranca y se echó a caminar a su lado.

Brillaba el andante, vistoso, jamás visto: lucía atavíos de oro puro y un enorme sombrero de charro, labrado de diamantes, le tapaba la cara. Caminaba sin ver, pero a paso firme; y a pesar de la oscuridad, Felicindo pudo advertir que uno de sus pies llevaba bota y espuela y el otro era casco de caballo.

No cruzaron palabra. A medio camino, el caminante se detuvo a fumar. No

convidó, y a Felicindo le llamó la atención el estilo: el hombre se arrancó un dólar de la oreja, lo frotó con la uña, hizo llama.



Cuando encendió el cigarro, todas sus ropas se iluminaron como brasa ardiente, desde la bota única hasta el joyoso sombrero de Jalisco.

Felicindo iba a solicitarle un prestamito, pero un gallo cantó, en ese preciso momento, desde las casas. Era el último gallo del pueblo, el gallo sacrificado, cantando desde la muerte: cantaba fuera de hora, por el puro placer de molestar. Y apenas el cacareo rompió la noche, el lujoso caballero se desvaneció en el monte, fuegueando entre el ramaje.

Después, pasó un tiempo sin visita. En vano Felicindo deambulaba por los matorrales, en busca de alguna huella de chispas en el aire. No podía dormir, no podía pescar, nada podía: el jodido fuego le había robado la pisada.

Cuando el fulgor volvió, fue fulgora, fue señora que en lo alto de un cerro brillaba de luz negra. Cubriéndose con negra sombrilla de seda, se protegía de los fríos rayos de la luna; y un velo de encaje negro le ocultaba la cara. La brisa se lo levantó levemente y ella ofreció la boca. Y Felicindo besó.

—*Gracias*—dijo la dama de noche, con voz ronca, garganta castigada por la mala vida, y repitió:

—*Gracias.*

Esa voz de lija estaba quebrada por la emoción. El Diablo era un pobre diablo condenado a dar miedo, y Felicindo había sido el único bicho humano que no se había asustado, ni lo había insultado, ni lo había denunciado, ni le había ofrecido el alma a cambio del poder o la riqueza.

—*He venido a traerle un regalo*—anunció la voz rasposa, desde atrás del velo negro. Era la fórmula para salir de la miseria:

—*Hay una vida distinta en algún lugar—le reveló al oído— y ese lugar está aquí.*

—*Es pobre yo*—dijo Felicindo.

—*No, compadre. La fortuna lo rodea.*

Sus guantes negros señalaron todo:

—*Diga, compadre. ¿Qué ve?*

Felicindo miró a su alrededor. El secarral, la tierra cascajosa:

—*Piedras*—dijo.

Al día siguiente, Felicindo llenó una bolsa de piedras, se la echó a la espalda y emprendió la marcha hacia la ciudad de Oaxaca. Caminó varios días, doblado por el peso. Y en un mercado de los suburbios, sentado en el suelo, voceó su mercancía. Desde el amanecer, Felicindo se gastó gritando:

—*¡Piedras! ¡Piedras!*

Nadie compró.

Cuando cayó la noche, se dio por vencido. Recogió sus piedras, y con las piedras a la espalda y el alma en los pies, abandonó el mercado ya vacío. Y emprendió el regreso. Estaba muy fría la noche y Felicindo temblaba de helazón y soledad. A la salida de la ciudad, encontró un bulto en medio del camino. Era una vieja que comía tortillas, envuelta en su rebozo, indiferente a los automóviles que pasaban razándola. A la luz de la luna, sólo se veía su boca en movimiento. La vieja ofreció a Felicindo unas tortillas, y le dio una máscara para que se abrigara:

—*Así cubre la cara, que es lo más desnudo.*

Y Felicindo, enmascarado, siguió viaje, hasta que después de mucho andar cruzando campo, vio fuego entre unas rocas, a espaldas de un cerro. Y echó su carga al suelo y allí, cerquita de la fogata, se derrumbó a dormir.

Felicindo no había visto que había otros hombres durmiendo en el calor. Ellos se despertaron antes que él, con las primeras luces, y al verlo aullaron:

—*¡El Diablo!*

y a la disparada se perdieron en el horizonte.



El griterío lo hizo saltar. Felicindo vio aquella gente volando en la polvareda, y en un prado cercano vio unas cuantas mulas pastando.

Los ladrones habían abandonado, en las alforjas de las mulas, los lingotes de oro del banco que habían asaltado.

Apaso de gloria, Felicindo llegó de vuelta al pueblo. Las mulas encabezaban la caravana de la fortuna. Pero en el pueblo no quedó nadie. Todos huyeron despavoridos, y hasta la mujer de Felicindo, que había sabido ser mañosa, cuatrera y

alborotadora, pegó un alarido al verlo, y corrió a buscar un crucifijo.

Felicindo intentó quitarse la máscara con las uñas, y probó con agua y con aguardiente, con detergente y con esponja de alambre.

Y hasta hoy sigue queriendo arrancarse esa cara que cada día le devuelve el espejo.

Él se consuela sabiendo que ése es el problema de casi todo el mundo. □







Ventana sobre las máscaras

El Ñato García se hizo el loco en Australia.

Atardecía, y él estaba mirando el sol que se apagaba en Melbourne mientras en Montevideo se encendía, cuando decidió hacerse el loco.

Tuvo delirios y alucinaciones. Peleó contra los enemigos invisibles, lanzando puñetazos al aire, y pasó días y noches sentado contra una pared, sin cerrar los ojos. Se negó a hablar, porque el diablo de la locura se le metía por la boca abierta. Se negó a dormir, por pánico de morir de locura de la noche. Aguantó pastillas, inyecciones, choques eléctricos. Y por fin, después de cuatro años de prohibirse cualquier normalidad, los médicos australianos se convencieron de que él era un caso incurable.

Y así el Ñato consiguió pasaje de vuelta, y consiguió una buena jubilación para vivir sin trabajar todo el resto de su vida. Por última vez se miró al espejo en su casa de Melbourne, dijo adiós al loco y se subió al avión.

Y llegó a la ciudad de sus nostalgias.

En Montevideo, buscó. Buscó la casa de su infancia, y allí había un supermercado. El campo baldío donde había hecho el amor por primera vez, era una playa de estacionamiento. Buscó a sus amigos. Ya no estaban. Buscó y se buscó, y en ninguna parte se encontró, y entonces le entró la duda:

—¿Quién se habrá quedado allá, en Melbourne? ¿El loco o yo?

Una vez por año, solamente una vez, el Ñato se reconoce en el espejo. Llega el carnaval, con sus truenos de tambores, y el Ñato se reconoce. Eso ocurre cuando el espejo le devuelve su cara de murga: nariz de payaso, una risa grande pintada sobre los labios, la luna entre las cejas y las estrellas desparramadas por toda la cara.







Historia del arte de la fuga

Vea, Primero.
—Diga, Segunda.

Ella le alcanzó los prismáticos. Desde lo alto del mirador, el señor del Tucumán divisó un insecto chueco que parecía perdido en la vasta tierra roja. El insecto crecía, y los prismáticos no tardaron en revelar a un hombrecito que venía malandando malandanzas.

Y entonces don Primero descubrió que su hija Dolores estaba parada allá abajo, en medio del llano, esperando al malandante.

Cantalicio Galante había llegado, caminando en falsa escuadra, desde la sierra azul. No se sacó el sombrero de la cabeza, ni tiró el cigarrillo apagado que le colgaba de los labios. Dolores lo miraba a la cara. Él no, porque ella era tan linda que si la miraba le dolían los ojos. Cantalicio miraba al suelo, las pestañas tiasas, pero la mirada se le escapaba y se le iba a lo largo de esa sombra de mujer, y llegaba a los tobillos, y queriendo mirar subía hacia las piernas que la brisa adivinaba bajo la pollera de lino.

Ni con palabras se tocaron.

Se reía de furia don Primero, y golpeándose la cabeza tronaba amenazas contra ese mocito atrevido, pedazo de inútil, teta de hombre; pero no lo mató. La ley lo autorizaba, la ley por él dictada; pero no lo mató. Le exigió tres tareas.

Don Primero mandó rellenar una almohada con plumas de sapos.
Cantalicio, sentado murmuraba:
—*Sapo con plumas, nunca se vio.*

Pero Dolores se marchó a la laguna donde vivían los cincuenta sapos que se habían venido desde el muy lejano río Parapetí.

En aquel río, un sapo había desafiado al avestruz a correr una carrera. Al cabo de unas cuantas zancadas, el avestruz perdió de vista a su rival. Lo buscó, mirando hacia atrás; y el sapo apareció brincando muy adelante. Y así ocurrió cincuenta veces, a lo largo de esa carrera de nunca acabar: el avestruz buscaba al sapo rezagado, y siempre lo encontraba adelantado. Hasta que por fin el avestruz, exhausto, pagó su derrota desnudándose y entregando todas sus plumas. Y los cincuenta vencedores, que se habían ido sucediendo en el camino, se quedaron a vivir en esta laguna donde acudió

Dolores. Ella contó sus penas de amor y los sapos le regalaron su trofeo.



Cantalicio entregó la almohada que había relleno, según la orden, con las plumas de los sapos. Entonces don Primero exigió un botellón de lágrimas de pájaros.

Y murmuró Cantalicio, cara al suelo:

—*Pájaro que llora, nunca se vio.*

Sentada a su lado, cara al cielo, Dolores andaba en las nubes. Por los prados del cielo galopaban caballos con pelo de mujer y cola de serpientes; por la mar de allá arriba navegaban navíos de velas y banderas.

De pronto, Dolores se levantó de un salto y señaló una nube que volaba, lenta, con las alas desplegadas.

Cuando la nube lloró lluvia, ella llenó el botellón.

Cantalicio frotaba una espada con un trapo. Era la prueba final. Había mandado don Primero que a medianoche la espada quedara sin mancha; pero la mancha de sangre volvía. Cada vez que el trapo la limpiaba, la hoja de acero transpiraba sangre.

—*Con esa espada te matará* —adivinó Dolores, y antes de la medianoche se fugaron los dos. Ella cavó siete agujeritos en el piso de su dormitorio y en cada uno dejó caer una gota de saliva; y al partir se llevó una tijera, un puñado de cenizas, un puñado de sal, un peine y un espejo.



Siete veces preguntó don Primero:
—¿Estás ahí?
Y siete veces la saliva respondió:
—Aquí estoy.
A la octava vez, el padre volteó la puerta.



Montado en la chancha negra, los persiguió. La chancha voló sin desvíos; y los fugitivos la vieron venir, tromba y trueno, a la luz de la luna que los delataba. Entonces Dolores arrojó la tijera, que cayó de punta en el camino. Donde la tijera cayó, se alzó una pared de montañas cortadas a pico.

El trueno de la cacería los despertó al amanecer. Cuando la chancha emergió de la montaña a todo galope, Dolores echó al aire el puñado de cenizas y el nuevo día fue enmascarado por la cerrazón. Al amparo de la cortina de niebla, se escabulleron.

Dolores corría, arrastrando a su chueco amor; pero cada dos por tres Cantalicio tropezaba y se dejaba caer entre los pastos, queriendo besar y fumar y dormirse una siestita bajo el sombrero. Y nuevamente escucharon el bramido. La chancha y su jinete, rugiente remolino, cargaban ciegos al bulto cuando Dolores tiró el puñado de sal y un diluvio de granizo paró la embestida.

Venía a los tumbos Cantalicio. Maltrecho, jadeante, ya no daba más. Ya el intrépido galán estaba dispuesto a devolver a don Primero su más preciada propiedad, y ensayaba mentalmente un discurso que invocaba la reconciliación nacional y echaba al vuelo las palomas de la paz y arrancaba lágrimas a las piedras; pero Dolores lo alzaba, lo sacudía, lo empujaba y proclamaba que más vale morir juntos que sobrevivir mitades.

Cuando la chancha volvió al ataque, imparable bala de cañón, Dolores lanzó el peine. Una selva de ramas brotó en un santiamén y atravesó el mundo de horizonte a horizonte.



Largo tiempo estuvo la chancha almorzando aquel tupido matorral. Cuando se hubo comido la última ramita, se disparó nuevamente, chillando de sed, con el viento zumbando bajo la panza y don Primero prendido al lomo. Entonces Dolores arrojó el espejo y en el mundo se abrió un lago grande como mar.

En vano don Primero hundió las espuelas, escupiendo maldiciones. La chancha se había dado a la bebida y ya no tenía ningún interés en el castigo de los delincuentes, que se perdieron de vista.

Dña Eva, la madre de Cantalicio, no se sorprendió de que Dolores se hubiera venido tras él desde tan lejos. Ella bien sabía que no había en el mundo mujer digna de ese tesoro; y para confirmarlo dejó una escoba caída en el zaguán.

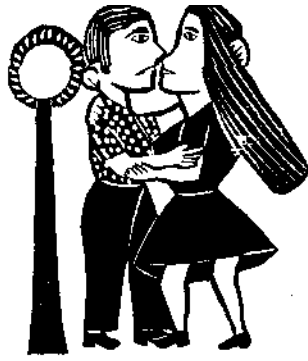
Pero Dolores no sólo no pasó por encima de la escoba, sino que la empuñó y barrió la casa. Y no sólo barrió la casa: también barrió el vecindario y el pueblo entero y el pueblo vecino y toda la región.

El cura los casó. Hubo fiesta, beberaje y comilona, y ofrendas de miel y vino y emulsión de Scott.

Y si el pueblo hubiera tenido diario, el diario hubiera informado que tras un placentero noviazgo, Dolores Primero y Cantalicio Galante han formado feliz pareja, uniendo para siempre sus jóvenes vidas en solemne ceremonia que selló sus destinos ante el Todopoderoso, hasta que la muerte los separe.

Al día siguiente, Cantalicio armó un barquito con una servilleta de papel y se dejó ir.

Dolores lo atrapó justo cuando él huía navegando por la acequia, rumbo al río. □

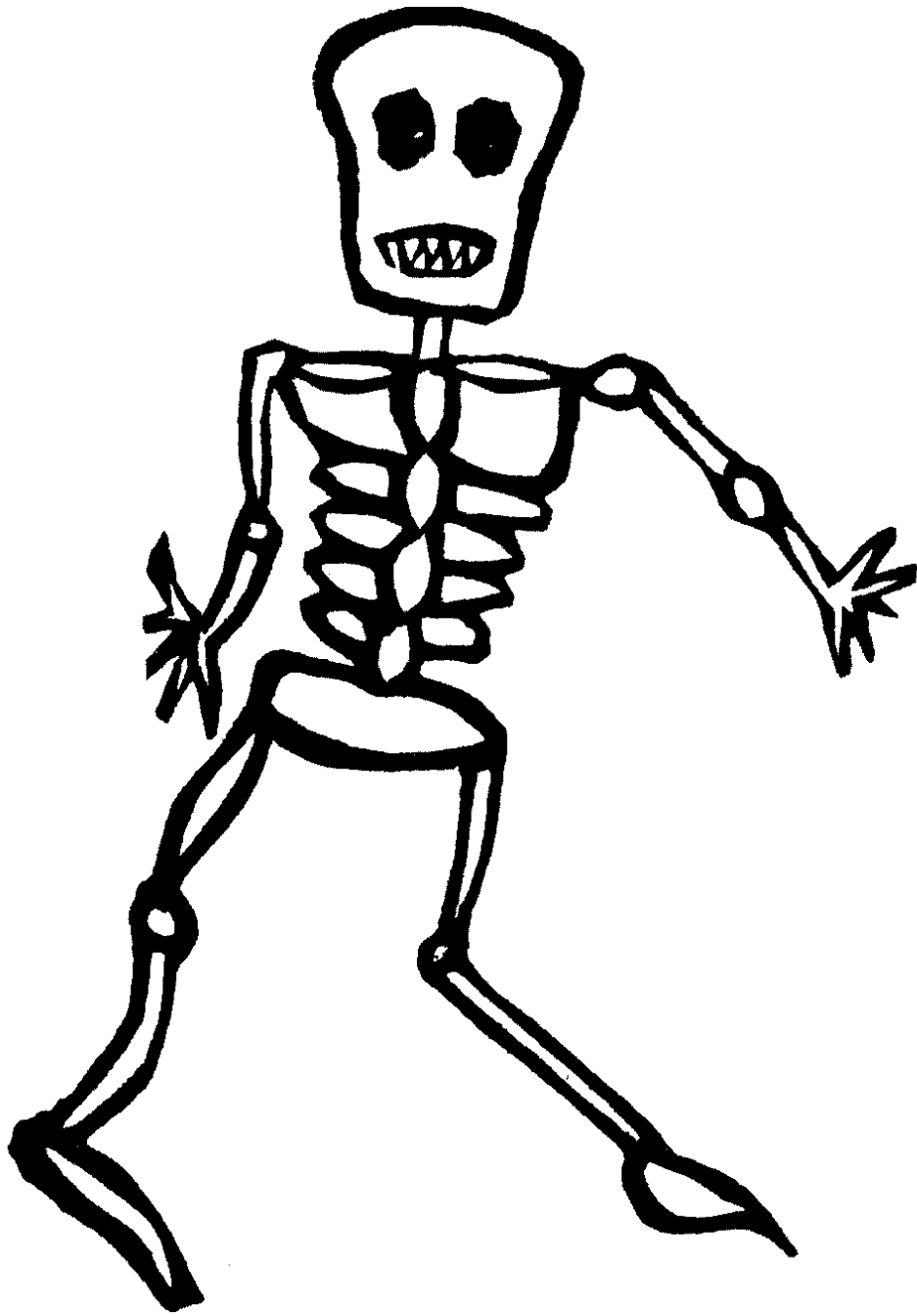


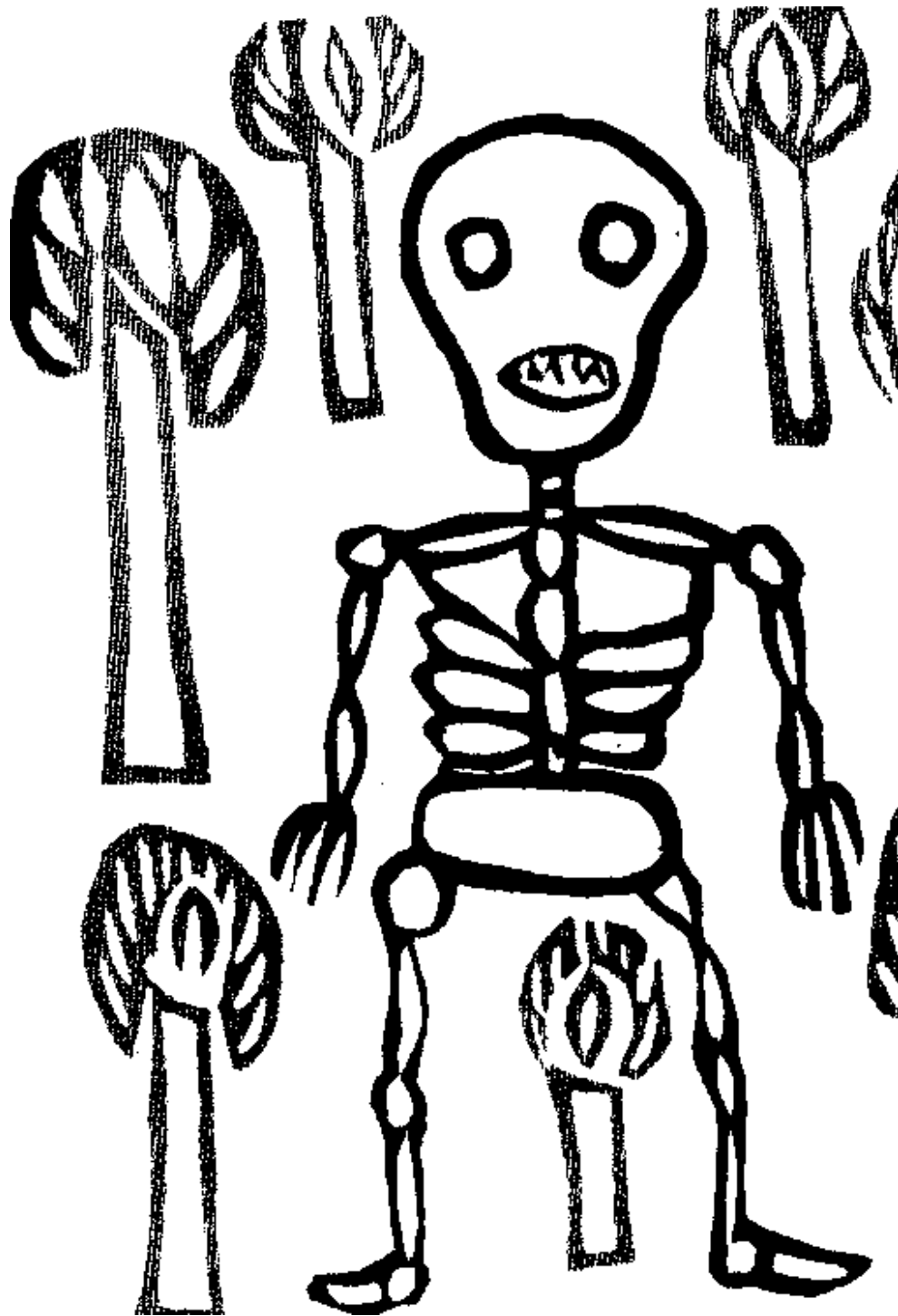
Ventana sobre la suerte

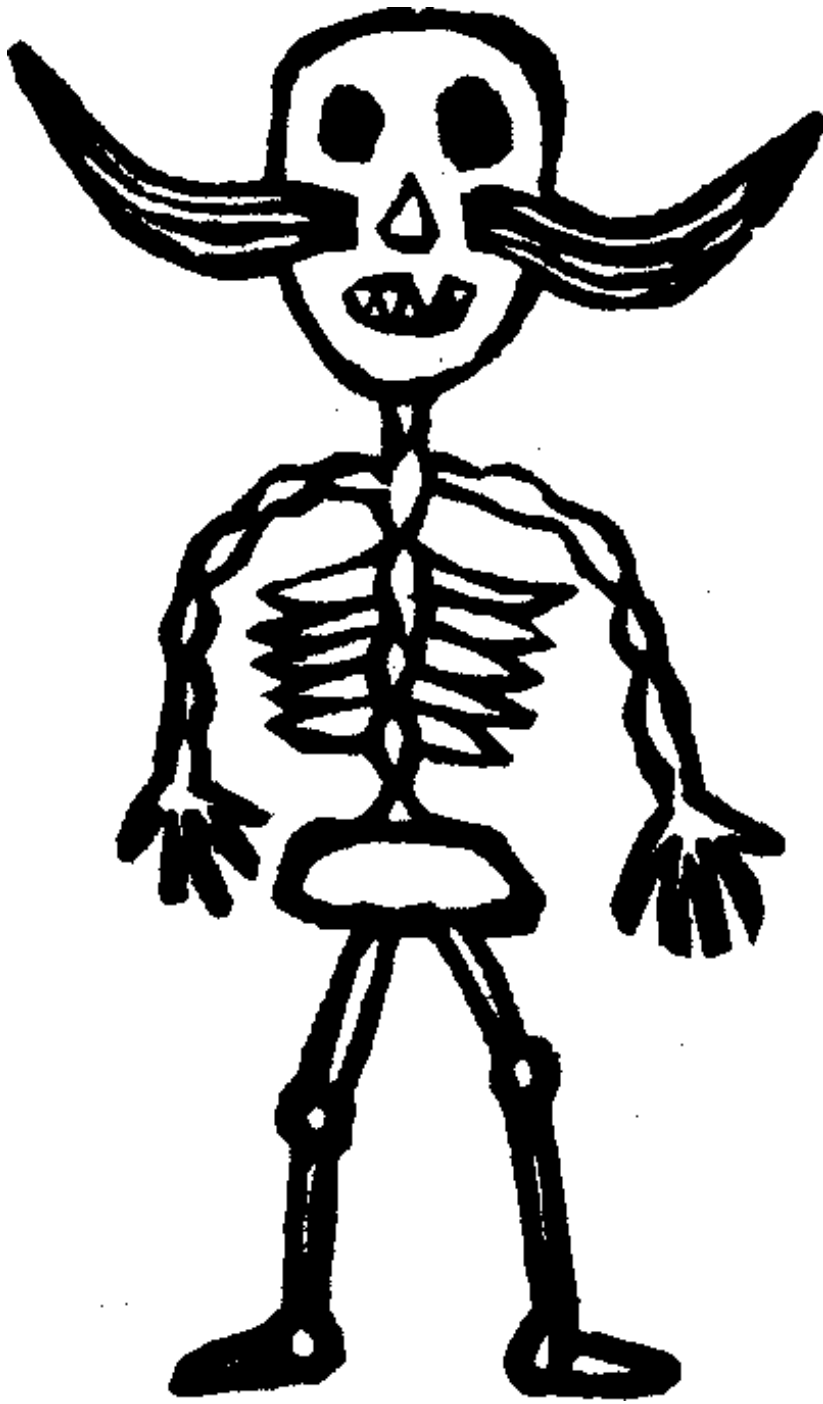
La víspera de san Juan, arden los fuegos en las orillas de la isla de Puerto Rico.

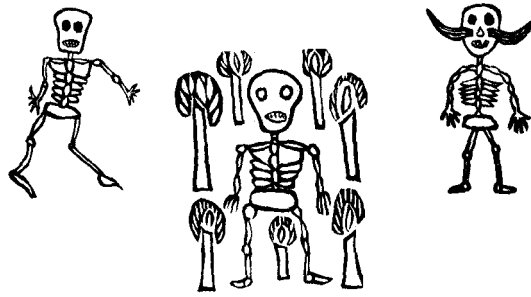
Esa noche, la gente se zambulle de espaldas en la mar, para espantar la desgracia y las malas vibras; y las muchachas casaderas comen un huevo con mucha sal, cuando van a acostarse, para que alguien venga a traerles agua fresca en sueños.

Durante la noche de san Juan florecen la higuera, la hierbabuena y el bambú; y al amanecer la gente sale en busca de esos talismanes.







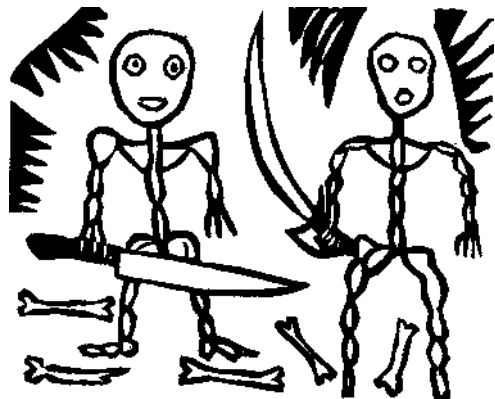


Historia de don Muerte, la triste y el zopilote

Se le había caído el alma y no la encontraba por ninguna parte. Mora se había desgano de vivir y los entendidos se encogían de hombros:

—*Para mal de amores, no valen doctores.*

La mujer sola cantó, para nadie, su canto roto. Tres veces cantó. A la tercera, un eco contestó aquel cantar de desventura. La respuesta vino desde la otra orilla; y Mora cruzó el río Huichihuayan por el paso de piedras.



Le dolía todo el cuerpo, y hasta el pelo le dolía; pero ella persiguió el contracanto que sonaba, se alejaba y se perdía. Lo persiguió a los tumbos, tropezando a la poca luz de la luna, de loma en loma, de legua en legua, sin más compañía que las lechuzas que daban vueltas sobre los cerros.

Hasta que por fin encontró la voz donde su voz acudía. Y entró en la oscuridad.

El esqueleto parlante le dio la bienvenida:
—*Su casa de usted.*

Gruta adentro, brillaban las velas. Miles y miles de velas de todos los tamaños y colores: había altos cirios, de fuego naciente, y había velones encendidos a toda luz, y restos de velas de escaso pabilo que chorreaban cera sin color ni calor.

Las velas, cuerpos encendidos, erizaban las paredes a lo largo de la caverna, y en el techo brillaban las sombras. Toda la comarca de Huehuetlán estaba en ese lucerío. Nadie faltaba: allí estaban los pobres y los ricos, los nuevos y los cansados, los desnudos y los disfrazados.

—*Bajo tierra no hay coronas*—dijo el esqueleto—. *Ni de oro, ni de espinas.*



Hizo una reverencia, se presentó:

—*La Igualadora. La Pelona. La Calaca. La Apestosa. La Raspa. La Dientona. La Tembleque. La Chirifusca. La Tiznada.*

Y zalamereando, voz de almíbar, aclaró:

—*Me dan nombres de mujer. No te lo creas.*

Cada pocos pasos, el dueño de los fuegos se detenía y soplabla. Soplabla donde quería, y apagaba para siempre. Señalando una alta vela roja que ardía y desardía, preguntó:

—*Este fuego que duda... ¿Lo reconoces?*

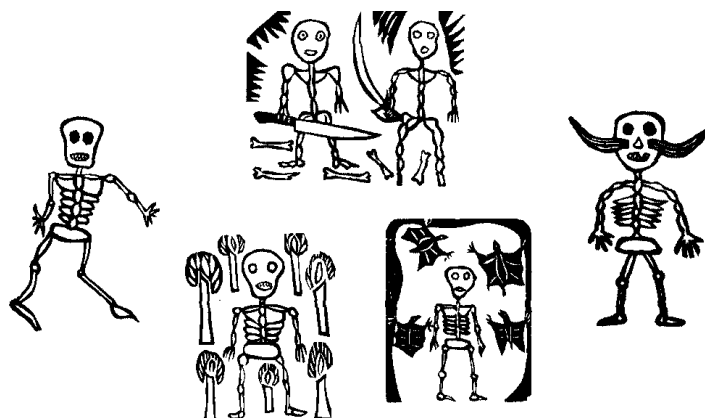
A Mora se le enfrió la sangre.

Nunca lo había olvidado. Lo había visto en la infancia, en una procesión. Mora era la Virgencita de Guadalupe en trono de flores, desnuda bajo la gasa blanca, los ojos al cielo, las manos rogando, y el esqueleto había emergido súbitamente entre las hojas de palma del altar. Él le había guiñado un ojo y la niña había caído redondita al suelo.

Y ahora sus piernas la habían traído al reino lúgubre; y ella no podía parar la crujidera del mentón. La calavera de mazapán soltó una carcajada de ópera y se apartó. Detestaba los apurones y las macabradas.

Pasaron los días. Mora seguía prisionera. Don Muerte la tentaba, obsequioso, dientes de azúcar, bigotes de chocolate: le ofrecía el fin de todo dolor, el beso que borra todos los besos besados y por besar, el novamás, el siemprenunca. Mientras él cuchicheaba, sus manos huesudas tejían largas guirnaldas de flores negras y tallaban y pulían, en piedra de obsidiana, una cruz con forma de cuerpo de mujer.

Mora tenía miedo de mirarse en el charco de la cueva, que era su único espejo, porque el charco podía beberle la cara.



Don Muerte envió a Mora a recorrer el páramo. Y le mandó cavar una sepultura, con las uñas, en el rincón de mejor tierra y sombra mejor. Entonces Mora quiso fugarse. Apenas lo pensó, la tierra se partió con un crujido descomunal y un precipicio se abrió a sus pies.

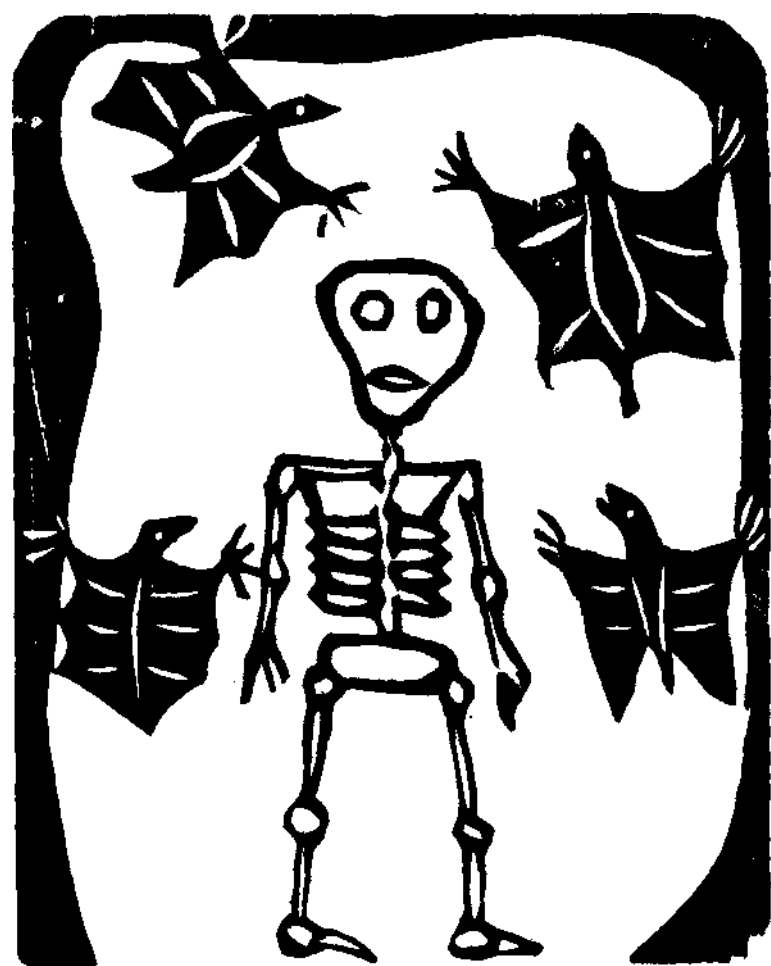
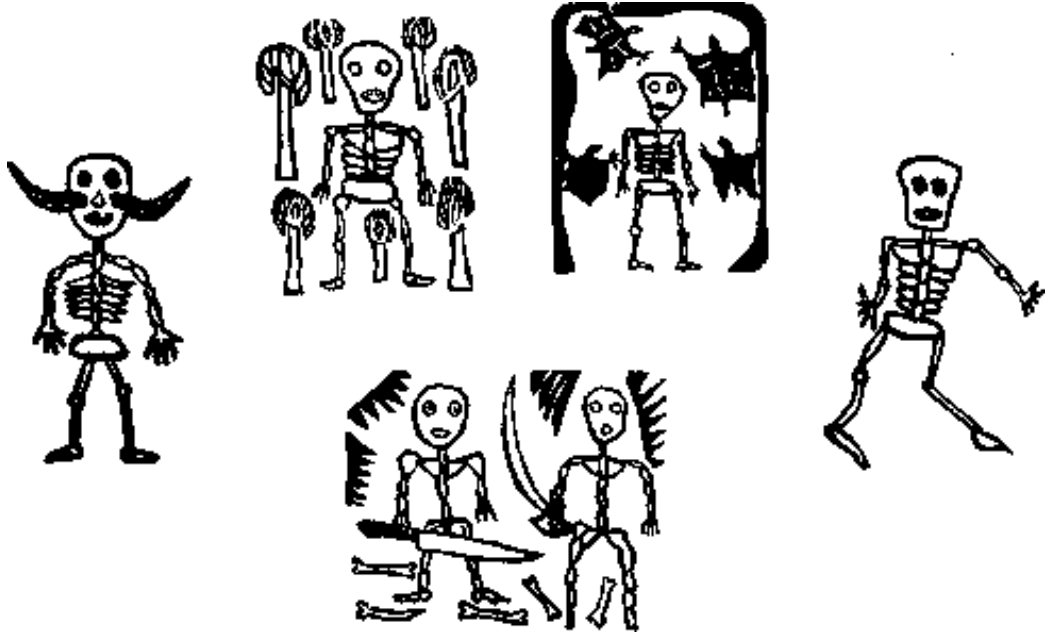
Mora lloró, se lloró. Pero entonces sopló el viento, que sopla donde quiere, y la condenada sintió el asombro de haber nacido y la curiosidad de vivir. Vivir como fuera, donde fuera, el tiempo que fuera: las horas de la mariposa, los días de la mosca, los siglos de la tortuga. Y gritó. Y el gran zopilote de pecho blanco la escuchó desde la altura y bajó volando y aterrizó a su lado.

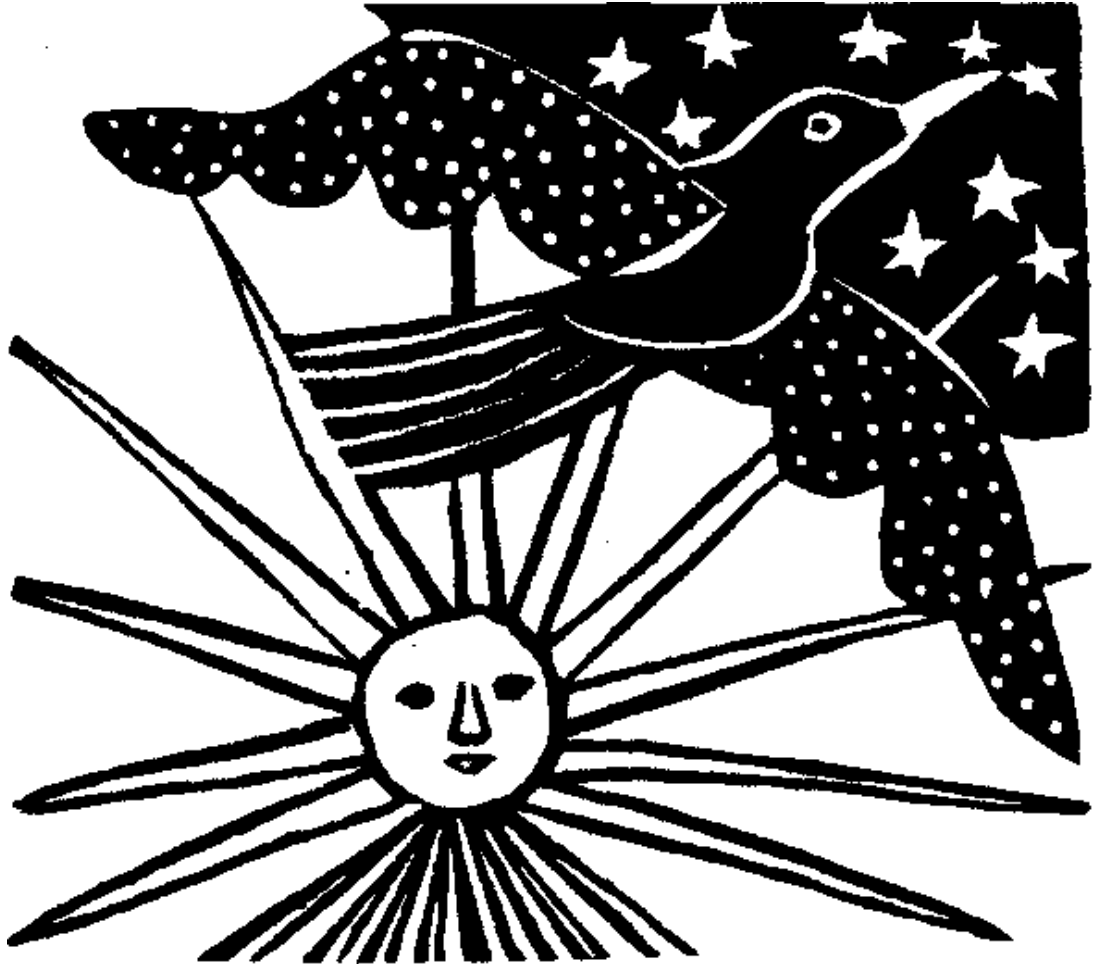
Y Mora recibió las plumas del zopilote a cambio de su pelo, y las alas a cambio de sus brazos. Ella tenía miedo. La aterrizaron las honduras que se abrían allá abajo. Tomaba impulso para lanzarse, daba unos pasos; y al borde del abismo, retrocedía. Y en eso estuvo, que sí, que no, hasta que el zopilote le pegó un empujón y en plena caída ella desplegó las alas y las alas la sostuvieron en la levedad. Y fue tanta su alegría que se tuvo envidia.

La memoria come muertos. El zopilote, también. Igual que la memoria, el zopilote vuela. Y aquel zopilote, que tenía por costumbre comer muertos y los convertía en fuerza de sus alas, se metió alegremente en la caverna donde encontraban destino los cantares de pena irremediable.

Don Muerte vio venir el bulto, pelo de mujer, sombra de mujer meneándose a lo largo de los cirios, y se le echó encima.

Pero el zopilote besó antes. Hundió en la boca de la muerte su pico poderoso, y mordió y comió. Comió llorando, porque la muerte, que parecía dulce, era más picante que el chili javanero o los rabiosos ajíes de la huerta del Diablo. □





Ventana sobre el espejo

Solea el sol y se lleva los restos de sombra que ha dejado la noche.
Los carros de caballos recogen, puerta por puerta, la basura.
En el aire tiende la araña sus hilos de baba.

El Tornillo camina las calles de Melo. En el pueblo lo tienen por loco. Él lleva un espejo en la mano y se mira con el ceño fruncido. No quita los ojos del espejo.

—¿Qué haces, Tornillo?

—Aquí—dice—. *Controlando al enemigo.* □

Ventana sobre la muerte (I)

Helena Villagra no podía abrir los ojos. Los ojos le ardían. Se restregaba los párpados y se le salían las pestañas y también las cejas se le salían. Ella estaba en un cine. Cuando por fin conseguía mirar, veía una pantalla negra. □

Ventana sobre la muerte (II)

Ya las cenizas de Alberto yacían en tierra de Tucumán, ya crecían las cenizas de Alberto en los verdores de allá.

Helena había heredado su sombrero. Helena dormía, y el sombrero de Alberto también dormía; y en el sueño de Helena, el sombrero soñaba.

El sombrero soñaba que agitaba sus alas y girando se iba a volar por ahí, con Helena adentro, acurrucada en la copa.

Ella despertaba mareada de tanto dar vueltas. □





Historia del vaquero que fue tigre

Había sido hombre de poderes y misterios, era cosa de no creer. Su mirada abría o cerraba heridas y despertaba o desmayaba bichos y cristianos. En un clavar de ojos dejaba bobos al potro más bravío y al toro más toro.

Ventura, el vaquero andante de Minas Gerais, pasaba como viento. Tenía muchos rumbos y muchas mujeres y casa ninguna.

Se le conoció un solo amigo, que los dos fueron tientos del mismo lazo.

Deambulaban por el secarral. Llevaban varios días sin probar bocado. Defendiendo alguna causa perdida, se habían quedado sin caballo y sin rumbo. Nada para comer: lagartijas, espinas, arbustos sin fruto ni sombra. Ventura tenía costumbre, pero su amigo no daba más. Y cuando el amigo se tendió a morir en aquellas soledades, Ventura se hizo tigre para salvarlo del hambre. Antes de entigrarse, entregó al amigo una hoja azul, con puntas de estrella, que no era hoja de árbol conocido, y le dijo:

—*Cuando vuelva, me pondrás esta hoja sobre la lengua.*

Y le dijo que no había otra manera de desentigrarse.



Se fue lejos, pasó la noche cazando.

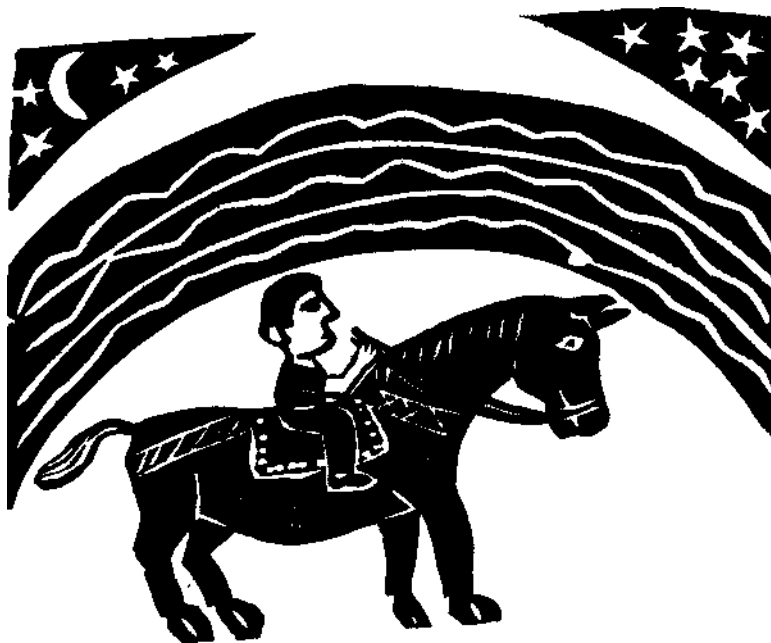
Regresó al alba, con la primera luz blanca, cargando un venado sobre el lomo. Cuando el amigo lo vio venir, cuando vio venir al tigre aquel con las fauces abiertas, huyó despavorido. El tigre lo miró correr. No lo persiguió.

Por donde él andaba, nada vivo quedaba. Partía las piedras, demolía los montes, desplomaba las barrancas. Echado entre los altos pastos, el tigre alzaba la cabeza y olía el viento y rugía su rabia triste; y nadie dormía.

Fue largo el acoso. Un ejército de buitres, que le seguía las huellas, delataba su paso al ejército de hombres que se lanzó tras él.

Y el cerco se fue cerrando, sudor de caballada, estrépito de avíos de guerra, trueno de voces y ladridos, hasta que una noche de luna el tigre pegó su último salto, en el aire alto, y bramó y cayó. Y ya estaba muerto de mucho balazo cuando el amigo de Ventura le hundió el caño del fusil en la boca y apretó el gatillo.

Muy lejos de allí, Ventura despertó. Despertó todo sucio de sangre seca y atormentado de dolores desde el sombrero hasta los pies. Hasta respirar dolía. Caminar fue muy difícil, enorme sombra tambaleante, y recordar fue muy difícil. ¿Cuándo? ¿Dónde? ¿Quién? Luna alta, mala luna. Había caído la noche, dentro de él había caído la noche, y la noche ya no era la hora del amor ni de la guerra. Sus ojos habían perdido el habla, y sólo tenía oídos para las goteras de la muerte. Puta vida, vida sin fuego. ¿Sobreviviendo? Sobremuriendo. Quiera Dios soplar esta ceniza.



Blanco de polvo, negro de mugre, rojo de sangre, viene Ventura por el callejón. Pesado de dolores, arrastra los pies. Mal cargan las piernas este demolido cuerpo de gigante. Ventura atraviesa el mercado, sordo al clamor de las vivanderas, y pestañeando vislumbra, allá, al fin de todo, la cantina. La cal de la cantina brilla al pie de la cresta de dragón de los cerros, y más acá brillan de sudor los caballos atados a los palenques.



Bajo el portal, un ciego canta las noticias. La boca del ciego canta lo que han visto sus oídos, mientras una alcancía de lata va marcando el compás. El ciego canta las coplas del tigre del horror, maldición de estos campos, que ha muerto matando y que muchas muertes debía.

Con mano tembleque, Ventura alza el ala rota del sombrero, se limpia el

sudor que le nubla la mirada y ve: ve la piel del tigre, colgada de un alambre, secándose al sol. Es imposible contar los agujeros. Poca comida han dejado las balas a las polillas.

Y entra en la cantina.
El amigo lo ve venir, ve venir esta piltrafa, y el vaso de caña le resbala de los dedos y se estrella contra el piso. Todos callan, calla todo. □



Ventana sobre el error

Ocurrió en el tiempo de las noches largas y los vientos de hielo: una mañana floreció el jazmín del Cabo, en el jardín de mi casa, y el aire frío se impregnó de su aroma, y ese día también floreció el ciruelo y despertaron las tortugas.

Fue un error, y poco duró. Pero gracias al error, el jazmín, el ciruelo y las tortugas pudieron creer que alguna vez se acabará el invierno. Y yo también.





Historia de la pájara que perdió una pata

Ya sus hijos habían quebrado los huevos y asomaban chillando en el nido. La Tenquita voló a buscarles comida. Era invierno en Colchagua y la nieve le heló una pata. La pájara protestó:

—¿Por qué me has dejado coja?

Y la nieve:

—Porque el sol me derrite

Y la Tenquita se quejó al sol, y el sol:

—Porque la niebla me tapa.

Y la niebla:

—Porque el viento me corre.

Y el viento:

—Porque la pared me ataja.

Y la pared:

—Porque el ratón me agujerea.

Y el ratón:

—Porque el gato me come.

Y el gato:

—Porque el perro me corre.

Y el perro:

—Porque el palo me pega.

Y el palo:

—Porque el fuego me quema.

Y el fuego:

—Porque el agua me apaga.

Y el agua:

—Porque la vaca me bebe.

Y la vaca:

—Porque el cuchillo me mata.

Y el cuchillo:

—Porque el hombre me afila.

Y el hombre:

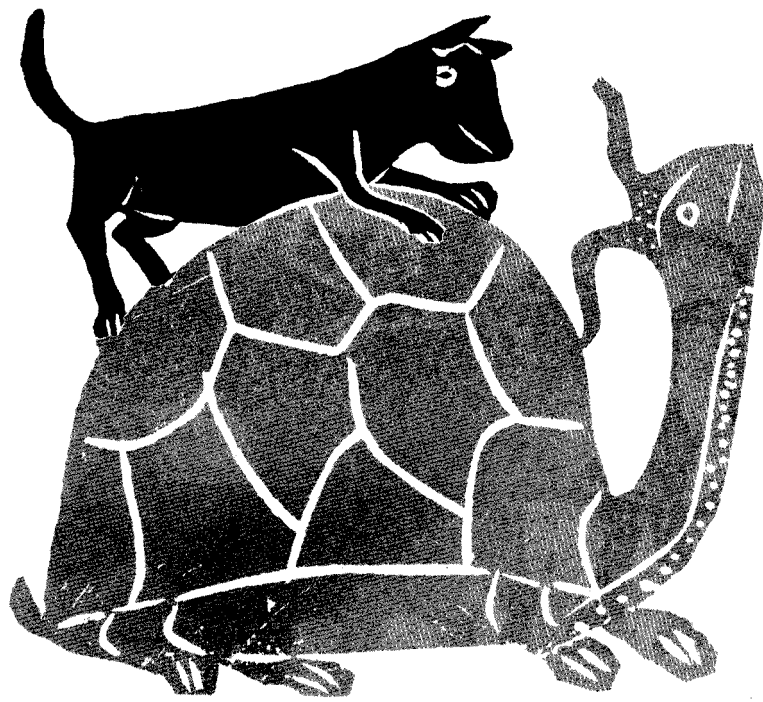
—Porque Dios me hizo.

Andando a los tumbos, la Tenquita cantó en busca de Dios. Y Dios la escuchó, y entonces ella le preguntó por qué hizo al hombre que afila el cuchillo que mata a la vaca que bebe el agua que apaga el fuego que quema el palo que pega al perro que corre al gato que come al ratón que agujerea la pared que ataja al viento que corre a la niebla que tapa al sol que derrite la nieve que me ha helado la pata.

—Ay Tenquita —dijo Dios—. Yo tuve que hacer al hombre para que el hombre me hiciera a mí. □

Ventana sobre la palabra (V)

Javier Villafañe busca en vano la palabra que se le escapó justo cuando iba a decirla. ¿Adonde se habrá ido esa palabra que tenía en la punta de la lengua? ¿Habrá algún lugar donde se juntan las palabras que no quisieron quedarse? ¿Un reino de las palabras perdidas? Las palabras que se te fueron, ¿dónde te están esperando?



Historia de la revelación divina sobre la canina aventura de este mundo

Molesto?

—Faltaba más.

—Se agradece.

—Me llamo Flores. De profesión guitarrero, para servirlo.

—Encantado. Ceniza. De profesión, perro.

—¿Gusta un mate?

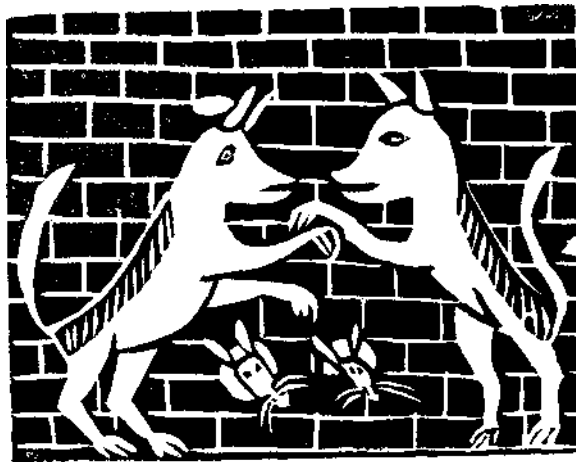
—No acostumbro.

—Casualidá. Justo estaba yo memorando la copla aquélla de los rabos.

—¿Cuál?

—*El dolor que siente el perro, cuando le cortan el rabo...*

—Ah, sí. Conozco: ... *es como el que siente el rabo cuando le cortan el perro.*



—Ésa.

—La verdad es que de rabos, don Flores, se sabe poco.

—Poco. Se sabe que hubo fiesta en el cielo. Que ustedes se bañaron en un río que no era el Paraná, un río de allá del Paraíso...

—Y dejamos los rabos a secar en la orilla. Rabo mojado no espanta mosquitos.

—Sí. Todos los rabos en la orilla, en fila.

—Y Dios nos hizo la broma aquélla. Mandó al río crecer.

—Se desbordó, el río.

—Y tuvimos que salir de apuro. Y en el desespero, cada cual agarró el primer rabo que encontró. Y desde entonces nos andamos olfateando, en busca del rabo perdido.

—Eso está bastante divulgado, don Ceniza.

—Se lo cree la gente, y nosotros también.

—Se sabe.

—Pero no fue.

—¿Quién le dijo que no fue?
 —Dios.
 —Ah.
 —El Gran Can.
 —¿Y usted lo vio?
 —Quien lo ve, queda ciego. Lo sentí. Yo estaba de espaldas y sentí lo sagrado.



—El dios nuestro se aparece poco.
 —El nuestro tampoco tiene costumbre.
 —Y lo eligió a usted.
 —Este humilde servidor.
 —Qué suerte tuvo.
 —No crea. Dios me mandó revelar la verdad a los perros del mundo. Me mandó decir que nunca hubo la tal fiesta en el cielo.
 —¿Y usted informó?
 —¿Que no hay rabo que buscar? Yo me callé.
 —Me parece adivinar, don Ceniza.
 —Sí, don Flores.
 —La razón de su silencio.
 —Ya ningún camino me llama.
 —Eso.
 —Antes, yo era patialegre, era andariego. Anduve mundo. En aquel tiempo, ningún rabo era mi rabo.
 —Y ahora...
 —Ahora parece que voy, pero vengo.
 —Suerte perra.
 —Perro mundo.
 —Destinos.
 —¿Don Flores?
 —Diga.
 —Guárdeme el secreto.
 —Puede confiar.
 —Y cuídese del frío, don Flores. La garganta. □



Ventana sobre el arte (I)

En Zaragoza, han rendido homenaje a una bella torre mudéjar ya derruida. No es una torre reconstruida la que evoca a la torre que fue: ante el gran agujero donde ella estuvo, un niño de bronce, sentado, abrazado a sus rodillas, la mira. □

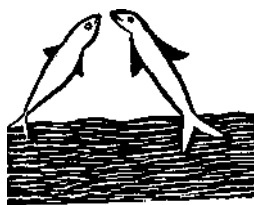
Ventana sobre el arte (II)

Yo era muchacho, casi niño, y quería dibujar. Mintiendo la edad, pude mezclarme con los estudiantes que dibujaban una modelo desnuda. En las clases, yo borroneaba papeles, peleando por encontrar líneas y volúmenes. Aquella mujer en cueros, que iba cambiando de pose, era un desafío para mi mano torpe y nada más: algo así como un jarrón que respiraba.

Pero una noche, en la parada del ómnibus, la vi vestida por primera vez. Al subir al ómnibus, la pollera se alzó y le descubrió el nacimiento del muslo. Y entonces mi cuerpo ardió. □

Ventana sobre la palabra (VI)

La A tiene las piernas abiertas.
La M es un subibaja que va y viene entre el cielo y el infierno.
La O, círculo cerrado, te asfixia.
La R está notoriamente embarazada.
—*Todas las letras de la palabra AMOR son peligrosas* —comprueba Romy Díaz-Perera.
Cuando las palabras salen de la boca, ella las ve dibujadas en el aire. □



Historia del delfín que Satanás atrapó sin arpón y sin anzuelo

La luna llena encendía las aguas del Amazonas. Un delfín corcoveaba ofreciendo cabriolas de circo en el oleaje resplandeciente. Había farra en algún pueblo, mucho agite y bailongo, y el alboroto de los musiqueros llamaba al delfín desde la costa.

Y por primera vez la luna, que nunca le había hecho caso, le dio permiso: por esa noche, y mientras esa noche durara, fue autorizado a entrar en la tierra.

El delfín se irguió desnudo sobre la arena, y la luna le dio nuevo cuerpo y vestidura.

Se metió en la fiesta. Bailó de sombrero puesto, para que no se viera el agujerito por donde respiraba su cabeza. Y dejó al gentío con la boca abierta: a todos asombró su piel rojiza, de reflejos azules, y su mirada de ojos muy separados, y su sed que no saciaban litros y más litros de caña pura; y a todos maravilló su manera de bailar sin tocar el suelo, sumergiéndose en la música, nadando en las aguas de la música.

Y en la música anduvo ondulando, abrazado a una mujer; y después siguieron bailando los dos, sin ropa y sin nadie, la música nacida de sus abrazos.

Él estaba acostumbrado a jugar en el agua, pero nunca había nadado en adentros de mujer.



Sobre ella yacía cuando sintió un golpecito, toc, que le quemó la espalda. Y se dio vuelta, y vio: una luz de fósforo crecía en el aire y cobraba forma y tenía garras y cuernos y barba. El muy rojo se balanceaba y brillaba en la negrura:

—*Arriba, intruso*—dijo.

El delfín, aturdido, no entendió.

El recién llegado estaba ronco, aunque un pañuelo de seda le protegía la garganta de los fríos del trópico. Señalando el reloj que tenía en la muñeca, carraspeó:

—*Vuelve al río, bicharraco, que ya es hora.*

Y el delfín recordó lo que había olvidado. Pronto acabaría la noche, y con la noche acabaría su tiempo en la tierra. Miró a la mujer enroscada a su lado, la enredadera de algas del largo pelo negro, y la voz ronca le rozó la oreja:

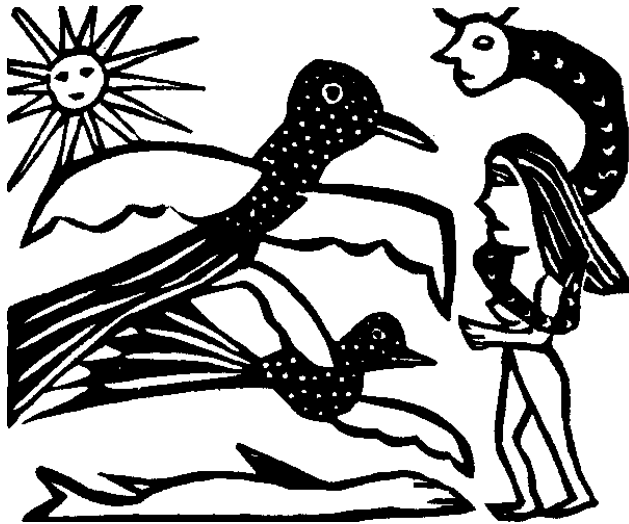


—*No está mal.*

Y sonrió, con muchos dientes:

—*Lindo regalito. Tenía que ser hoy. Viernes Santo, mi día.*

Y avanzó una garra hacia ese cuerpo que palpitaba al ritmo del sueño.



El delfín le lanzó un golpe, y el golpe golpeó el aire vacío. Ella sintió el vientito, pestañeó y siguió durmiendo.

La red se balanceaba suavemente: la red que todavía envolvía a los dos.

El Diablo, que ensaya en este mundo los tormentos del infierno, susurró una adivinanza:

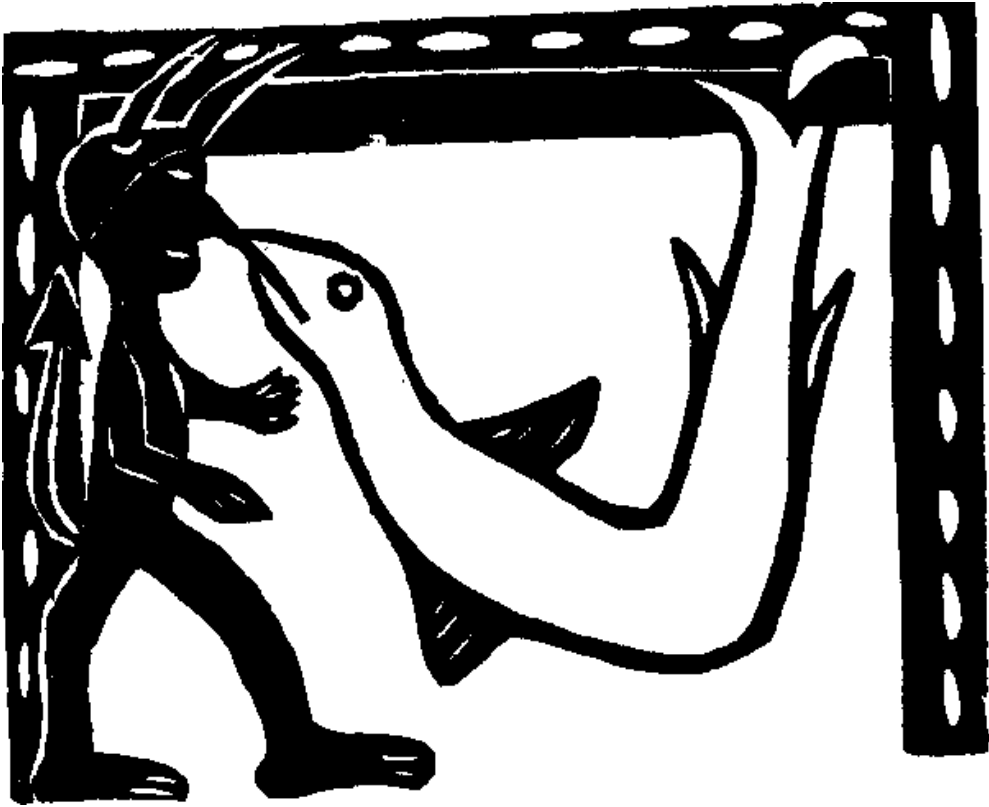
—¿Con quién dormirá mañana esta mujer?

Y reverberó y se desvaneció en la oscuridad. La última oscuridad: ya la bruma cenicienta del alba había empezado a crecer en el aire.

Noche prestada, cuerpo prestado.

Él maldijo a la luna, por todo lo que la luna le había dado, y maldijo al sol, por todo lo que el sol le iba a arrancar. Algo murmuró ella, siempre dormida, y lo apretó contra su cuerpo. Y él quiso llevársela, y no podía, y quiso quedarse, y tampoco podía.

La brisa del amanecer arruga el río. A pocos pasos de la orilla, un delfín agoniza. Se alza el sol, y desde el cielo el sol levanta los colores y los olores del mundo. □



Ventana sobre la historia universal

Hubo una vez que fue la primera vez, y entonces el bicho humano se alzó y sus cuatro patas se convirtieron en dos brazos y dos piernas, y gracias a las piernas los brazos fueron libres y pudieron hacer casa mejor que la copa del árbol o la cueva de paso. Y habiéndose erguido, la mujer y el hombre descubrieron que se puede hacer el amor cara a cara y boca a boca, y conocieron la alegría de mirarse a los ojos durante el abrazo de sus brazos y el nudo de sus piernas. □

Ventana sobre la palabra (VII)

Llevaba más de veinte años preso, cuando la descubrió.
La saludó con la mano, desde la ventana de su celda, y ella le respondió desde la ventana de su casa.

Después, le habló con trapos de colores y con letras grandes. Las letras formaban palabras que ella leía con largavistas. Ella contestaba con letras más grandes, porque él no tenía largavistas. Y así les creció el amor.

Ahora Nela y el Negro Viña se sientan espalda contra espalda. Si uno se va, el otro se cae.

Ellos venden vino frente a las ruinas de la cárcel de Punta Carretas, en Montevideo. □





Historia del hombre que en el alto cielo amó a una estrella, y fue por ella abandonado

Había robos pero no había ladrones en el valle del Cuzco. Los robos ocurrían durante la noche, en el huerto que tenía las mejores papas. El dueño vigilaba, toda la noche pasaba sin pegar los ojos, pero en algún momento se le caían los párpados, y en ese instantito desaparecían las papas dejando agujeros recién escarbados en los surcos.

Una noche, el hombre mintió. Se acostó a pata suelta, en medio del plantío, y roncando espiaba con un ojo. Y así pasaron las horas, y cuando no mucho faltaba para el amanecer, un violento resplandor lo hizo saltar.

El susto de tanta luz lo dejó ciego. No eran ladrones: eran ladronas. A manotazos consiguió atrapar a una. Las demás huyeron en ráfaga hacia el cielo y allá en lo alto quedaron, encendiendo el fin de la noche.

La estrella prisionera prometió devolver todas las papas, y suplicó:

—*No me obligues a vivir en la tierra.*

Pero él no la soltó. Cubrió con ropa de lana su luminosa desnudez y la encerró en su casa.

Al tiempo, tuvieron un hijo, que murió al nacer.

Y un atardecer, en un descuido, la lumbrera escapó a las alturas. Gracias al cóndor, el hombre subió tras ella.

El hombre y el cóndor iban envejeciendo en la larga travesía, y tenían siglos de edad cuando el viaje culminó. Pero no bien llegaron, se sumergieron en el lago del tiempo, y nadaron y emergieron jóvenes.

Y entonces él se lanzó a recorrer la resplandeciente bruma de la Vía Láctea. Y en la peregrinación, reconoció a su estrella. Y le suplicó que lo dejara estar.

En un escondite del cielo, vivieron juntos. Cada atardecer, ella se iba con sus hermanas, a iluminar la noche del universo. Y cada amanecer volvía, y traía alimentos terrestres que encontraba deslizándose en los graneros del sol y de la luna.

Así fue lo que fue, hasta que ya no fue.

Una mañana la estrella no llegó, y nunca más llegó, y el hombre deambuló por la fría neblina del cielo, hambriento y solo, llamándola a gritos.

El cóndor lo devolvió a la tierra, y en la tierra murió de pena.

Nada alcanzó a contar. De su boca, que no abría ni para comer, no salió palabra. Quizás porque había quedado embobado, estrellado; o quizás porque presentía que aquí en la tierra tomarían su historia por evidente mentira o alucinación de un pobre mortal creyéndose dios en el trono del reino de la noche.





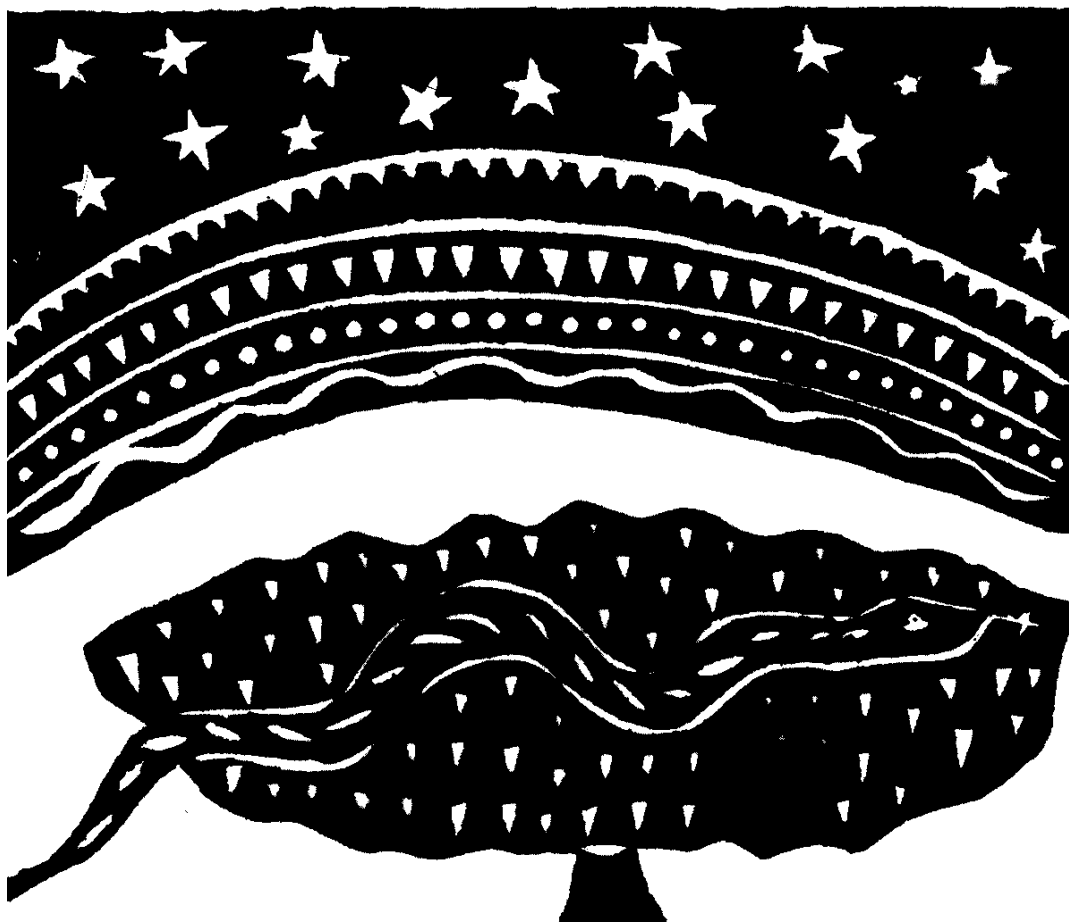
En cuanto a ella, los estrellólogos no coinciden. Hay quien dice que se le desamoró el amor y hay quien dice que no hay por qué llamar amor a lo que fue lástima o curiosidad.

Algunos sostienen que ella echó al hombre porque no quiso verlo morir. Según estos especialistas, las estrellas no entienden nuestra costumbre de vivir nada más que un ratito, y tampoco entienden nuestras ganas locas de subir al cielo: nada saben las estrellas del humano morir, pero sí saben que más allá de las nubes no puede la gente renacer en los hijos que tiene, ni en las papas que planta, ni en los amores que deja.

Otros opinan que fue un adiós obligado. El sol y la luna habrían advertido a la estrella que debía buscarse otra galaxia donde vivir con el intruso. Así, no se podía seguir: en cada pelea conyugal, el hombre envejecía cien años y ella quedaba completamente a oscuras. Es verdad que después, cuando los dos se perdonaban la estupidez de odiarse, él recuperaba el siglo gastado y ella multiplicaba su esplendor; pero la paz del firmamento no podía permitirse aquellos sobresaltos. Y fue entonces, al parecer, que los amos del cielo decidieron renunciar a las papas, que tanto les gustaban, y el camino hacia la tierra fue borrado por siempre jamás.



La estrella se arrepintió de haber obedecido la orden que la condenaba a la soledad. Así lo afirma un estudioso que se ha pasado la vida fotografiando a las estrellas fugaces. Él está seguro, y dice tener pruebas: las estrellas fugaces son todas iguales, porque todas son una. Esa única luz, errante y mojada, es la estrella que una vez conoció el peligro y la fiesta del abrazo humano, y se asustó y huyó y fue perseguida y encontrada. Desde entonces su cuerpo mudo, que por el hombre cantó, supo que había nacido para ser dos o ninguno; y ahora anda volando locamente, a través de la noche, en busca del perdido camino de este mundo. □



Ventana sobre una mujer (I)

Esa mujer es una casa secreta.
En sus rincones, guarda voces y esconde fantasmas.
En las noches de invierno, humea.

Quien en ella entra, dicen, nunca más sale.

Yo atravieso el hondo foso que la rodea. En esa casa seré habitado. En ella me espera el vino que me beberá. Muy suavemente golpeo a la puerta, y espero. □

Ventana sobre una mujer (II)

La otra llave no gira en la puerta de calle.
La otra voz, cómica, desafinada, no canta desde la ducha.
En el baño no hay huellas de otros pies mojados.

Ningún olor caliente viene de la cocina.

Una manzana a medio comer, marcada por otros dientes, empieza a pudrirse sobre la mesa.

Un cigarrillo a medio fumar, muerto gusano de ceniza, tiñe el borde del cenicero.

Pienso que debería afeitarme. Pienso que debería vestirme. Pienso que debería.

Llueve agua sucia dentro de mí. □

Ventana sobre una mujer (III)

Nadie podrá matar aquel tiempo, nadie nunca podrá: ni siquiera nosotros. Digo: mientras estés, donde estés, o mientras esté yo. Dice el almanaque que aquel tiempo, aquel tiempito, ya no es; pero esta noche mi cuerpo desnudo te está transpirando. □



Ventana sobre la música (I)

Quien sabe tocar el acordeón, lo pone a hablar —decía don Alejo Durán—. *Para quien sabe, hombre y acordeón son una sola cosa.* Don Alejo fue vaquero y trovador, maestro del lazo y del toque chiquito, cronista cantante de la costa colombiana. Y siempre por gusto, nunca por encargo. Cuando él no estaba enamorado, se le callaba el acordeón.

No cometi6 música llorona. Franca y gozona fue su música, como francas y gozonas eran las mujeres que su música llamaba, de lejos, sin necesidad de tel6fono. □

Ventana sobre la música (II)

Papá Montero era bailandero y cantador, fundador de alegrías en la noche de La Habana. Toda la ciudad se iba de rumba con él, y en el rumbo de su rumba se perdía.

Cuando una puñalada acabó con Papá Montero, la noche de La Habana se quedó muda. Pero en pleno velorio, una rumba sonó. Muy lejana. Casi nadie la oyó.

Al amanecer, cuando los amigos iban a llevarse el ataúd, descubrieron que en el ataúd no había nadie. □



Historia de los luneros

Huesos viejos, ojos de luz gastada. Todo amarillo, se ve. Me veo. Allá lejos me veo, en los años amarillos del tiempo. Yo fui mujer de hombre andarín, siempre rodando tierra. Él y yo nos íbamos al camino, una bolsita a la espalda y a cazar trabajo. A gastar pies, a moler huesos: clavando alambradas, marcando animales, lo que venga, lo que sea. Nadie quedaba en el pueblo. Dos, tres, cuando mucho. Y la campana de la iglesia, muda, muerta de sed. Hasta que una vez, cuando la seca grande...

Lo aburro. La abuela siempre con la misma historia. Venga, vamos a echar los frijoles al remojo. ¿No puede dormir? Yo nunca duermo. Toda la vida aprendiendo y todavía no sé. Arrímese, que la cocina es lo mejor. La abuela sabe. Para la noche sin sueño, para el día sin alma, lo mejor. Fogón que no se apaga. Nunca.

Le conté de los luneros? Los que llegaron aquí. Yo no los vi, no. Ellos no eran de ver, no eran de tocar. Luneros venidos en el tobogán del cielo. La verdad verdadera, por esta cruz. Al revés, si escucha decir, no vaya a creer. Aquí, en la ciudad, yo sé que anda el rumor. Que gente humana ha pisado la luna, andan mintiendo. Una no sabe leer y le abusan la fe. Pero subir de acá para allá, figúrese, quién va a poder. Ellos, los luneros, viajaron de allá para acá. Eso sí. Queda en bajada.

Amigos de su abuelo. Muy caballeros conmigo. Y con el abuelo, como oye: carne y uña. Ellos no conocían a nadie en la ciudad. Nosotros, tampoco. Nosotros veníamos de la casi luna.



El desierto. Usted nunca vio. Nada, nadie. Y vino la seca grande. Con las últimas gotas bañamos la gallina, que eso trae agua, dicen. Mucho rezo, mucha vela. Nada. Y entonces adiós, nos vamos para nunca volver, con toda la ropa al hombro. Travesía de la tierra muerta, peregrinar de retirantes. Lejos, lejos, como nunca. Cruzamos el río Salgado, sucio, bajito, y más andar andando al más allá, buscando verde, a contrasol de día, de noche el mapa de estrellas. Y por fin, de noche fue, el relumbre, la

aparición: las vías del tren. Llegamos a la estación más muertos que vivos. Echamos las monedas, los billetes arrugados, lo vendido y lo guardado, todo: dos pasajes hasta donde dé. Y tracatracatraqueteaba el tren, buuúú, buuuúúúúú, día y noche, noche y día, nosotros quietos y el mundo viajando, otro mundo, al galope pasaban los árboles, las casas bonitas, limpitas.

Y paró. Acabó. Mandaron bajar. Afuera llovía, entramos en la lluvia. Parados en la lluvia, los dos. De boca abierta, de brazos abiertos, lluvia que llovía todas las lágrimas de Dios.



Y entramos en la ciudad. Nosotros, como ciegos en tiroteo. Lo jamás visto. Gente amuchada, apurada. Automóviles en jauría, rugidos de bicho loco. Máquinas corriendo gente, máquinas comiendo gente. Todo prohibido. Ningún rincón donde mear, donde dormir.



Quien sabe leer, lee: *Prohibido*. Quien no sabe, aprende a golpes, curso de pobre.

Si, muchacho, ya sé. Los luneros, sí. Soy gustadora de pasear palabras, pero perderme no me pierdo. Le cuento. Cuando llegaron los luneros, nadie supo. Él estaba de burro. El abuelo era burro de

carga en la panadería. No hablaba con nadie. El lomo aplastado bajo la leña, bajo los panes, rebuznaba sólito. ¿Burro sin rabo? Burro burro. Piel gris, orejas largas, peludas. Y paró una oreja, y le entró la música. La música de los luneros, sonando para él. Créame, como le cuento: lo desburró la música. Volvió a ser gente el abuelo, fue salvado. El panadero nos daba sobras para comer. Ya no nos dio. Gente no quería.

Después, él siguió oyendo. Los luneros le curaron la pierna. La cobra estaba adentro de la pierna, cobra grande, mordedura honda. En la caña había sido, en el corte, volando machete, lejos. Historia vieja, cosa de nunca acabar. La herida se cerraba, todo bien, y un día paf, despertaba la cobra, rompía cicatrices, mal olía, pudría. Y entró la música en la pierna, la música echó a la cobra. De pierna nueva, su abuelo bailó.

Bailar, beber, comer. La gran vida. Los luneros querían conocer. Vamos allí, vamos allá. Locos por la ciudad, muy gustadores. Lugares gran finos, pieles blancas, cabellos de oro, ropas de plata, imagine si puede. Usted nunca va a entrar, nunca. Cabecita chata, pobre prohibido. Los luneros sí, viento abrepuertas, y el abuelo atrás y yo del brazo, a paso de reina, *para servirla, señora*. ¿Dinero? Ninguno. Los luneros sonaban y nada que cobrar, nada que pagar, venga la música, siga la fiesta. Gente de no dormir, los luneros. Nocheros, ojos abiertos. Como usted y yo, en eso



Y una noche, no más luneros, la farra acabó. Se fueron. Adonde, quién sabe. Nadie fue sabedor de ese secreto. Allá andarán, digo yo, en las bajuras del cielo.

¿Que cómo eran? ¿Como marcianitos, así, con antenas? No me está oyendo, usted. Los luneros no se veían.

El tiempo pasó. Trabajos, hijos, mucho deslomarse. No supe contar los años, no sé decirle.

Sé que una noche el abuelo dormía y yo lo escuché sonar. Así, de pronto. Le salió música del cuerpo. Por los poros le salió, se fue al aire, llenó la oscuridad. Yo sacudí al abuelo, lo desperté. ¿Qué pasa? Nadie entendía.

Nadie sabía. Adentro del abuelo se había quedado la música. Los luneros se la habían dejado. Muy caprichosa era, salía cuando quería. Entonces cantaba el cuerpo, se encendía, luz que sonaba en el aire. No tenía día, no

tenía hora. Como venía, se iba. Conocimos tiempo de mucha música, noches de sonar y sonar, todo el barrio en casa, gente de lejos, gentío. Musicando amanecía, y seguía. Con los oídos se veía la música, tenía colores. Quien escuchaba, nacía. Hasta el aire agradecía, los pájaros callaban.

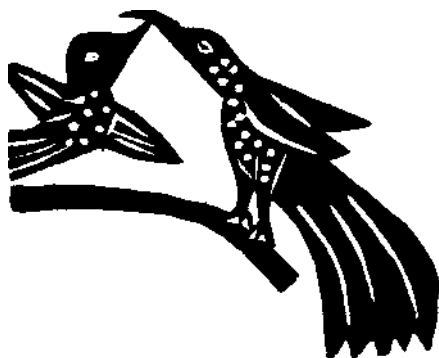
Todos los pájaros mudos, mientras ella estaba. Ella era mejor que los pájaros, los pájaros sabían. En bandadas venían, paraban la oreja.

Duró lo que quiso. Y después, adiós. Ya no volvió. Mucho esperar y nada. Nunca, nunca más. Se acabó, se apagó. Pobre mundo sin música.

Cosa linda el silencio, soy de gustar. Pero ese silencio... El abuelo quedó de pelo blanco, color leche la melena negra. Mire la foto, ve. El abuelo dormía. Bebía, la llamaba, dormía. Rompía todo, peleaba, un desparramo de botellas, y otra vez a roncar. De eso murió. Borracho, llamándola, murió de música.

Vaya a dormir, vaya.
Venga, venga, quedese. Arrime el farol, no se me duerma. Un favorcito.

La abuela precisa carta. Tengo cartero. El vecino de acá al lado, usted conoce. Muy enfermo está, muy muriendo. Él se ha ofrecido, gente amable, me lleva carta al cielo. Yo agradecí, dije no. ¿El abuelo en el Paraíso? Santo no era. Ahora pienso: Dios sabrá la dirección, le hará llegar.



Yo no tengo letras. Le pido a usted, que va a la escuela. Escríbale. Yo firmo abajo, el garabato. Escríbale al elegido de la luna. Apuresé, que se nos va el cartero.

Dígalé: no estés triste,
no importa que estés muerto,
igual seguimos enredaditos.
Dígale que esta noche ha sonado la música. □





Ventana sobre la palabra (VIII)

Los forasteros habían llegado, y el rabino no tenía nada para ofrecerles. Entonces el rabino fue al huerto y le habló. Habló a las plantas con palabras que venían, como ellas, de la tierra regada. Y las plantas recibieron esas palabras y súbitamente maduraron y dieron frutas y flores. Y así el rabino pudo agasajar a sus huéspedes.

Lo cuenta la Cabala. Y la Cabala cuenta que el hijo del rabino quiso repetirlo, pero el huerto fue sordo a sus palabras y ninguna planta creyó ni creció.

El hijo del rabino no pudo. Pero, ¿y el rabino? ¿Pudo el rabino repetir su propia hazaña? La Cabala no lo cuenta. ¿Qué pasó con el rabino si nunca más le contestaron el naranjo, ni el tomate, ni el jazmín?

¿Sabe callar la palabra cuando ya no se encuentra con el momento que la necesita ni con el lugar que la quiere? Y la boca, ¿sabe morir?







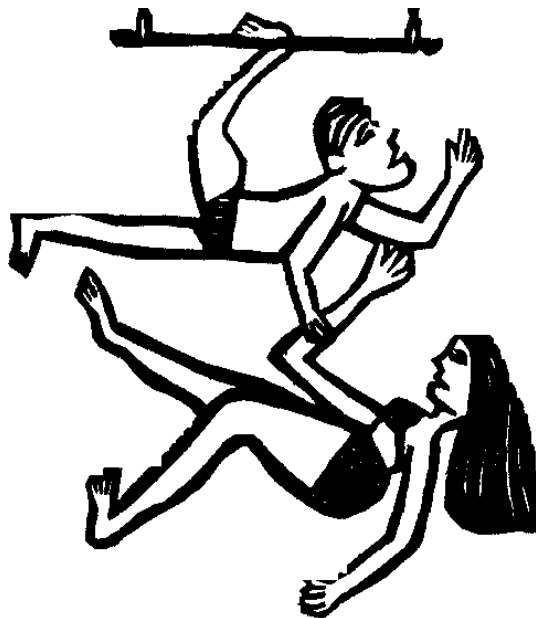
Historia de un día en el café

Detrás del mostrador, Prudencio está ojeando las noticias. Sin despegar la vista del diario, alza la mano hacia la fila de botellas y descorcha una.

—*Aquí no pasa nada*—gruñe. Abandona el diario, me sirve un vaso de vino y empieza a doblar servilletas de papel.

Ocupo la mesa mía. Desde acá, desde el fondo, veo la puerta de vaivén. No es día de mucho trajín; pero alguna gente busca la sombra, moja la garganta y vuelve al verano. Entre cliente y cliente, Prudencio muele café, pasa el plumero por la galería de los héroes del fútbol y del tango o se detiene a frotar, amorosamente, la radiografía de su panza. Al centro de todos los retratos se destaca, en marco dorado, la radiografía: dentro de la barriga de Prudencio, como un sol radiante en paisaje de bruma, hay una bala que brilla.

Cuando viene a llenarme el vaso vacío, Prudencio se pone a contar, una vez más, la historia de aquel tiro. En la primera versión de hoy, él cabalga por el desfiladero, silbando, desprevenido, cuando un vengador lo confunde con su hermano gemelo, que es el más cruel de los bandoleros de la región, y suenan disparos desde las rocas. El caballo cae despatarrado. Prudencio intenta trepar la alta pared de piedra, pero resbala. La primera bala le vuela el sombrero. Lluven los tiros...



Me salva Batepapo. Prudencio está en lo mejor de su tragedia y justo en ese momento Batepapo entra al café con su bonete, su traje de arlequín, su bastón de colores girándole en una mano y en la otra una correa. La correa no trae un perrito sino un león.

Prudencio, que ya rueda, ensangrentado, por el barranco, no tiene más remedio que interrumpir su agonía. Abriendo grandes ojos de lechuza y agitando su buche de pelícano, declara:

—*Los animales están prohibidos.*

Tampoco se puede dejar al león en la puerta, porque espanta la clientela.

La fiera queda atada a un árbol y Batepapo se instala en la mesa de la ventana. Prudencio le trae de beber, y mientras golpea la botella con la cucharita para despertar la cerveza, elogia a los bichos vencidos: el pájaro en la jaula, el caballo en la brida, la ternera en la parrilla, el pollo en la sartén y el león alfombrando la sala.

Batepapo ni lo mira.

Batepapo, artista de mucha nombradía, sabe ser bala de cañón, trapealista sin red y payaso que saluda a las multitudes sacándose la cabeza con bonete y todo. Pero ya las artes de carpa no tienen público. El Gran Circo Mundial está fundido; y en el reparto de sus restos, a Batepapo le ha tocado el león. Esta mañana lo ofreció al zoo de la ciudad. Los veterinarios lo revisaron, fue rechazado: ese león tiene una hernia.

Yo escucho a Batepapo contando desgracias mientras admiro, desde la ventana, la serena majestad de la bestia echada a la sombra del árbol. Del pescuezo del león cuelga un cartel:

SE VENDE

El león me mira y bosteza, exhibiendo su dentadura completa, y me viene a la memoria la pulga Bambalina, que era acróbata y vivía en una cajita de fósforos. Bambalina, artista de circo chico. La traía al café mi amigo Dudú, domador de Insectos. Tres veces al día, él se dejaba picar. Desayuno, almuerzo y cena.

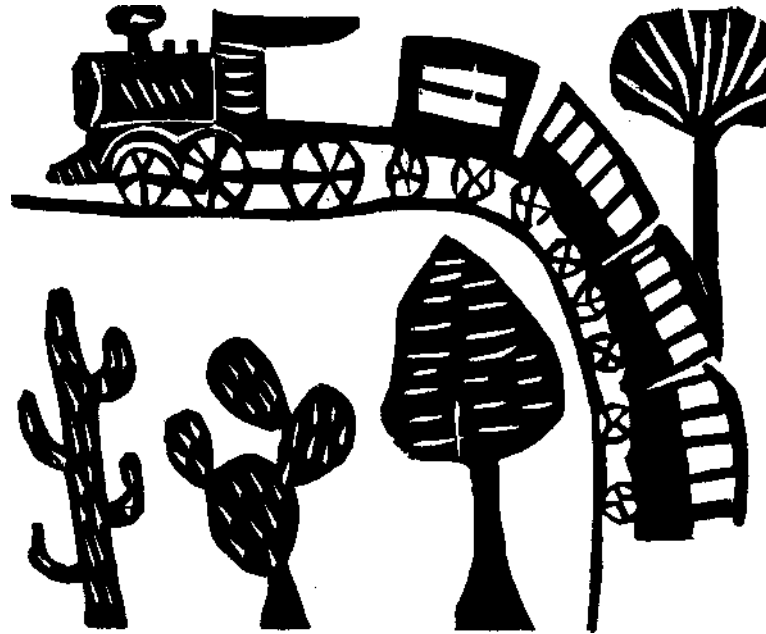
Batepapo no ha oído hablar nunca de la pulga ésa. Por pura gentileza se rasca la espalda con el bastón, pero no despega la vista de su león en oferta. Se ve que el tema ni le va ni le viene.

¿Cuánto tiempo hará que aquel Dudú dejó de venir al café? Nunca más se supo.

En la mesa de la otra ventana, la que da a la estación, doña Poca bebe de a sorbitos su café con leche y con mucha azúcar, mientras ocurre el duelo al sol en el pueblo donde Prudencio vivía.

Yo no escucho bien, por el alboroto de las mesas del medio, pero conozco esa historia. Prudencio se está batiendo a duelo por el honor de su dama ofendida. El enemigo dispara primero. La bala pasa rozando. Entonces Prudencio baja el arma, dispara al suelo, y noblemente dice: «Te perdono». Pero resulta que el rival, el canalla, tiene otra bala en la pistola:

—*Ésta* —dice Prudencio, y alza entre dos dedos el proyectil que le cuelga del llavero. Prudencio se levanta la camisa, muestra la cicatriz que le cruza la barriga. Doña Poca asiente, boquiabierta.



Después, mientras Prudencio se aleja con la bandeja en la mano, convocado por otros deberes, doña Poca vuelve a lo suyo. Lo suyo es mirar enfrente, al otro lado de la avenida. Ella pasa sus horas sentada en esa mesa, siempre de anteojos puestos, vigilando las rejas de hierro enrollado de la entrada principal de la estación. Hace años que la estación ha muerto, ningún tren llega, ningún tren sale; pero doña Poquita espera.

—¿Y? ¿Qué tal?

—Aquí. Esperando.

—¿Esperando qué, doña Poca?

Y ella se encoge de hombros.

Mano sobre mano, espera. Quizás espera a los hijos idos, que andan por quién sabe qué mundos remotos, o quizás simplemente espera que se cumpla su tiempo en la tierra.

Don Tránsito ha llegado, desflecado, añoso, y arrastrando los pies va recogiendo apuestas de mesa en mesa.

Batepapo canta sus números y aquí y allá también hace sus apuestas otra gente que no conozco. Desde mi mesa escucho que doña Poca discute, masculla enojos. Y cuando me toca el turno, don Tránsito se queja, me cuenta: él le había dicho: los sueños no mienten, doña Poca, y eso es verdad, está comprobado, pero él no tiene la culpa y los sueños tampoco: doña Poca jugó al 66, que lo vio clarito, y salió el 88. Don Tránsito se defiende, dice que ella soñó bien pero vio mal, y que eso le pasa por dormir sin anteojos.



Yo también apuesto. Al 77, piernas de mujer, al 22, mujer loca, y al 20, fiesta. Sueños que me persiguen, números que sigo. Alguna vez me sacarán de pobre, digo yo, que de algo me tendrá que servir esta manía de soñar y esperar.

Entra al café un gordo de uniforme y arma al cinto. Don Tránsito palidece, pero el brazo de la ley apunta a Batepapo:
—*Afuera hay un león mal estacionado.*

Batepapo se levanta. Mirando el reloj de pared, comprueba:

—*Ha llegado en el momento exacto, agente.*

—*Ayudemé a correr el animalito*

Salen los dos.

El rugido sacude al café.

Me asomo a la ventana: el león se está relamiendo.

Batepapo regresa solo. Se sienta, pone cara de fatalidad del destino. Son tantos los miembros de las fuerzas del orden, que nadie notará esta ausencia.



Y así, sin novedades, de bobada en bobada, el tiempo pasa. El café se va vaciando. La única luz, una lámpara enferma, empuja sin ganas a las sombras invasoras, mientras afuera el sol se va yendo y va viniendo la luna. Se desvanecen las voces y ya no sé qué dicen los que dicen, si es que algo dicen. La voz de Prudencio, voz de ópera, se impone. Ante uno de los últimos clientes, Prudencio disputa las olimpiadas. El tiro llega desde algún escondido rincón de las tribunas, cuando él está por consagrarse campeón mundial de los mil metros llanos. Cae, casi en la meta, bañado en sangre.



Prudencio se levanta para cobrar. Batepapo, cansado de esperar compradores, paga su cuenta y se aleja en el crepúsculo, llevándose a su león de la correa. También doña Poquita se cansa de esperar a sus hijos o a quien sea. Al irse, ella dice:

—*Me duele,*
pero no dice qué.

Ya nadie llega. Solamente un niño escuálido, que se recorta en la puerta y pide algo para levantar la cena, que le suena la barriga como teléfono ocupado y él no tiene un caldito de gallina para callar el ruido.

Soy el último. Me quedo. Sé que es una ceremonia inútil, pero me quedo. Está visto que hoy no vendrá la mujer que me dejó sin fuego ni juego, ni vendrá tampoco el brujo curandero o cirujano dentista capaz de arrancármela de un tirón y sin anestesia.

Me paro, me mareo. Vuelvo a sentarme, vuelvo a pararme. Me vacío los bolsillos y consigo calcular que todavía puedo pagar otra botella de vino y otro paquete de cigarrillos.



Acodado en el mostrador, Prudencio hace las cuentas del día. Con el lápiz en la oreja, concluye:

—*Aquí no se gana nada.*

Prudencio alza las cejas, me clava una mirada amenazante. Es evidente que se propone dispararme alguna de sus epopeyas, para terminar la noche tiñendo de rojo las nieves de Siberia o las arenas del Sahara; pero le doy la espalda y calla.

Bebo. Fumo. Agradezco este silencio que suena en el café sin nadie.
En las ventanas, ocurre la noche.
Entre las mesas vacías, bailan las sombras magas. □



Ventana sobre la memoria (III)

Quien nombra, llama. Y alguien acude, sin cita previa, sin explicaciones, al lugar donde su nombre, dicho o pensado, lo está llamando. Cuando eso ocurre, uno tiene el derecho de creer que nadie se va del todo mientras no muera la palabra que llamando, llameando, lo trae, □







Historia del cazador

Un hombre solo en el café. A su lado, una silla vacía. Sobre la mesa, dos vasos de vino. El hombre bebe de uno, y al otro vaso le brinda los tragos. Después cae la cortina metálica y el hombre se va, con una botella en la mano, y se pierde entre los automóviles, a la deriva, murmurando quién sabe qué.

Y por fin se desploma contra alguna pared y ronca, con la botella de almohada.

Un gato, dormido sobre el motor todavía caliente de un automóvil, sueña con un cardumen de merluzas o un harén de gatas de Angora. Y alguien llamado Gato, dormido en un umbral, sueña que vuela hacia el ángulo de su arco invicto, tremendo tiro, ya el gentío está gritando *gooooooo* cuando sus dedos desvían milagrosamente el blanco proyectil, que se pierde en las nubes. El Gato se revuelve sobre el colchón de diarios viejos, el imbatible guardián de los tres palos sigue vuelo, viaja hacia la gloria, hacia el Mundial de Fútbol, pero se va demorando en las estaciones del tiempo y llega con siglos de retraso. A las puertas del estadio, lo detiene una estatua de librea y peluca de rulos.



Desperta con las primeras luces. El Gato espanta al gato, se protege el codo con un trapo y rompe la ventanilla del automóvil. No hay ninguna radio escondida bajo el asiento.

Después, se inclina sobre el borracho que yace contra la pared. Le explora los bolsillos. Vacíos.

Y unas calles más allá, arma una trampa: ata un alambre al pie de un árbol y lo tiende bien tirante a través de la vereda, entre el árbol y una columna, a un palmo del suelo.

Agazapado, espera. Doña Poca, una vieja de anteojos que ni cartera lleva en las manos, tropieza y cae despatarrada. Los anteojos de doña Poca se estrellan en la vereda.

Preso despreciable. El Gato se encoge de hombros y se va. Patea con rabia una chapita de Coca-Cola. Día que empieza mal, sigue peor.



Pasa las horas vagando, rodando, buscando al distraído; y al anoecer los de uniforme lo acorralan y casi lo atrapan. Él se salva trepando paredes imposibles y deslizándose de sombra en sombra.

Después, se acurruca en un escondrijo.

El trompo zumba, luminoso, trompo quitapenas; el Gato clava los ojos en ese vértigo chiquito y por un rato se olvida de la barriga que chilla y de los huesos que tiemblan.

Mordisquea una galleta húmeda, que parece de goma. Un perro husmea, se arrima; el Gato lo echa. En otros tiempos, el Gato supo tener perro. Ya no. A ese amigo se lo llevó una bala que era para él, y desde entonces el Gato no quiere saber de nada con los perros viralatas que se acercan queriendo, como él, calor y comida.

Andar solo, no duele. El Gato tiene costumbre. Sentirse solo es otra cosa. Aspirando pegamento, el Gato llama a san Jorge. San Jorge es peleón y calentón, mujeriego, buscabronca. Santo retobado, ni Dios lo manda. Él vive allá arriba, como las nubes, y viene cuando quiere. De allá baja, como la lluvia. La lluvia lo corre, le moja la lanza.

Esta noche no viene. Estaba visto.

Pero a la noche siguiente, ya muy entrada la noche, el Gato despierta llamado por el gruñido de un motor que viene de lejos, de allá donde dobla el viento; y ve un humito rojo que atraviesa el cielo. Ya está llegando el enemigo del dragón de la desdicha, ya san Jorge aparece, casco y plumajes de guerra, lanza en mano, en ancas de una moto Yamaha: el Gato trepa de un salto y se deja ir, abrazado a la coraza de hierro del santo guerrero.

La moto alada lo lleva de cacería. La lanza de san Jorge se abre paso y atraviesa la ciudad y la noche, viajando a contraviento, rumbo a la suerte.

Está amaneciendo cuando aterrizan en una plaza desconocida. El Gato queda, el santo se va.

La plaza, redonda, vasto anillo de portales, se alza sobre las luces, todavía encendidas, de la ciudad que se despereza a sus pies. El Gato deambula sin ton ni son por el círculo de columnas. Todos los faroles están apagados y todas las puertas están cerradas, desde hace años o siglos, en esta cumbre sin nadie. Y a poco andar, el Gato descubre que hay alguien.

Lo ve de espaldas: un bulto humano sentado en un banco.

El Gato se acerca, agazapado, empuñando una barra de hierro. Pera antes de que el Gato pegue el terrazo, el bulto se desliza y cae.



Al Gato lo asusta la muerte; pero los muertos, no. La muerte no está en los muertos. Ella muerde, come y se va.

Lo mira de cerca, lo palpa: un helado caballero, de bigotes bien recortados, echado sobre su sangre, el mango de un cuchillo clavado en el pecho. Los ojos abiertos del difunto, grandes como huevos, preguntan por qué.

Hasta ahora, el Gato había visto muertos de esos que se van del mundo sin llevarse un palo para defenderse, ni un pañuelo para consolarse, ni una moneda para pagar sus pecados; pero este cadáver es un regalo de Navidad. Tiene anillo de diamante y reloj de oro, y en el bolsillo una rechoncha billetera

de cuero de cocodrilo.

Qué hará, con tanto?
Romperá la noche, pagando tragos a toda la ciudad.
Se comprará una playa.

Alquilará el estadio, un domingo, y los mejores del mundo jugarán para él en el estadio vacío, él solito, sentado en un sillón al centro del palco oficial, fumando un puro.

Entrará al restorán más caro, suelo de espejos, cielo de cristales, y mandará que le sirvan todos los platos del menú.

En el balcón, abierto al sol, transpira a chorros el alcalde. Allá abajo resuena, clamorosa, una mar de niños en harapos, espuma de manos alzadas al cielo: disfrazado de Papá Noel, el alcalde arroja juguetes desde la altura.

Llueven juguetes sobre el chiquerío alborotado; también los niños pobres tienen derecho a la alegría. Los afortunados se abalanzan, a los manotazos, golpeándose, insultándose, pisoteándose. Una muñeca de tamaño natural derriba a unos cuantos; un proyectil espacial golpea a otro en plena frente; a pedradas caen los caramelos.

El Gato mira, desde lejos. Él tiene un trompo y un secreto.

En los semáforos, niños sabios en esquives ofrecen cigarrillos de contrabando, y también tubitos de oxígeno imprescindibles en la cartera de la dama y en el bolsillo del caballero.





El Gato saluda a un par de conocidos y sigue caminando, como si tal cosa:

—¿Cómo andas?

—Ahí.

El Gato sabe: si muestra, muere.

Pero no puede resistir la tentación. Una vidriera mágica es más poderosa que él, y el Gato entra a comprar un inmenso televisor en colores, grande como un cine.

Proclaman las radios, la tele, los diarios: *Al cabo de una fulminante investigación, la policía ha capturado al asesino del empresario que apareció muerto en los portales de la plaza del Silencio. Se trata de un menor de edad, autor de numerosas fechorías, sin domicilio conocido ni...*

Nombre, no tiene. Edad, tampoco. Vaya a saber qué día llegó al revolcadero éste. Él dice que nació el 29 de febrero, porque no le gustan los cumpleaños.

Con un número en el pecho, el Gato enfrenta el ojo negro de la cámara. Estalla el fogonazo del magnesio, se escucha el chasquido del diafragma. □





Ventana sobre la ciudad (I)

Bajo los portales de la plaza, un fakir se ha tragado ya unas cuantas cucharas y está engullendo una manguera de regar jardines, mientras sus mujeres suenan flautas y panderetas y alguna gente arroja monedas.

Echado en un rincón, alguien mueve los dedos en el aire. Los dedos bailan, como si tocaran la trompeta. De la trompeta invisible nace una música triste.

Una vieja en andrajos vocea su pócima mágica contra la pobreza, el mejor regalo de Navidad, a cien, a cien el frasquito, quien compró se salvó, quien dudó se jodió. Nadie la escucha. A mil, a mil, anuncia un profeta la inminente visita del Mesías, y la muchedumbre clama:

—*¡Jesús!*

Junto al profeta, un león ruge. Cada vez que le tira del rabo, ruge. A mil, a mil, ofrece el profeta, vayan pasando señores, los elegidos lo verán, lo escucharán, a mil, vayan pasando:

—*¡Fuerte el aplauso que ya viene! ¡Ya está bajando! ¡Ya está llegando!*

—*¡Jesús! ¡Jesús!*, vocifera la plaza, y los rugidos del león acompañan los gritos y los aplausos de la gente que bate palmas con los pescuezos torcidos hacia el cielo.

El cielo, enmascarado por los gases de los motores, no puede mirar a la multitud que lo mira. □





Historia de la segunda visitación de Jesús

Y baja Él. Llega colgado de un paraguas abierto. Un viento inesperado lo mantiene flotando un buen rato sobre el gentío. Agarrado con ambas manos del paraguas, el hijo de Dios no puede evitar que el viento le levante el camisón y descubra sus humanas desnudeces.

Por culpa del viento, cae en la fuente. Los devotos, mudos ante el milagro, lo ven emerger de las aguas entre los angelitos de mármol.

Jesús se sacude como perro mojado.

Batepapo, que viste ropas de profeta, aplaude. Un tirón al rabo y el león ruga. Pero la gente asiste quieta al espectáculo. Quieta y callada.

En la plaza, santuario de las apariciones, los pobres quieren ser ricos
y los ricos quieren ser pocos,
los negros quieren ser blancos
y los blancos quieren ser eternos,

los niños quieren ser grandes
y los grandes quieren ser niños,
los solteros quieren casarse
y los casados quieren enviudar.

—*¡Habitados habitantes!* —clama Jesús—. *¡Ayer diré lo que digo! ¡Ustedes estamos locos!*

Todos contemplan, bizcos de asombro, al chorreante estropajo que agita sus largos brazos o aspas de molino y salpica aguas y pregunta rarezas:

—*Mirar al cielo, ¿les dará el Paraíso o les dará tortícolis? ¿Dónde está el reino, sino en el exilio que lo busca?*

Batepapo aplaude, sin ganas y sin eco, y hace rugir al león. El hijo de Dios se vuelve hacia la fiera, que se ha quedado con la boca abierta, y señalándola se dirige a todos como si fueran uno:



—*Si la bestia te ataca, ¿qué harás? ¿Rezarás? ¿Te resignarás, y que se cumpla la voluntad de Dios? ¿O te treparás a un árbol? A mi papá no le gusta que lo usen de coartada para la cobardía o la estupidez.*

El león lo mira, lo estudia. En la multitud nacen rumores enemigos.

—*Éste no es*—murmura una señora, mirando de mala manera al haraposo mesías embarazado de cerveza—. *Yo a Jesús lo vi en la tele y era igualito a Burt Lancaster.*

—*¡El exilio está en ustedes, y el reino también!* —insiste el enviado del Señor, pero los murmullos crecen y ya se escuchan los primeros gritos:

—*¡Que sangre! ¡Que pruebe que es Dios! ¡Que le brote la sangre en el costado!*

Impasible, Jesús continúa:

—*El ojo que no se ve, es el ojo que ve.*

—*Yo no veo nada* —musita doña Poca, que se ha enredado en esta tremolina mientras caminaba, a tientas, hacia su atalaya del café.

Estrujados por el gentío, los vendedores se abren camino a los codazos y vocean sus mercaderías, *maní, manííí, manlseeero, calentitos los churros, helaaaaados*, mientras la desconfianza se vuelve furia contra este redentor barrigón, que no luce más adorno que un chichón en la calva cabeza y que no regala astillas de la santa cruz, ni espinas de la corona, ni nada. Un bombardeo de clamores:

—*¡Que sangre! ¡Que sangre!*

—*¡Que se coma una cucaracha viva!*



—*¡Impostor!*

—*¡Que nos devuelvan la plata!*

Pero entonces una discusión estalla en medio de la multitud y por un instante distrae la arremetida de la cólera: hay quienes sostienen que al genuino Jesús lo mataron los italianos y otros aseguran que fueron los judíos. Hay quienes juran que resucitó el Sábado de Gloria y otros saben que eso ocurrió el domingo a las diez en punto de la mañana.

Jesús aprovecha la efímera tregua y se escabulle del rabiadero.

Está de pie, erguido sobre las rocas, de cara a la mar que lo moja con su espuma. Sobre su hombro duerme una gaviota. Me acerco desde atrás. Él no se mueve y la gaviota tampoco.

Después, se sienta en una roca y hunde la cabeza entre las rodillas. Me parece que se queja:

—*Ellos me odian porque creen que me deben favores.*

Me siento a su lado. Él alza la cara contra el viento.

—*Uno no escarmienta* —dice, sin mirarme—. *Papá me había prohibido volver.*

Se escarba la barba deshilachada:

—*Él no los quiere, por casi buenos. El Diablo tampoco, por casi malos.*

Tanto se parece Jesús a mi amigo perdido, el domador de pulgas, que casi

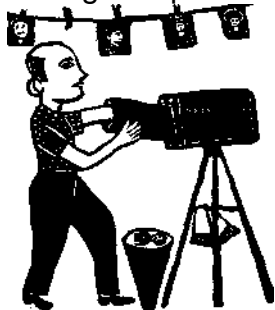
le digo:

—Dudú.

Y pienso que mi país es un pañuelo, un pañuelo doblado. Pero él me mira, y sus pupilas reflejan un paisaje que no es de este mundo, destellos de un lugar sin límites que ni el sol conoce.

—*Pronto cumpliré treinta y tres años* —dice. La gaviota dormida se echa a volar, se pierde en el cielo. —*Me van a escuchar después de muerto* —dice—. *Aquí, en la tierra, es así.*

Recoge un puñado de arena, lo deja caer de a poquito.



Regresamos a la plaza. Hay alguna gente, cada cual en el ir y venir de su ajetreo, pero nadie nos presta la menor atención.

—*Querían que me tirara sin paraguas* —suspira Jesús, ante la fuente—. *Escabeche de Dios.*

Y triste sonrío para la foto. Posamos juntos, bajo una palmera. El fotógrafo, encapuchado en su cámara de cajón, tira de la cuerquita del disparador. Después realiza algunas operaciones misteriosas en la oscuridad, extrae el negativo, lo seca al aire y vuelve a meter la cabeza en la capucha.

Cuando la foto emerge del balde de agua y llega, por fin, a mis manos, descubro que estoy solo. Nadie aparece a mi lado en esa foto. Nadie, como no sea la palmera. □

Ventana sobre el castigo

Era Navidad, y un señor suizo había regalado un reloj suizo a su hijo. El niño desarmó el reloj sobre su cama. Y estaba jugando con las agujas, el resorte, el cristal, la corona y demás engranajitos, cuando el padre lo descubrió y le propinó tremenda paliza.

Hasta entonces, Nicole Rouan y su hermano habían sido enemigos. Desde esa Navidad, la primera Navidad que ella recuerda, los dos fueron por siempre amigos. Aquel día, Nicole supo que también ella sería castigada, a lo largo de sus años, porque en vez de preguntar la hora a los relojes del mundo, iba a preguntarles cómo son por dentro. □





Historia de otro día en el café

Batepapo entra sin bastón. Fuma en boquilla, bebe coñac francés. Ya no lleva ropa de payaso ni de profeta. Desde hace un tiempito, luce un Impecable traje blanco, zapatos al tono y corbata con broche de oro.

El león está ocupado, lejos de aquí. Batepapo ya no lo vende: ahora lo alquila. Se le ocurrió la idea cuando un malevo de rompe y raja vino a contratarle la fiera para que se hiciera cargo de una novia infiel. Desde entonces, Batepapo resuelve los problemas de vivienda de los matrimonios mal avenidos y de las familias numerosas.

De Jesús, o Dudú, o como se llamara, nunca más supe, ni me atreví a preguntar. Me lo imagino en algún descansadero de Dios. La verdad es que no me hubieran venido nada mal uno o dos consejitos, pero el tiempo no dio.

Eso me pasa por callado. Si las palabras engordaran, con todas las que yo me trago, no cabría en el mundo. Trabajo en lo que venga, en lo que salga, siempre sin abrir la boca, y callado paso el resto del tiempo, aquí, en el café, días sin gracia, noches sin fiesta, y así voy pataleando en el agua mis pasos sin huella.



Hoy Prudencio me cuenta que él ha sido contrabandista de diamantes. Y está Prudencio atravesando la selva cuando descubre a la mujer más bella del mundo, desnuda en el río, y por haberla visto es castigado. El padre de la lindísima, un enano de tres patas, cuerpo de reptil y rabo de púas, le pega el balazo en la barriga.

Me parece que empiezo a creerle.

La lluvia acribilla las ventanas del café. Esta tarde hay una densidad rara en el aire. Un humo que no es sólo de cigarrillos flota en el aire y amarillea la oscuridad del café y la piel de pergamino antiguo de doña Poca.



Sentado en la mesa vecina, hoy comparto su ventana. La veo de cerca. Ella está vestida como nunca, sedas negras y puntillas raídas recuperadas del fondo de algún viejo baúl, y la envuelve el aroma de un ramito de violetas que lleva en el ojal. De anteojos nuevos, doña Poca contempla la lluvia que golpea los portones de la estación muerta.

La señora no llega desde la estación: más que entrar, aparece, como una emanación del humo o de la lluvia. Se sienta a la mesa de doña Poca, se inclina, le estruja las manos. Tiene cabellos de ceniza y es menuda y enclenque como ella. Yo la escucho susurrar, o creo que la escucho:

—Llegué.

Doña Poca, perpleja, escabulle sus manos y pregunta:

—¿Usted también es jubilada?

La recién llegada mueve lentamente la cabeza, balbucea:

—Pasaron muchos años, pero llegué.

—A nosotras, las jubiladas, nos tratan muy mal—masculla doña Poca.

La mujer habla con un hilo de voz:

—Ya no estás sola —dice.

Y doña Poca:

—¿Usted tiene hijos? Yo tengo una hija, la que me queda. Ella vive muy lejos de aquí.

Y señalando la estación, como en secreto dice:

—Ahora va a venir, hoy o mañana.

Esa mujer vuelve la cabeza y yo encuentro su mirada. Ella baja los ojos. □

Ventana sobre la ciudad (II)

Estoy solo en la ciudad extranjera, y a nadie conozco, y no entiendo la lengua que aquí hablan. Pero alguien brilla, de pronto, en medio de la multitud, como de pronto brilla una palabra perdida en la página o un pastito cualquier en el pelo de la tierra. □



Historia del otro

Usted prepara el desayuno, como todos los días.
Como todos los días, usted lleva a su hijo a la escuela.
Como todos los días.

Entonces, lo ve. Lo ve en la esquina, reflejado en un charco, contra la acera; y por poco no la aplasta un camión.

Después, usted se marcha al trabajo. Y nuevamente lo ve, en la ventana de una taberna de mala muerte, y lo ve en el gentío que la boca del metro devora y vomita.

Al anoecer, su marido pasa a buscarla. Y camino a casa van los dos, callados, respirando el veneno del aire, cuando usted vuelve a verlo en el torbellino de las calles: ese cuerpo, esa cara que sin palabras pregunta y llama.

Y desde entonces usted lo ve con los ojos abiertos, en cuanto cosa mira, y lo ve con los ojos cerrados, en cuanto cosa piensa; y con sus ojos lo toca.

Este hombre viene de algún lugar que no es este lugar y de algún tiempo que no es este tiempo. Usted, madre de, mujer de, es la única que lo ve, la única que puede verlo. Usted ya no tiene hambre de nadie, hambre de nada, pero cada vez que él se asoma y se desvanece, usted siente una imparable necesidad de reír y de llorar las risas y los llantos que se ha ido tragando todo a lo largo de sus años, risas peligrosas, llantos prohibidos, secretos escondidos en quién sabe qué rincón de sus adentros.

Y cuando llega la noche, mientras su marido duerme, usted le da la espalda y sueña que despierta. □

Ventana sobre la nuca

Las cosas son dueñas de los dueños de las cosas y yo no encuentro mi cara en el espejo. Hablo lo que no digo. Estoy, pero no soy. Y subo a un tren que me lleva adonde no voy, en un país exiliado de mí. □



Ventana sobre la cara

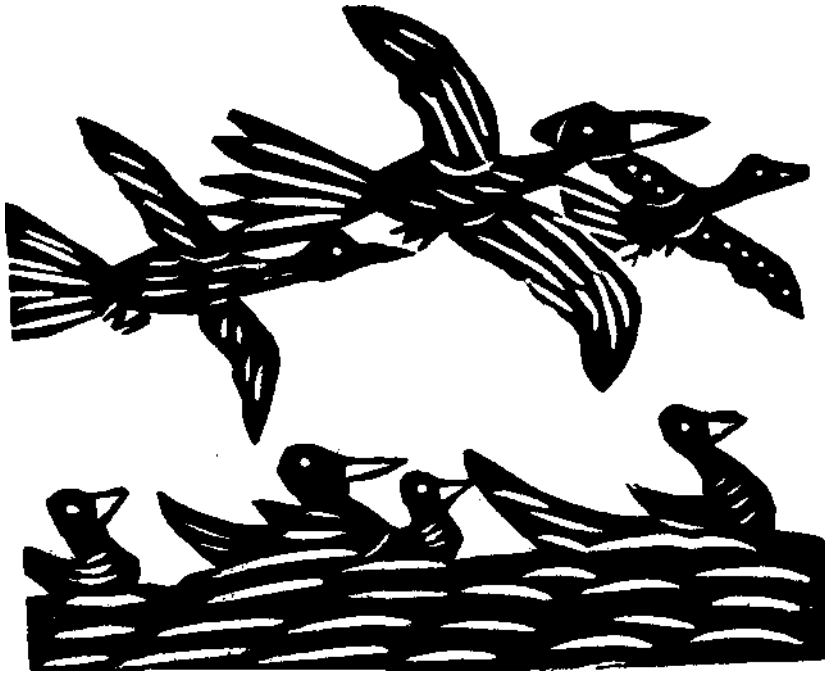
Una máquina boba?

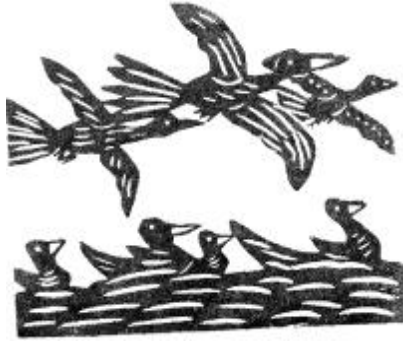
¿Una carta que ignora su remitente y equivoca su destino?

¿Una bala perdida, que algún dios ha disparado por error?

Venimos de un huevo mucho más chico que una cabeza de alfiler, y habitamos una piedra que gira en torno de una estrella enana y que contra esa estrella, a la larga, se estrellará.

Pero hemos sido hechos de luz, además de carbono y oxígeno y mierda y muerte y otras cosas, y al fin y al cabo estamos aquí desde que la belleza del universo necesitó que alguien la viera. □





Historia de la andariega del agua, que viajó río adentro y noche arriba

Siempre fue ida. Pero volvía. Varias veces la dieron por ahogada; pero volvía. La familia quería educarla:
—Respirá, Garúa —le decían—. *Hacéle caso a la maestra, que ella sabe.*

Y le decían:

—*Respirar es una cosa que hace mucho bien.*

Entre el aire y el agua, ella prefería el agua; y no había manera de corregirle la manía. Al atardecer se hundía en el río Olimar, y allá en lo hondo se dejaba estar y se dejaba ir. La luna se abría camino en la noche del agua, y las piedras pulidas del río eran las estrellas de un cielo al revés: Garúa las veía pasar, y veía pasar los peces, y los brazos de las algas saludando, y en aquella luminosa oscuridad nadie podía encontrarla y a nadie debía obediencia.

En lo mojado, Garúa era. En lo seco, no. En lo seco, quería dormir. Dormir era lo único que quería. Echada entre las cobijas, soñaba que cabalgaba un pez espada que se volvía tiburón, el tiburón se convertía en ballena, la ballena era una isla, la isla se desprendía del mundo. Y a bordo de la isla Garúa navegaba por las olas del cielo.

Y fue. *Pero no así. Se supo en los fogones.*
En las noches de frío, los hombres se acurrucan, emponchados, en torno del fuego. En ruedas de mate y caña, fuman y se cuentan mentiras que dicen la verdad. Así se vengan del frío y de la bobería de vivir, y así pasan el tiempo que el día ha juntado para que lo pierda la noche.



Garúa era tema de fogones. Unos aborrecían a la machona que nunca se había abrochado el pelo ni había pedido una muñeca; otros eran curiosos de la sirenita y había quienes admiraban a la amazona del agua.

En los fogones se decía que Garúa cazaba patos por las patas. Los cazaba en la laguna, desde abajo del agua. Sumergida, sin asomar la cabeza, Garúa iba atando las patas de los patos con un largo hilo. Cuando había atrapado una buena cantidad, pegaba un tirón desde las profundidades y nadando se los llevaba hasta la orilla. Allí llegaban listos para ser desplumados.

Hasta que un día, se dijo en los fogones, un pato recién atado se asustó y se echó a volar y toda la bandada voló tras él, y tras los patos voló Garúa, agarrada del hilo.

En los fogones se supo que la madre la vio pasar, prendida a la cola de esa gran cometa de patos que iba remontando cielo; y la vio perderse en las alturas.



Garúa se cruzó con el benteveo, que cantó su propio nombre, y alcanzó a reconocerlo, a pesar del alboroto de los patos en fuga. Y siguió subiendo, y voló sobre los ríos dibujados en el mapa de la escuela, y desde allá arriba vio la espalda del águila mora y más allá la tierra tenía carne roja y piel verde y venas azules.

Y Garúa, prendida a los patos, se fue alejando. Todo sonaba cada vez más remoto y todo se iba achicando, hasta que se apagaron las voces del mundo y el mundo fue cubierto por las nubes. Garúa apretó el hilo con todas sus fuerzas y entró en un blanco silencio donde sólo se escuchaba el aleteo de

sus patos volando, mientras las nubes nadaban, mudas, en la serenidad.



La flecha de los patos atravesó esa mar de algodón y entonces el cielo se abrió y Garúa subió por los colores, del celeste al violeta, y se metió en la noche y voló, noche arriba, hacia la luna.

Viajando camino de la luna, Garúa se cruzó con la estrella errante, que andaba en busca de la tierra perdida, y vio al guerrero del desierto, con su escopeta como bastón, subiendo,

y vio al rayo que estallaba contestando a la sed del maíz
y vio al Gran Can en su trono, rodeado por una corte de alados perritos,
y vio al arcoiris rompiendo noche
y vio a la mujer que volaba con alas de zopilote
y vio caer las llaves del reino de los cielos
y vio al arcángel descolgándose por una cuerda
y vio a san Jorge bajando en motocicleta, lanza en ristre,
y vio a Jesús prendido de un paraguas abierto.

No vio a los invisibles luneros viajando hacia el mundo en tobogán, pero vio a la luna. La luna, que envía al mundo la música y la locura. La luna, que transfigura a los delfines y guía los andares de los niños por el fondo de los ríos. □

Ventana sobre la utopía

Ella está en el horizonte —dice Fernando Birri—. Me acerco dos pasos, ella se aleja dos pasos. Camino diez pasos y el horizonte se corre diez pasos más allá. Por mucho que yo camine, nunca la alcanzaré. ¿Para qué sirve la utopía? Para eso sirve: para caminar. □

Ventana sobre la memoria (IV)

Bajo la mar viaja el canto de las ballenas, que cantan llamándose.
Por los aires viaja el silbido del caminante, que busca techo y mujer para hacer noche.

Y por el mundo y por los años, viaja la abuela. La abuela viaja preguntando:
—¿Cuánto falta?

Ella se deja ir desde el tejado de la casa y navega sobre la tierra. Su barca viaja hacia la infancia y el nacimiento y antes:

—¿Cuánto falta para llegar?

La abuela Raquel está ciega, pero mientras viaja ve los tiempos idos, ve los campos perdidos: allá donde las gallinas ponen huevos de avestruz, los tomates son como zapallos y no hay trébol que no tenga cuatro hojas.

Clavada a su silla, muy peinada y muy limpita y almidonada, la abuela viaja su viaje al revés y nos invita a todos:

—No tengan miedo —dice—. Yo no tengo miedo.

Y se desliza la leve barca por la tierra y el tiempo.

—¿Falta mucho? —pregunta la abuela, mientras va. □

Ventana sobre la memoria (V)

Viaja la luz de las estrellas muertas, y por el vuelo de su fulgor las vemos vivas.

La guitarra, que no olvida a quien fue su compañero, suena sin que la toque la mano. Viaja la voz, que sin la boca sigue. □



Índice

VENTANA SOBRE ESTE LIBRO	7
HISTORIA DE LOS SIETE PRODIGIOS	8
VENTANA SOBRE LA PALABRA (I).....	12
HISTORIA DE LA JUSTICIERA Y EL ARCÁNGEL EN EL PALACIO DE LAS PECADORAS	13
VENTANA SOBRE LA PALABRA (II).....	20
VENTANA SOBRE LA PALABRA (III)	21
HISTORIA DEL LAGARTO QUE TENÍA LA COSTUMBRE DE CENAR A SUS MUJERES	22
VENTANA SOBRE EL TIEMPO	28
VENTANA SOBRE LAS VÍSPERAS	28
HISTORIA DEL FATAL ENCUENTRO ENTRE EL BANDIDO DEL DESIERTO Y EL POETA ARREPENTIDO.....	31
VENTANA SOBRES LOS SERES Y LOS HACERES	36
HISTORIA DEL APÓSTOL SAN PEDRO EN TIERRAS DE AMÉRICA.....	37
VENTANA SOBRE LAS PAREDES	42
VENTANA SOBRE LOS TITULARES DE LA CRÓNICA ROJA LATINOAMERICANA.....	42
VENTANA SOBRE LOS CULEBRONES.....	43
HISTORIA DEL NIÑO QUE SE SALVÓ DEL AMOR DE MADRE Y OTROS PELIGROS	44
VENTANA SOBRE LAS DICTADURAS INVISIBLES	49
HISTORIA DEL MILAGRO DE LOS MOSQUITOS	50
VENTANA SOBRE LA PALABRA (IV)	55
HISTORIA DEL REGRESO DEL ARCÁNGEL.....	57
VENTANA SOBRE LAS PROHIBICIONES.....	61
HISTORIA DE LA CASA DEL MAÍZ.....	63
VENTANA SOBRE LOS CICLOS.....	65

HISTORIA DE LA RESURRECCIÓN DEL PAPAGAYO.....	67
VENTANA SOBRE LA MEMORIA (I).....	69
HISTORIA DE LA SOMBRA.....	70
VENTANA SOBRE LA CARA INVISIBLE.....	72
VENTANA SOBRE EL REINO QUE FUE.....	72
HISTORIA DEL TIEMPO QUE FUE.....	74
VENTANA SOBRE LA MEMORIA (II).....	76
VENTANA SOBRE LA LLEGADA.....	77
VENTANA SOBRE LA PARTIDA.....	77
VENTANA SOBRE LAS PREGUNTAS.....	78
HISTORIA DEL AURIGA.....	79
VENTANA SOBRE EL ADIÓS.....	84
HISTORIA DEL ZAPATERO QUE HUYÓ DE LOS ACREEDORES.....	86
VENTANA SOBRE LA MAR.....	91
HISTORIA DE LOS BRUJOS PARRANDEROS DE LA MAR DEL SUR.....	94
VENTANA SOBRE UN HOMBRE DE ÉXITO.....	97
HISTORIA DE LA INTRUSA.....	99
VENTANA SOBRE LA DIOSA DE LA MAR.....	107
VENTANA SOBRE EL CUERPO.....	109
HISTORIA DEL HOMBRE QUE QUERÍA PARIR.....	110
VENTANA SOBRE EL ALUMBRAMIENTO.....	115
HISTORIA DEL SUPERDOTADO, SUS HAZAÑAS Y SU ASOMBROSO DESTINO.....	117
VENTANA SOBRE EL MIEDO.....	120
HISTORIA DEL TESORO QUE FUE DESENTERRADO Y DE CÓMO SE CUMPLIÓ SU MALDICIÓN.....	123
VENTANA SOBRE LA HERENCIA.....	130
HISTORIA DE LA REDENCIÓN DE LA POBREZA.....	132
VENTANA SOBRE LAS MÁSCARAS.....	138
HISTORIA DEL ARTE DE LA FUGA.....	141
VENTANA SOBRE LA SUERTE.....	147

HISTORIA DE DON MUERTE, LA TRISTE Y EL ZOPILOTE	151
VENTANA SOBRE EL ESPEJO	156
VENTANA SOBRE LA MUERTE (I)	156
VENTANA SOBRE LA MUERTE (II)	156
HISTORIA DEL VAQUERO QUE FUE TIGRE.....	158
VENTANA SOBRE EL ERROR	162
HISTORIA DE LA PÁJARA QUE PERDIÓ UNA PATA.....	165
VENTANA SOBRE LA PALABRA (V)	166
VENTANA SOBRE EL ARTE (I)	171
VENTANA SOBRE EL ARTE (II)	171
VENTANA SOBRE LA PALABRA (VI)	171
HISTORIA DEL DELFÍN QUE SATANÁS ATRAPÓ SIN ARPÓN Y SIN ANZUELO	172
VENTANA SOBRE LA HISTORIA UNIVERSAL	176
VENTANA SOBRE LA PALABRA (VII)	176
HISTORIA DEL HOMBRE QUE EN EL ALTO CIELO AMÓ A UNA ESTRELLA, Y FUE POR ELLA ABANDONADO	178
VENTANA SOBRE UNA MUJER (I).....	182
VENTANA SOBRE UNA MUJER (II).....	182
VENTANA SOBRE UNA MUJER (III).....	182
VENTANA SOBRE LA MÚSICA (I)	184
VENTANA SOBRE LA MÚSICA (II)	184
HISTORIA DE LOS LUNEROS.....	185
VENTANA SOBRE LA PALABRA (VIII).....	191
HISTORIA DE UN DÍA EN EL CAFÉ	194
VENTANA SOBRE LA MEMORIA (III).....	200
HISTORIA DEL CAZADOR	203
VENTANA SOBRE LA CIUDAD (I).....	210
HISTORIA DE LA SEGUNDA VISITACIÓN DE JESÚS	212
VENTANA SOBRE EL CASTIGO.....	216

HISTORIA DE OTRO DÍA EN EL CAFÉ.....	218
VENTANA SOBRE LA CIUDAD (II).....	220
HISTORIA DEL OTRO.....	222
VENTANA SOBRE LA NUCA	223
VENTANA SOBRE LA CARA	225
HISTORIA DE LA ANDARIEGA DEL AGUA, QUE VIAJÓ RÍO ADENTRO Y NOCHE ARRIBA.....	227
VENTANA SOBRE LA UTOPIA.....	230
VENTANA SOBRE LA MEMORIA (IV)	230
VENTANA SOBRE LA MEMORIA (V).....	230

Impreso en A.U.R.N. Producciones Gráficas S.R.L., Wenceslao Villafañe 468, Buenos Aires, Argentina, en noviembre *de* 2001 con una tirada de 1.000 ejemplares.